AVRIL BAUER

SEGUNDO PLATO



AB BOOKS

Segundo plato

Una novela de
Avril Bauer

AB Books

© 2026 Avril Bauer

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares y situaciones descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos reales, es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total ni parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en ninguna forma o por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Primera edición: Febrero, 2026

Diseño de portada: AB Books

Maquetación interior: AB Books

Publicado por AB Books

Gracias por sostener con tu lectura una historia como esta.

Para todas las que en algún momento hemos sido o nos hemos sentido segundo plato. No éramos nosotras: es que no dimos con la persona correcta.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Agradecimientos
Sobre la autora
¿Te gustaría leer más?

Antes de empezar…

Segundo plato es un romance lésbico contemporáneo sobre la disponibilidad emocional, el deseo y las segundas oportunidades.

Alba es fisioterapeuta y desea una relación estable, clara y comprometida.
Noa es fotógrafa, vive deprisa y nunca promete nada que no esté segura de poder cumplir.

Entre ellas siempre hubo química, atracción y un acuerdo tácito para no pedir demasiado… hasta que ese equilibrio precario deja de sostenerse.

Esta es una historia sobre personas que se quieren pero no siempre saben cómo entregarse; sobre conversaciones que llegan tarde, decisiones que duelen y vínculos donde la química existe, pero los tiempos —y la forma de amar— no coinciden.

Un apunte antes de seguir

Esta novela incluye:

— Conflictos emocionales relacionados con la disponibilidad afectiva
— Relaciones marcadas por la ambigüedad y el desequilibrio
— Personajes realistas (y bastante imperfectos)
— Un buen nivel de drama

No es una historia ligera ni idealizada. Está pensada para lectoras que disfrutan de romances honestos, con emociones intensas y procesos complejos.

Si buscas una historia rápida y sin conflicto emocional, quizá este no sea tu libro.
Si, en cambio, te interesan las relaciones imperfectas y reales, bienvenida

Capítulo 1. Noa

La pantalla del ordenador lleva dos horas mostrando la misma foto. Violeta de perfil, copa en la mano, gesto a medio camino entre la sonrisa y otra cosa. Noa ajusta el contraste por séptima vez. No, octava. El problema no es técnico, lo sabe. El problema es que lleva todo ese tiempo intentando capturar algo que no está ahí: esa mirada, una promesa. La luz que creyó haber visto durante dos segundos en el evento corporativo de la semana pasada.

Lúa suelta un suspiro dramático desde su cama, junto a la ventana.

—Ya, tía. Lo sé —le responde Noa.

Noa cierra la foto sin guardar los cambios y abre la carpeta de la exposición: veintitrés fotos seleccionadas. Falta una. Veinticuatro es un número mejor, más equilibrado, simétrico. Pero no tiene la pieza que cierre el proyecto. Lleva seis meses buscándola, entre fotos de gente en tránsito, en movimiento, en ese momento exacto antes de decir o decidir algo. Y es que le gusta lo inacabado, lo que aún no tiene forma definitiva. Sus imágenes artísticas son mucho más desestructuradas de lo que sugiere la obsesiva geometría de sus fotografías corporativas.

El encuadre perfecto. Es lo único que le interesa.

Su móvil vibra contra la mesa de madera.

Alba: ¿Nos vemos esta noche?

Noa mira la hora. Las siete y cuarto. Debería trabajar hasta las diez, como mínimo. Tiene una sesión de retrato el jueves que aún no ha planificado y tres eventos pendientes de edición. Pero le apetece. No, no es eso: más bien necesita soltar tensión y Alba siempre lo hace fácil. Fácil en el buen sentido. Sin preguntas difíciles, sin expectativas que Noa no pueda cumplir.

Noa: Sobre las diez?

Ya no especifica ni dónde. La rutina establecida indica que el punto de encuentro es su casa; es Alba la que viene.

Alba: Llevo cena?

Noa: Deja, me encargo. Pero una botella de vino…

Deja el móvil boca abajo y vuelve a abrir la foto de Violeta. Definitivamente la saca de la selección final que enviará a los organizadores y la guarda en su archivo personal. Se le ocurre que editarla y enviársela a ella como un obsequio personal puede ser un gesto bien recibido. Luego abre otra del mismo evento: un grupo de ejecutivos brindando, luces cálidas, sonrisas profesionales.

Definitivamente no está inspirada. Cierra el portátil.

Lúa levanta la cabeza, buscándola con la mirada.

—Venga, vamos.

La perra se incorpora con más entusiasmo del que Noa siente por nada últimamente y la sigue hasta la puerta. Correa, chaqueta, llaves. El estudio está en un segundo piso sin ascensor de un edificio que fue industrial y ahora es creativo, o eso dicen los anuncios de pisos en el barrio. Lúa baja las escaleras de dos en dos. Afuera, el aire huele a sal y a lluvia aproximándose. La ciudad siempre huele así: a mar y a humedad, como si no pudiera decidir entre las dos cosas.

Caminan sin rumbo fijo. Lúa se detiene cada treinta segundos a oler algo crucial, Noa consulta Instagram sin demasiada atención. Se detiene en una foto nueva de Violeta, de anoche: cena con amigos, etiqueta de un restaurante caro, copa de vino tinto, luz tenue de velas. Todo tan sofisticado como ella. Noa le da like, pero Violeta no responde. Nunca responde rápido.

Cuando vuelve a casa, son las nueve menos diez. Se da una ducha rápida, se pone la camiseta de Interpol que ya está jubilada para estar por casa, un pantalón de chándal, nada más. Ni calcetines. No es una cita. No tiene que esforzarse.

La cena llega de manos de un mensajero un poco antes de las diez. Mmm, huele. Arroz de su chino favorito. Prepara la mesa sin demasiada ceremonia, aunque se cuida de sacar la taza favorita de Alba y ponerla en el sitio donde siempre se sienta.

Alba aparece a las diez y cinco con una botella de tinto, los ojos brillantes y esa sonrisa apretada que pone cuando llega, como si estuviera contenta pero no quisiera demostrarlo demasiado.

—Hola.

—Hola. Pasa.

Noa cierra la puerta. Alba deja el vino en la encimera de la cocina americana y se quita la chaqueta. Lleva un jersey de manga larga, gris, tejido suave que se ajusta bien a sus hombros, y unos vaqueros finos tipo joggers.

Lo primero que hace Alba es saludar a Lúa, que mueve la cola a velocidad de vértigo y se deja sobar la tripa y detrás de las orejas. Luego Noa se acerca hasta ella, le aparta el pelo de la cara, la coge por la cintura con una mano y la besa. Despacio al principio, luego con más ganas. Alba responde como siempre: entregada, presente, con esa forma de besar que tiene como si nada más importara en ese momento.

Alba la interrumpe suavemente, soltándose de su boca y poniéndole las palmas de las manos en las clavículas.

—Espera, ¿cenamos antes?

Se sientan en la mesa. Noa sirve vino en dos tazas —no tiene copas, nunca tiene— y Alba se ríe un poco.

—Qué fino. —Siempre hace la misma broma.

—Oye, el vino sabe igual —Noa siempre le da la misma respuesta. Se ha convertido en un ritual entre ellas.

—Seguro.

Beben. Hablan del día. Alba cuenta algo de un paciente complicado, un medallista con un esguince de tobillo o algo así. Noa la escucha a medias. Está cansada. Y nunca entiende exactamente de qué le está hablando: que si ligamentos, que si miofascial, que si no sé qué. Le sorprende siquiera acordarse de algunas palabras. Deja la taza en la mesa y las palabras colgadas en la boca de Alba,

dando por terminada la conversación, y se estira en el sofá, apoyando la cabeza en el reposabrazos.

—¿Mal día? —pregunta Alba, cambiando de tema. Se ha dado cuenta de que no la seguía con eso del esguince.

—Regular. No encuentro la foto que me falta para la expo.

—¿Cuándo era?

—Dentro de tres meses. Tengo tiempo, pero me está jodiendo no dar con ella.

Alba asiente. Bebe un sorbo más, deja la taza al lado de la de Noa. Sigue sentada en la mesa, mirándola de medio lado. No se acerca al sofá: Noa lo registra, aunque no sabe muy bien qué hacer con esa información.

—¿Qué tipo de foto buscas? —pregunta.

Noa se encoge de hombros.

—No lo sé. Algo que tenga sentido con el resto y a la vez cierre la serie.

—¿Y si no tiene que cerrar? Igual queda bien abierto.

Noa la mira. Alba dice esas cosas a veces, cosas que suenan simples pero que le remueven algo. No le gusta esa sensación.

—Ya. Puede. Ya veré.

—¿Me las enseñas algún día de estos?

—¿El qué?

—Las fotos de la exposición.

Silencio. No incómodo, solo vacío. Noa se cansa de esperar a que Alba se acerque. No sabe qué le pasa esta noche, siempre hacen lo mismo. Es una coreografía ensayada dos veces por semana, mínimo.

—Ven —le pide, sin responder a su pregunta.

Alba se levanta sin decir nada y se sienta junto a ella. Noa solo alarga la mano, le toca el muslo, lo acaricia suavemente con la palma entera, dejándose llevar hacia dentro, hacia arriba. Un gesto automático, una invitación que las dos conocen bien. Alba sostiene la mirada un segundo más de lo habitual, como si estuviera a punto de decir algo. No lo dice. Se acerca y se sienta a horcajadas sobre Noa.

Comienzan a besarse otra vez. Ahora esos besos tórridos que a Noa le encienden. Mete la mano por debajo del jersey de Alba, le

acaricia la cintura, la espalda. Alba huele a algo fresco, a limpio, siempre huele bien. Noa cierra los ojos. Las manos de Alba son firmes, seguras, conocen su cuerpo mejor que nadie. Se dejan llevar, se pierden en eso que funciona tan bien entre ellas: piel, ganas, ritmo. Saben dónde tocarse para ir rápido, soltar. No les hace falta ni hablar. En apenas veinte minutos han terminado.

Se quedan un rato sentadas juntas, apoyadas la una contra la otra. Noa le pasa un brazo por el hombro y la mantiene sujeta contra ella. Luego Alba se pone de pie y se viste despacio. Noa sigue en el sofá, mirándola. Apenas le ha invitado a quedarse, a dormir. Solo las primeras tres o cuatro veces, luego ya no. Es parte del acuerdo.

—¿Te veo este finde en lo de Ania? —pregunta Alba, subiéndose los pantalones. Le dedica una bonita sonrisa, a pesar de que Noa está seria, abstraída, pensando en sus fotos.

—No creo. He quedado con Violeta el sábado.

Alba pierde la sonrisa. Noa lo nota perfectamente. Luego se pone la chaqueta, recoge el móvil de encima de la mesa.

—Vale —se toma su tiempo para decirlo.

—Es para un tema de trabajo —se apresura a aclarar—. Me va a pedir unas fotos para su web.

—Genial —Alba se cuelga la bolsa al hombro—. A ver si algún día me haces unas a mí.

Noa se ríe, nerviosa. Ha sonado a reproche, cosa que no le pega nada a Alba. ¿A qué ha venido eso?

—Pues cuando quieras —replica, como si la culpa de no haberla hecho fotos fuera de Alba por no pedirlas—. Cualquier día que te venga bien, me lo dices y las hacemos.

Pero ya da igual: el ambiente entre las dos se ha enrarecido.

—Me voy —es lo único que Alba responde.

Se despide rápido de Lúa, la única de esa casa que ahora sí consigue sacarle una sonrisa limpia.

Noa se levanta, la acompaña hasta la puerta. Se besan otra vez, rápido, casi un trámite. Vuelve a notar a Alba distante, y ya van unas cuantas veces últimamente. Noa arranca el gesto de aproximarse a darle un último beso y cerrar la puerta, pero no le da tiempo: Alba

se va sin mirar atrás, cerrando la puerta detrás suya con un poco más de fuerza de la necesaria. Noa apoya la espalda contra la puerta y suelta el aire.

Quizá no conozca lo suficiente a Alba como para saber si se ha marchado enfadada o no, pero solamente ver cómo interactúa con Lúa y cómo lo hace con ella le da la pista de quién es su favorita en esta casa.

Lúa la mira desde abajo, con esos ojos de reproche que solo los perros saben poner.

—¿Qué? No me juzgues.

Vuelve al sofá. Coge el móvil. Violeta ha respondido al like con un mensaje privado: «Te veo el sábado. Llevo ganas de verte». Noa lee el mensaje tres veces. Se le olvida lo que acaba de pasar con Alba, sonríe y guarda el móvil.

Se queda mirando el techo durante un rato largo, sin pensar en nada concreto. O quizá pensando en demasiadas cosas a la vez. En la foto que le falta. En la exposición. En Violeta. Y ahora otra vez en Alba, y en cómo ha perdido la sonrisa en cuestión de segundos cuando ha mencionado a Violeta.

No debería importar. No importa.

Por un momento piensa en escribirla. Algo como "¿Está todo bien entre nosotras?". Pero la posibilidad de que la respuesta sea un "no" y no sepa qué hacer después con esa palabra le hace soltar el móvil a tiempo.

"Cobarde", ladra Lúa.

—¡Cállate!

Se levanta, se mete en la cama, hace scroll un rato sin mirar nada en concreto, solo como acto reflejo. Lúa salta a su lado y se enrosca contra sus piernas. Noa le rasca detrás de las orejas.

Quizá es hora de aparcar lo de Alba, piensa. Pero luego se retracta: ¿por qué tendría que hacer eso? Ella siempre ha sido clara, le ha dicho lo que hay desde el principio. Si Alba decide quedarse haciendo esto una o dos veces por semana, ¿por qué debería preocuparse?

Porque no quiere que las cosas con Alba se compliquen. Por eso. Porque no quiere hacerle daño y a veces no puede evitar pensar que

se lo hace, aunque sea sin querer y con la verdad por delante.

Lúa suspira, como si le leyera el pensamiento. Maldita perra. Noa apaga la lámpara.

En la oscuridad, con los ojos abiertos, se repite que todo está bajo control. Que todo está bien. Que sabe exactamente lo que está haciendo.

Casi se lo cree.

Capítulo 2. Alba

Seis meses antes

Alba acaba llegando al bar quince minutos tarde. Una paciente de última hora no podía mover el cuello ni la rodilla y ha tenido que quedarse. Se disculpa con Ruth por mensaje y recorre a toda prisa el camino del trabajo a casa. Para colmo, tarda un buen rato en arreglarse. Se ve tentada de ponerse un vestido, pero cree que quizá esa chica, Noa, pueda sentirse intimidada. No parece su estilo.

Así que elige su mejor camisa, su mejor pantalón, las mejores botas. Una combinación de maquillaje que cree infalible. Y sale corriendo hacia el centro. Los nervios le retuercen la tripa el rato que tarda en llegar al sitio donde han quedado.

El sitio es uno de esos locales de música en directo que Ruth adora y que a Alba le parecen demasiado ruidosos, pero esta noche no le importa. Lleva toda la semana encerrada entre consultas, cuerpos tensos y contracturas que hablan de vidas que no se sostienen bien. Necesita aire, gente, manos que no huelan a crema de masaje.

Ruth la espera en la barra con una cerveza a medias y esa sonrisa de "te tengo una sorpresa". Ya sabe cuál es. Lo ha organizado todo para presentarle, por fin, a Noa. También están Ania, Pati y Lore.

—Por fin —exclama Ruth, repasándose con la lengua la espuma que se le ha quedado pegada a los labios—. Pensaba que no venías.

—Paciente de última hora, ya te dije.

—Siempre igual —Ruth le da un abrazo rápido y le pasa una cerveza que ya ha pedido por ella—. Ven, quiero presentarte a alguien.

Le guiña un ojo sutilmente, para que las demás no se den cuenta.

Alba la sigue entre la gente. Le susurra al oído:

—¿Le has hablado de mí?

Ruth solo lanza un comentario críptico.

—Digamos que tiene ganas de conocerte.

Genial. Más nervios todavía.

El grupo que toca en el escenario es bueno: guitarras limpias, voz grave que llena el local sin forzar. Ruth se abre paso hasta una mesa en un lateral donde hay tres personas. Alba reconoce a dos de ellas: Dani, amiga más o menos próxima, y Martina, su pareja, a las que saluda rápido. La tercera es Noa.

Pelo corto oscuro y desenfadado, camiseta negra remangada, vaqueros negros rotos por las rodillas, Vans curtidas en mil batallas. Masca chicle y tiene una cámara colgada del cuello, una réflex cara que parece una extensión de su cuerpo. Está concentrada ajustando algo en la pantalla, ajena a todo lo demás. Cuando levanta la vista, Alba siente el impacto de esa mirada: directa, curiosa, un poco insolente.

—Noa, esta es Alba. Alba, Noa.

Noa sonríe. No es una sonrisa grande; es algo más sutil, como si supiera algo que los demás no saben.

—Hola.

—Hola.

Se dan la mano. La de Noa es cálida, firme. Dura un segundo más de lo normal. Alba lo registra todo: el tacto, la presión, cómo Noa la mira de arriba abajo sin disimular demasiado.

—Noa es fotógrafa —dice Ruth, sentándose—. Antes me ha estado enseñando las fotos que hizo en el concierto de la semana pasada. Son una pasada.

—¿Siempre sales con eso?

Alba trata de romper el hielo haciendo un chiste sin gracia. La broma no le sale. La delata la voz nerviosa que se le ha quedado pegada a la garganta.

Noa se encoge de hombros sin perder la sonrisa.

—A veces —lo dice en el tipo de tono capaz de hacer que cualquier frase suene a flirteo.

—¿Puedo? —pregunta Alba, señalando la cámara.

Noa se la pasa sin dudar. Alba la coge con cuidado, mira la pantalla. Hay una foto de una chica en primer plano, media cara iluminada por una luz lateral, el resto en sombra. La expresión es perfecta: vulnerable, intensa, real. Pasa unas cuantas más. Público. Guitarristas, cantantes. Otra vez la misma chica de antes. Le suena. ¿No es una tal… Violeta?

Cuando levanta la vista, ve a Noa observando fijamente sus manos mientras sostienen la cámara.

—Preciosas —apunta, devolviendo la cámara.

—Gracias —Noa la guarda en la mochila que tiene a los pies—. ¿Tú a qué te dedicas?

—Soy fisioterapeuta.

—Ah. Eso significa que sabes dónde duele.

Alba sonríe.

—Algo así.

Se sientan. Hablan. O más bien, Noa habla y Alba escucha, pero no le importa. No puede competir con sus trucos de fisioterapeuta. Noa tiene ese tipo de energía que ocupa espacio sin arrollarte y te hace querer seguir escuchando. Cuenta cosas de su trabajo, de otra sesión que hizo la semana pasada con una banda emergente, de cómo casi se cae de un escenario intentando conseguir un ángulo imposible. Se ríe de sí misma con esa facilidad que tienen las personas que no se toman demasiado en serio.

Alba observa sus manos mientras habla: expresivas, siempre en movimiento; dedos largos y delgados, como su propio cuerpo, que gesticulan para enfatizar algo.

En algún momento, Ruth y las otras se levantan a bailar. Alba se queda. Noa también.

—¿No bailas? —pregunta Noa.

—No mucho. ¿Tú?

—Solo si estoy muy borracha. Y aún no.

Alba se ríe. Beben. El grupo cambia de canción, algo más lento, y Noa se acerca un poco más para que Alba pueda oírla sin gritar. Huele a algo cítrico, a colonia fresca. Alba se concentra en su cerveza para no pensar en lo cerca que está.

—Ruth me ha dicho que eres muy buena en lo tuyo —dice Noa.

—Ruth exagera.

—No lo creo. Tiene buen ojo para la gente.

Alba la mira. Noa sostiene la mirada sin pestañear. Hay algo ahí, una corriente que Alba reconoce pero que no se atreve a nombrar todavía.

—¿Y tú? ¿Eres muy buena en lo tuyo?

Noa sonríe de nuevo, esa sonrisa ladeada.

—Eso dicen.

—Modesta.

—Realista.

Se quedan en silencio un momento. No incómodo. Solo cargado. Alba siente el pulso en las muñecas, en el cuello. Se dice que no debería leer tanto en una conversación, que quizá Noa es así con todo el mundo, pero el cuerpo no miente. Y el de Noa está inclinado hacia ella, una rodilla rozando la suya por debajo de la mesa, la mirada fija y tensa.

Lo cierto es que le encanta Noa. Sufrió una especie de flechazo cuando la vio en una foto con Ruth, hace un par de meses. Porque es *exactamente* su tipo. Porque le encantan las fotos que hace. Y porque cree que le va a gustar todo lo que descubra de ella. Y ahora la tiene aquí, delante, por obra y gracia de Ruth, que un día le dijo casualmente que quería presentarle a una amiga de unas amigas que había conocido hace poco, y que le ha insistido ya varias veces en que harían muy buena pareja.

Ruth vuelve sudando, arrastra a Noa a la pista con una excusa absurda. Alba se queda en la mesa, las observa desde lejos. Noa baila mal, como había prometido, pero con tanta gracia y con tanta soltura que hace que no importe. A Alba le parece adorable. Mueve los brazos sin control, se ríe, se choca con Dani y casi la tira. Alba sonríe sin darse cuenta. Luego Noa gira la vista hacia ella, se señala a sí misma en un claro gesto de "¿ves?", y se da cuenta de que está haciendo toda esa parafernalia a propósito para hacerla reír.

Cuando vuelven, Noa se sienta otra vez a su lado. Más cerca ahora.

—¿Tienes Instagram? —pregunta, sacando el móvil.

—Sí.

Intercambian usuarios. Noa la sigue al instante. Alba abre la app y le devuelve el follow. Menos mal que no la había empezado a seguir, hubiera sido un poco… embarazoso. Mira su perfil mientras ella habla con Ruth. Un perfil que conoce bien, porque ya lo ha cotilleado muchas veces antes: fotos de ciudades, de gente en la calle, de momentos robados, mitad personal mitad portfolio. Todo tiene ese toque que Alba no sabría definir pero que reconoce como bueno. Algo así como auténtico, verdadero.

Se quedan hasta que cierran el local. Salen todas juntas a la calle y el aire frío les corta la cara. Ruth propone ir a por algo de cena tardía, pero Alba está cansada de todo el día. Tendrá que ser otro día.

—Yo me voy a casa —dice.

—Yo también —añade Noa—. ¿Por dónde te pilla?

—A diez minutos hacia allá —señala—. ¿Y tú?

—Un poco más a la izquierda. Pero te acompaño, seguro que me pilla de camino.

Ruth sonríe como si supiera algo. Alba finge no darse cuenta.

Caminan juntas. La ciudad está tranquila, solo algún grupo de gente saliendo de otros bares, algún coche de madrugada. Noa vuelve a sacar la cámara; hace fotos de escaparates, de farolas, de nada en concreto.

—¿Entonces siempre llevas eso encima? —pregunta Alba, ahora con interés genuino, no como antes.

—Habitualmente. Nunca sabes cuándo vas a encontrar algo.

—¿Y qué buscas?

Noa baja la cámara y la mira con una intensidad que envía unos cuantos latidos de más a Alba.

—No lo sé hasta que lo veo.

Alba traga saliva y asiente. Entiende eso mejor de lo que debería. Pasan por una plaza vacía, un banco de piedra en el centro. Noa se sienta con las piernas cruzadas y da una palmada al hueco a su lado, invitándola a sentarse. Alba se sienta, con un nudo apresurado en el estómago. Están lo suficientemente cerca como para que sus hombros se rocen.

—Me ha gustado conocerte —dice Noa.

—A mí también.

—¿Nos veremos otra vez?

Alba sonríe. Siente el calor subiéndole por el pecho, por el cuello.

—Seguro.

—Vale.

Noa no se mueve. Alba tampoco. Se quedan ahí, mirando la plaza vacía, el silencio entre ellas lleno de algo que ninguna nombra. Luego Noa se levanta, le tiende la mano para ayudarla a levantarse. Alba la toma.

Querría haber recorrido el resto del trayecto sin soltarla.

Cuando llegan al portal de Alba, Noa le da un beso rápido en la mejilla y se escapa.

—Nos vemos —dice, ya yéndose.

—Sí.

Alba sube las escaleras sintiendo todavía el tacto de ese beso en su piel. Entra en casa, se quita los zapatos, se tumba en la cama sin cambiarse. Abre Instagram. Noa ya le ha mandado un mensaje: "Ha estado bien. Repitamos pronto".

Alba responde: "Cuando quieras. ¿Alguna expo o concierto a la vista que merezca la pena?".

Luego deja el móvil en la mesita, se quita la ropa y se mete bajo las sábanas. Cierra los ojos pero no puede dormir. Siente algo en el pecho, algo cálido y peligroso que reconoce demasiado bien.

No debería ilusionarse tan rápido.

Pero ya es tarde para eso.

Capítulo 3. Noa

Seis meses antes

Quedan de nuevo tres días después de conocerse en el concierto. Se han pasado un par de días hablando por Instagram, saltando a WhatsApp, enviándose eventos que podrían servir de excusa. Al final, la justificación es una cerveza en una terraza con vistas al puerto.

Alba llega puntual; Noa, cinco minutos tarde, como casi siempre. Se sientan frente al mar, el sol de la tarde les da en la cara. Noa pide dos cervezas sin preguntar; Alba no protesta.

Hablan de cosas fáciles: trabajo, la ciudad, un concierto que hay el próximo fin de semana y que precisamente Alba le envió por Instagram.

—¿Tienes algo que hacer? ¿Te apetece ir? —pregunta Noa.

—Sí.

Fácil. Alba es fácil. No en el mal sentido, sino en el bueno: no complica, no exige, parece adaptarse a todo o es que todo le parece bien. Eso le gusta. Le gusta cómo la mira cuando habla, como si de verdad estuviera escuchando. Le gusta que no intente llenar todos los silencios. Le gusta su sonrisa, apretada pero sincera.

Se ven otra vez ese fin de semana. Café a media tarde que se alarga hasta la cena. Noa no lo planea, simplemente pasa. Están bien juntas. Conversan sin esfuerzo. Noa le cuenta cosas de Lúa, de cómo la perra la despierta cada mañana con un cabezazo en las costillas, de cómo odia madrugar pero lo hace igual porque si no Lúa se venga destrozando algo. Alba se ríe.

—Yo también odio madrugar.

—¿Y lo haces?

—Todos los días. A veces paso consulta a las ocho.

—Ufff. Yo no podría.

—Te acostumbras.

Alba le habla de sus pacientes, de ese momento en que un cuerpo se relaja por fin bajo sus manos, de cómo a veces la gente llora sin querer en la camilla. Lo cuenta con esa mezcla de profesionalidad y ternura que Noa no termina de entender pero que le resulta atractiva.

—Debe ser duro —dice Noa—. Estar tan cerca del dolor de los demás.

—A veces. Pero también es bonito. Significa que confían.

Noa la mira. Hay algo en Alba que le genera curiosidad. Una calma que no es pasividad, una atención que no es invasiva. Es como si supiera estar presente sin ocupar demasiado espacio. Eso le gusta. Pero también le genera algo parecido a la inquietud. Como si Alba viera cosas que Noa prefiere no mostrar. Como si viera realmente lo que le está pasando: su extrañeza y confusión.

Pican algo, pagan a medias. Salen a la calle, caminan despacio sin pretender ir a ningún sitio. Noa saca la cámara en algún momento, hace un par de fotos de un grafiti, de una pareja que habla en una esquina. Alba la observa sin decir nada.

—¿Qué? —pregunta Noa, guardando la cámara.

—¿No vulnera eso novecientos derechos individuales? —pregunta en tono de broma.

Le hacen gracia sus comentarios, las cosas en las que se fija. Tiene una mirada peculiar.

Noa se encoge de hombros.

—Yo quería hacer una foto a la pared. Ellos estaban delante.

Alba se ríe. Sigue mirándola fijamente.

—¿Qué? —vuelve a preguntar Noa, riéndose.

—Nada. Me gusta verte trabajar.

—Esto no es trabajar.

—¿Entonces qué es?

—Recopilar cosas.

Resulta que andando sin un rumbo claro han acabado llegando al portal de la casa de Noa. Debería despedirse ya, subir a su casa sola, pero no quiere. Son las once de la noche de un sábado

cualquiera y está con la chica que le gusta. Alba tampoco se mueve. Se quedan ahí, las miradas fijas, algo cargándose en el aire entre ellas, como si les hubiera entrado la timidez o no supieran cómo despedirse.

—¿Me voy? —pregunta Alba, con timidez.

Pero Noa da un paso adelante, le aparta el pelo de la cara con esos dedos que sabe que Alba ha estado mirando toda la noche. Se acerca despacio, dándole tiempo a que se eche atrás si no quiere. A lo mejor se ha precipitado, está sucediendo todo muy rápido, pero qué boca más bonita, piensa dos segundos antes de impactar con ella.

Alba no se mueve. Noa la besa.

Despacio al principio. Probando. Esperando confirmación. Alba responde abriendo la boca, dejándola entrar. El beso se vuelve más intenso, más urgente. Las manos de Noa en su cintura, las de Alba en su nuca, enredadas en el pelo, tirando suavemente de un mechón, tocándole la cabeza. Cuando se separan, las dos están sin aliento.

Le ha gustado. Eso. El beso. La electricidad en la punta de la lengua. Su sabor.

—¿Quieres subir? —pregunta Noa.

Alba solo asiente. No parece confiar en su voz en ese momento.

Suben las escaleras rápido. Noa busca las llaves, ya oye los ladridos excitados de Lúa dentro. Mierda. Tendrá que hacer las presentaciones, cuando lo único que quiere es llevar a esa chica a la cama.

Entran. No hay tiempo para formalidades: Lúa se lanza contra Alba, que se ríe, le dedica unos mimos, le habla con cariño. Cuando termina, Noa la mira sonriendo, apoyada en la encimera de la cocina.

—Esta es Lúa. Y ahora, si no te importa —se dirige a la perra mientras abraza a Alba por la cintura y la pega contra su cuerpo—, me la quedo un ratito para mí.

Se besan otra vez allí, de pie junto a la puerta, con más ganas ahora que el único testigo es una perra y no hace el viento de ahí

fuera. Noa ni siquiera le ofrece nada: la guía hacia el dormitorio sin soltar su boca.

Quiere saber. Si esa chica. Puede borrarle la mente. Aunque sea un rato.

Deja encendida la luz de la mesilla y se desnudan entre besos, entre risas nerviosas, entre esa urgencia que no admite pausas. Noa la tumba en la cama, se coloca encima.

—Quítate la ropa —le pide, haciendo ella lo mismo.

La ayuda a quitarse las bragas y los pantalones tirando de ellos. Luego siente el cuerpo de Alba debajo del suyo: fuerte, cálido, receptivo. Es alta, piel muy morena, el pelo largo oscurísimo, labios perfectos. Besa su cuello, su clavícula, baja despacio.

De repente, Lúa consigue colarse en la habitación y se sube de un salto a la cama.

—¡Joder, Lúa, no! —grita Noa.

Alba se echa a reír, se espera a que Noa la saque fuera y cierre la puerta.

—Lo siento —le dice, con una punzada de culpabilidad en los ojos.

—No pasa nada —Alba ya extiende los brazos para recibirla sobre ella.

Noa se deja caer sobre ese cuerpo caliente y se concentra en lo que sabe hacer: leer el cuerpo ajeno, entender qué necesita, dónde tocar.

Fuera, un par de ladridos.

—Qué pesada es —murmura Noa mientras roza con la lengua el vientre de Alba.

La siente reírse y ella sonríe también. Luego empieza a bajar.

—¿Puedo?

Por toda respuesta, Alba la agarra del pelo y la aprieta contra ella. Noa se pierde en su calor, en la saliva, en los sonidos que Alba hace cuando le encuentra el ritmo exacto. Circular, lento, preciso. Más rápido después. Aplicando lengua y tacto al mismo tiempo.

Le gusta el sabor como especiado de su piel. La manera en la que posa su lengua contra la suya y luego, más que moverla, la arrastra

con fuerza, activándole todas las terminaciones nerviosas. Mucho mejor de lo esperado.

Alba se rompe debajo de ella, rápido, intenso, sin hacer mucho ruido. Discreta, como parece ser ella. Luego le devuelve el favor, siguiendo la misma secuencia. Lo que más le fascina de todo son sus caricias. Dios. Vaya manos. Se nota que sabe manejarlas. Las usa sin tregua, hasta que la hace gemir ahí abajo.

Después, se quedan tumbadas una al lado de la otra, respirando fuerte, sin hablar. Al cabo de un buen rato, Alba busca su mano bajo las sábanas, entrelaza sus dedos. Noa le aprieta los dedos suavemente y gira la cabeza para mirarla.

—¿Todo bien? —pregunta Noa.

—Sí. ¿Tú?

—También. Tengo que sacar a la perra. ¿Te quedas aquí?

—No, te acompaño. Y luego me voy.

Lo dice con la boca pequeña. Noa nota perfectamente el tono de voz de alguien que le pide que insista. Pero no lo hace. Le ha gustado mucho repetir encuentro con Alba, pero no está segura de si ha sido solo sexo o algo más. En los ojos de ella ve ese algo más y no está muy segura de poder cumplir, de momento. Quizá sea mejor así. Le suelta la mano con cuidado antes de incorporarse.

Bajan juntas a la calle a pasear a la perra. De repente están allí, con este puto frío, el vaho que les sale de las bocas, recién folladas, ese cuerpo elástico junto a ella, con los labios perfectamente dibujados. Está bien esto, piensa. Podría intentarlo al menos una vez más, o dos. Algunas veces más.

Noa hace un par de fotos nocturnas, le enseña a Alba cómo quedan, le explica la composición. Alba está más entretenida con la perra, han hecho buenas migas. Aun así, presta atención a lo que Noa le cuenta sobre las fotos.

Las semanas siguientes van bien. Se ven a menudo. Van al concierto que Noa había mencionado, luego a una exposición de fotografía analógica que Alba propone y en la que Noa no está demasiado interesada en realidad, pero no lo dice y va para complacerla. Sabe que la ha buscado para ella, para las dos.

Se acuestan juntas varias veces más. Siempre después de sacar a la perra. Siempre en casa de Noa, nunca en la de Alba. Noa se lo pide, le dice que es por la perra y es verdad, es por la perra. Pero al final le viene bien: así aprovecha más el tiempo, mantiene el control de sus cosas.

Semanas más tarde, una noche después del sexo, Alba no parece tan contenta y relajada como otras veces. Le nota el cuerpo un poco tenso, se queda callada más tiempo del habitual. Noa lo nota y suplica. Por favor, que no pregunte. Que no me pregunte qué somos. Que no me pregunte qué quiero.

Alba abre la boca y Noa decide actuar para acallar la sombra de duda, quizá decepción, que aparece claramente pintada en el rostro de Alba:

—¿Te quedas a dormir hoy? —propone, casi con prisa.

La propuesta ilumina brevemente los ojos de Alba. Se gira hacia ella, recupera la sonrisa y le dice que sí. Luego ejecuta una larga caricia por todo el costado que pone el cuerpo de Noa a tiritar.

Mierda. Por qué no se enamora de esta chica. Si es preciosa, es perfecta. Morena, amable, lista, mueve las manos con soltura, la besa con anhelo, la desea.

Pero, por mucho que Noa quiera hacerlo funcionar, y jura que se está esforzando al máximo, hay algo que no termina de encajar del todo. No es capaz de sentirlo en tiempo real.

Porque es evidente que esa chica morena y preciosa está buscando algo. Algo que por lo visto piensa que Noa le puede dar. Pero Noa no lo tiene tan claro. Más bien, nada claro. Noa está en otro sitio, en otro momento, con otra persona. Atascada en el beso que se dio con Violeta hace ya cinco meses y que no la suelta, joder.

Ese beso que prometía algo que nunca llegó. Ese beso que Noa sigue esperando que se repita.

Se duerme recordando a Violeta.

Y eso, en el fondo, ya lo dice todo.

Capítulo 4. Alba

El chico apoya el pie en el suelo con cuidado, como si pisara sobre una pista de hielo muy fina. Alba observa el ángulo, la tensión en el gemelo, cómo redistribuye el peso para proteger el tobillo izquierdo.

—Bien. Ahora con más apoyo.

Él lo intenta. Hace una mueca.

—¿Duele o molesta?

—Molesta.

—Normal. Llevas tres semanas sin apoyar bien. El cuerpo tiene memoria.

Alba le pide que repita el ejercicio seis veces más, corrigiendo la postura, ajustando la carga. Cuando termina, le explica los ejercicios que tiene que hacer en casa y le recuerda que no puede forzar, que la recuperación no se negocia. El chico asiente, le da las gracias y se va. Alba anota en el historial, cierra el ordenador y mira la hora. Son las doce y media y tiene toda la tarde libre.

Pero no quiere la maldita tarde libre.

Se cambia en el vestuario: se pone los vaqueros, la camiseta básica y se mira en el espejo. Está cansada. No del trabajo, del resto. De lo que no es trabajo. Se recoge el pelo, se echa agua en la cara y sale.

Afuera, el aire huele a mar y a lluvia que aún no ha llegado pero que está al caer. Camina hacia su barrio sin prisa. Llega a casa, se quita los zapatos y se tumba en el sofá. Coge el móvil. Nada de Noa, claro. Hoy ha quedado con Violeta. Así se lo dijo el otro día, de pasada, como quien menciona que tiene que ir al dentista. Y sin opción, por supuesto, a que Alba le acompañe.

Han pasado seis meses desde que empezaron y todavía siguen así.

Alba abre Instagram y busca el perfil de Violeta en una especie de maniobra emocional masoquista. Una cena elegante, un selfie con copa de vino, sonrisa perfecta. Si sigue cogiendo el móvil así se le van a contracturar los dedos de la mano. Le duelen los carrillos de morderlos por dentro.

No debería importarle. Pero le importa.

Cierra la aplicación y pone un mensaje en el grupo. Esta noche se sale.

"¿Alguien para dentro de un rato?", pregunta, desesperada por que no se le caiga la casa encima.

"En una hora yo", responde Ruth.

Esta vez va rápido. Una vez más, vuelve a elegir su mejor camisa, su mejor pantalón, las mejores botas. Una combinación de maquillaje que cree infalible. Esta vez, para nadie en particular; solo para ella. Pero si alguna tiene a bien arrimarse y mirarla como cree que se merece, y tiene un mínimo gesto con ella, el más mínimo, está firmemente decidida a dejarse querer.

Porque total, Noa y ella no tienen nada, ¿no? Lo dejó bien clarito al poco de empezar, hace ya unos cuantos meses. Los suficientes como para darse cuenta de que esto no avanza en ninguna dirección.

Se ve tentada de imitarla con burla mientras se mira al espejo, ultimando los retoques: un pintalabios devastador, que se extiende de forma perfecta en cuanto mueve un poco esos labios que Dios le ha dado.

Está harta. Muy harta. Lo ha intentado todo: acercarse, conocerla, darse a conocer. Proponer planes, invitarla a comer, a cenar, a casa. Proponer escapadas, viajes, salir a comer un día a un puto restaurante en algún pueblo de las afueras de la ciudad.

Nada. Noa lo dijo bien clarito, sí. Desde los primeros días, casi. Solo follar. Solo amigas. Sin compromiso. Cada una puede hacer lo que quiera. No nos debemos nada. Si no te interesa, eres libre de irte. Si te quieres quedar, nos lo pasaremos bien.

Ajá, confirma dibujando una "o" con los labios ante el espejo: están perfectos. La muy imbécil no tenía los cojones de confesarle la verdad: que estaba enamorada de otra.

Al principio fue una decepción, pero Alba no le dio tanta importancia. Se sabía mujer de recursos. Pensaba que, si picaba lo suficiente con su martillo en esa coraza autoimpuesta de Noa, podría conseguir el premio.

Pero no. Ya casi había tirado la toalla. Jamás le había dicho lo que sentía por ella, y mucho menos le había preguntado qué eran, porque la sola pregunta resultaba ridícula en sí misma visto lo visto.

No eran nada, ni nadie. Dos tías que cenan juntas y follan un par de veces por semana, por sistema, por mecánica. Noa estaba increíble con ella durante el par de horas que duraban sus encuentros, como si pusiera el máximo esfuerzo en mostrarle todos sus encantos concentrados en ciento veinte minutos. El mínimo que se le podía exigir a una persona. Después, se volatilizaba y ya está. Si coincidían en sitios, ni rastro del más mínimo gesto de cariño.

Alba arrancó la chaqueta de cuero del respaldo de la silla antes de salir de casa. Seis meses así. Empezaba a cansarse de verdad de todo este jueguecito.

La terraza donde ha quedado con Ruth está llena pero no abarrotada. Ruth ya está ahí, en una mesa, con una cerveza y un cigarro a medias. La abraza cuando la ve llegar y justo empieza a llover. El parasol las aguanta la llovizna ligera.

—Vaya, qué guapa estás. —Ruth pega una calada al cigarro y llena de humo el espacio entre las dos—. ¿Ocasión especial?

—No.

El tono fúnebre y seco ya pone a Ruth sobre aviso.

—¿Cómo estás?

—Bien —miente.

—Ajá.

—Bien. De verdad.

—¿Noa?

Alba bebe. No responde de inmediato. Ruth espera.

—Ha quedado con Violeta hoy.

—Ya. Claro. Por eso estás aquí, arreglada como si fueras a una boda, bebiendo cerveza conmigo un sábado por la noche.

Alba sonríe un poco.

—No sé qué hago, Ruth.

—Yo sí. Te estás haciendo daño.

Alba niega con la cabeza, pero no dice nada. Bebe otra vez. La cerveza está fría, le baja bien.

—¿Cuánto tiempo lleváis ya en esto? —pregunta Ruth—. ¿Medio año?

—Algo así.

—Y en este tiempo, ¿qué ha cambiado?

Alba no responde. Porque no ha cambiado nada. Siguen haciendo lo mismo: quedadas nocturnas, sexo, cada una a su vida. Alba en su casa y Noa en la suya, con Lúa, con su estudio. Con su vida que no incluye a Alba más allá de esos encuentros.

—¿Has hablado con ella de algo de esto? —insiste Ruth.

—¿Con ella? No.

—¿Por qué no?

Alba se encoge de hombros.

—O sea, fue muy clarita con las normas. Puso los límites enseguida. Si quiero me quedo, si no me voy. Y siempre que hago alguna mención sutil lo evita enseguida.

—¿Y por qué no te vas de una puta vez?

Buena pregunta. Alba se la hace a sí misma cada dos o tres días. A veces cada noche. Por qué sigue. Por qué vuelve. Por qué agarrarse a un clavo ardiendo cuando claramente se merece más.

—Porque me gusta —dice al fin, con amargura—. Mucho.

—Demasiado, me parece a mí —interviene Ruth, pero Alba la ignora.

—Me gusta estar con ella. Me gusta cómo me mira cuando no está distraída. Me gusta su risa. Me gusta que me cuente cosas de su trabajo, de Lúa, de las cosas que le importan. Me gusta cómo me toca.

—Pero… —la invita Ruth a continuar.

—Pero por lo visto, yo no soy suficiente para la gilipollas esta.

Ruth alarga la mano, se la aprieta.

—Eres más que suficiente para cualquier persona en su sano juicio. Simplemente es que ella no está disponible.

—Ya.

—Y tú te estás apagando, Alba. Te veo. Ya no eres la misma. Siempre estás midiendo, esperando, conteniendo. Eso no es una relación, es una condena.

Alba siente algo en el pecho, algo que duele más de lo que debería. Porque Ruth tiene razón. Se está apagando. Ha dejado de pedir cosas. Ha dejado de proponer planes. Ha aceptado las reglas, claras como el agua: esto no es una relación, es solo sexo. No esperes más, no preguntes, no compliques.

—A veces la odio un poco —dice Alba, sorprendiéndose a sí misma—. Me gusta, pero cada vez me cae peor. Me cabrea que sea tan... tan cómoda en todo esto. Como si no le costara nada.

—Porque no le cuesta. Tú pones todo el esfuerzo. Ella solo recibe.

Alba bebe. No quiere romperse aquí, en este bar, con Ruth mirándola con esos ojos de pena. A pesar de que la situación le destroza, y pensar que está con Violeta le mata aún más. Puede que esta noche sea *la* noche. La noche en la que Violeta y Noa…

Se acaba la cerveza de golpe, intentando no pensar. No quiere ser esa persona que se rompe por alguien que ni siquiera está pensando en ella en este momento.

—¿Sabes lo peor? —dice—. Que ni siquiera puedo culparla. Ella ha sido clara en todo momento y yo lo he aceptado. Sé que debería cortar. Sé que esto no va a ningún lado. Pero no puedo. Porque cada vez que pienso en hacerlo, me acuerdo de cómo me besa, de cómo me mira algunas veces, de las noches que me quedé a dormir y me desperté con ella ahí, y pienso... pienso que quizá. Que quizá si espero un poco más… esto cambie.

—No sé, Alba.

—Ya.

—¿Entonces?

—No lo sé.

Se quedan en silencio un rato. La música del bar se escucha desde fuera; la gente habla, ríe, vive.

Alba se siente fuera de todo eso. Como si estuviera viendo su vida desde lejos, sin poder tocarla.

—Estoy cansada —dice al fin.

Ruth no dice nada. Solo se inclina y la abraza. Alba se deja.

—Tienes que hacer algo —dice Ruth cuando se separan—. O le plantas cara o lo dejas. Pero esto te está jodiendo.

—Ya.

—Hablo en serio, Alba.

—Lo sé.

Beben en silencio un rato más. Alba mira el móvil. Sin mensajes. Noa debe estar con Violeta todavía. Hablando de lo que sea que hablen cuando están juntas. Coqueteando. La imagen de un beso con lengua entre las dos se le asoma sin pedir permiso. Alba arde, cierra los ojos, respira hondo.

Se supone que no debería importarle. Pero sí que le importa.

—Voy al baño —dice, levantándose.

Allí se mira en el espejo. Está guapa, sí. Pero ¿para qué? ¿Para quién? Se lava las manos, se retoca el pelo y sale.

Cuando vuelve a la mesa, Ruth está mirando el móvil.

—¿Todo bien?

—Sí. Ania ya viene.

—Vale.

Piden otra ronda. Alba no tiene ganas de beber más pero lo hace igual. Necesita algo que le quite este peso del pecho.

Al rato están todas. Por fin un rato de sacar la cabeza del agua y respirar. Se meten dentro del bar, chillan como si no hubiera nadie al lado. Comen algo, beben más cervezas, alguna copa. Dos horas más tarde acaban en un antro oscuro a base de chupitos.

Alba comienza a notar miradas. No sabe si las que le echan a ella o las que ella insiste en retener o… Un par de chupitos más tarde ya no funciona muy bien. Pero la chica rubia que pasa justo por su lado rozándole suavemente la cintura como quien no quiere la cosa acaba de ponerla a mil.

Piensa en seguirla. Charlar un rato. ¿Qué daño puede hacer? La sigue con la mirada, se pierde al fondo del local. Antes de echar a caminar en su dirección mira el móvil por la inercia.

Mensaje de Noa.

"Ya estoy en casa. Por si te apetece pasarte de camino a la tuya (:"

Alba mira la pantalla. Lee el mensaje dos veces. Tres.

Parece que la cita de alguien no ha acabado como debería, ¡ja!, se burla en su cabeza. Pero la realidad es que una parte del peso que sentía en el pecho echa a volar y la deja en paz, por fin.

De todas maneras, podría empezar a practicar un poco con eso de la autoestima y el amor propio. Dignidad y respeto por sí misma. Ya, ahora. Noa se lo ha puesto en bandeja. *Es* el momento.

Dile que no.

Pero sus decisiones se toman solas sin contar con ella. Sabe que se acabará lo que queda de copa, desistirá de acercarse a la chica rubia que cree que le está devolviendo la mirada desde el fondo del local, e irá a ver a Noa.

Una vez más.

Todavía no ha aprendido a decirle que no.

Capítulo 5. Noa

El restaurante es del estilo que Violeta elige siempre: iluminación tenue, vajilla moderna, camareros que hablan en voz baja. Noa lleva una camisa que se compró hace dos años para hacer fotos en un evento de una marca de lujo y que casi nunca usa. Se siente disfrazada. Violeta llega diez minutos tarde, como siempre, con ese aire de quien viene de algo importante.

—Perdona. Reunión eterna.

—No pasa nada.

Se besan en las mejillas, con cierta intención, como todo lo que hace Violeta con ella. Huele a ese perfume caro que Noa no sabría nombrar pero ya reconoce. Se sientan. Piden vino. Hablan de trabajo. Violeta cuenta algo de un caso complicado, de un cliente difícil, de que tuvo que quedarse hasta las once de la noche revisando contratos. Noa asiente, pregunta lo justo, observa. Violeta está guapa. Siempre está guapa. Aunque su belleza empieza a gastarse de tanto mirarla y no tenerla.

—¿Y tú qué tal? —pregunta Violeta cuando termina de hablar de sí misma—. ¿La exposición?

—Bien —resopla—. Aún me falta una foto.

—Seguro que la encuentras.

—Eso espero.

Silencio. El tipo de silencio que antes le parecía cargado y ahora solo le parece vacío. Violeta bebe vino. Noa la mira. Piensa en las fotos de ella que tiene guardadas en el ordenador, en cómo siempre quiso capturar esa luz que Violeta tiene. Pero esta noche, mirándola frente a frente, no encuentra del todo la luz. Solo una mujer hablando de su trabajo.

—¿Sigues con la temática del tránsito? —pregunta Violeta.

—Sí.

—Qué interesante —hoy suena más educada que interesada. Estará cansada.

Noa reflexiona un momento.

—Oye, ¿qué te parece si el día que quedemos para tus fotos, intento hacerte algunos encuadres adicionales? Por si sale la foto que estoy buscando… —sugiere, casi coqueta.

Quizá una sesión de fotos con potencial deriva íntima es lo que necesita para resolver de forma definitiva esta situación.

Ella sonríe sin disimulo y le lanza una mirada electrizante que a Noa le pone los pelos de punta.

—Claro. Encantada.

Le toca la mano, suave y rápidamente por encima de la mesa. A Noa se le activa otra vez el recuerdo dormido.

Llevan casi un año así. Desde que se vieron por primera vez en la fiesta de una amiga común en una casa, se engancharon a hablar y Noa se quedó prendada de esa extranjera de ojos claros y media melena recta, con cara de actriz de época que entre semana se disfraza con traje chaqueta para impresionar a sus clientes ricachones, cuyos intereses representa con mano de hierro.

Esa noche acabaron escondidas en una habitación llena de abrigos, sentadas en el suelo y apoyadas contra la pared. Besándose apasionadamente en un rincón después de dos horas de no parar de hablar de fotos, de conciertos, de ciudades, de series, de chicos, de chicas.

Tras salir de la habitación y volver a la fiesta, Noa pensó que esa chica disfrazada de punk casual era algo así como la mujer de su vida. La que llevaba más de un cuarto de siglo esperando. El corazón le echó a volar hasta que se enteró de que tenía pareja. Chico.

Algo así como un año más tarde, podía afirmar que las cosas no habían sucedido exactamente como se las pintó a sí misma. Aun así, no desesperaba. Esa mujer le alteraba el pulso sobremanera y, si era cuestión de esperar un poquito más, quizá podría esperar.

Aunque lo cierto es que estaba cansada. Si tenía que pasar algo, que pasase ya, por favor.

Esta cena se parece demasiado a todas las cenas que han tenido en el último año: encuentros muy ocasionales en los que Violeta

habla, Noa escucha, coquetean un poco, Violeta se hace la lesbiana medio en broma, medio en serio, Noa trata de estirar sutilmente el hilo y, al final, no pasa nada.

Preparan la sesión de fotos que Violeta le ha pedido y luego charlan un rato sobre ellas mismas. Violeta le confiesa que las cosas entre ella y Liam no pasan su mejor momento. Noa se ve tentada de hacer sangre pero lo deja estar y simplemente le da ánimos para… ¿dejarlo?

Violeta la mira enarcando los ojos y riéndose con sus bromas. La conversación se vuelve horizontal, que es la extraña percepción que tiene Noa cuando entran en terreno ambiguo.

—¿Tú crees que si lo dejo con Liam será nuestro momento? —le pregunta con descaro, flirteando en ese tono de broma que es el que les funciona a las dos para hablar de lo que no se puede decir abiertamente.

—Creo honestamente que sí —responde Noa, fingiendo seriedad.

—Ya sabes que si estuviera con una chica sería contigo.

Y es verdad. Se lo ha dicho muchas veces. Aunque aquello empieza a tener la consistencia etérea de una quimera.

—Te estaré esperando —Noa le guiña un ojo, tan en serio y tan en broma como la propia Violeta suele actuar. Las dos se ríen.

—¿Y tú qué tal? —pregunta Violeta, soltando el vino—. ¿No estabas con alguien?

La conversación ha recuperado la verticalidad y por cosas como esta Noa nunca entiende si de verdad están jugando a algo o es todo mentira. Y ese beso se siente cada vez más lejano como para representar un punto de apoyo real.

Noa, una de las rompecorazones de oficio en la ciudad, profesional de los asuntos del querer, arrastrada por este enganche absurdo. Niega con la cabeza para sí misma mientras responde.

—Uhm, bueno. Algo. No exactamente. Me veo con una chica desde hace unos meses, pero no tenemos nada serio —responde, un poco atropellada.

No le sienta bien decir estas cosas. Al principio le daba igual, pero a estas alturas se siente mal por Alba, que claramente no se merece

a una idiota como ella. Esa es la verdad. Piensa en ella un momento y algo ácido se le instala en la boca del estómago.

Violeta no responde. Solo se encoge de hombros, recupera la copa de vino y, parapetada tras el vidrio, la mira con una intensidad que Noa no identifica. Podrían ser celos, interés, desidia. Cualquier cosa.

La intuición empieza a decirle, todavía desde lejos pero cada vez más nítido, que debería empezar a considerar seriamente la posibilidad de soltar esto.

Pero mientras tanto, aquí está, hablando de encuadres y de composiciones que en realidad gritan "te veo, me gustas, haz conmigo lo que quieras".

Salen de cenar y se despiden en la calle. Se miran durante más segundos de los necesarios y Noa, con un pequeño ejército de mariposas desplegándose en el estómago, se pregunta si quizá es hoy, es ahora. Se deja caer suavemente hacia Violeta, a modo de despedida, en dirección a su mejilla pero mirando a su boca, por si es que ella quisiera corregir la trayectoria y plantarle los labios en un dramático giro del destino. Pero en el último tramo se le cruza la imagen de Alba y Noa tampoco se desvía: sus labios se estampan contra la piel de su mejilla.

Violeta se marcha despidiéndose con la mano, con una expresión que dice "lo siento, en otro momento, quizá. Otro día".

O nunca.

Noa echa a andar. El subidón que siempre tiene al ver a Violeta se transforma rápidamente en frustración por sí misma e incluso un poco de tristeza por la situación. O sea, ¿cómo puede ser tan gilipollas? Cualquiera que la vea…

A su edad…

Si ella siempre juró y perjuró que nunca….

Que nunca haría estas cosas…

Que si quería algo de alguien lo cogía…

Que no estaba para dobles juegos ni ambigüedades ni cosas así…

En fin. Tiene que ponerse un límite. Una fecha. Algo así. Pensamiento mágico: "si antes del 3 de marzo del año que viene no

ha pasado nada, desisto. Definitivo". Pero es que la cabrona de Violeta es muy resistente, está agarrada a su cerebro y no lo suelta.

Saca el móvil sin pensar y escribe a Alba: "Ya estoy en casa. Por si te apetece pasarte de camino a la tuya (:".

La realidad es que le apetece verla. Tendrá que compensarla por negarla de esa manera en las conversaciones. O simplemente es que pensar en Alba le calienta de más y quiere soltarlo. Como sea, son dos adultas en pleno uso de sus facultades con normas claras. Si quiere venir, que venga.

Va pensando en la exposición y en el lío que tiene en su cabeza cuando llega a casa y se da el último paseo del día con Lúa.

—Rapidito, nena, que hace frío.

La puta foto que le falta. Lleva meses buscando algo que no sabe qué es. Y todas las fotos que hace últimamente le parecen vacías. Bellas, sí. Técnicamente impecables. Pero vacías. Como esta cena con Violeta. Como lo que tiene con Alba. Como ella misma últimamente.

Encuadra a Violeta mentalmente en diferentes lugares, escenas, posiciones. A ver si en una de esas salta la chispa y encuentra lo que busca. Dibuja unos bocetos esquemáticos rápidos en su agenda de trabajo para evitar que se le escapen las únicas dos ideas con potencial que le han surgido en este rato.

En esto está cuando suena el timbre y Lúa asalta la puerta con ansiedad, moviendo el rabo a mil por hora. Se pone cada vez más nerviosa cuando escucha el ascensor y luego cuando oye pasos detrás de la puerta.

—Qué tarde, ya no te esperaba —saluda una Noa somnolienta a…

La imagen de Alba la impacta. Está guapísima hoy. Siempre está guapa, pero esta noche hay algo diferente. Algo en su forma de mirar. Y parece ligeramente borracha.

Alba se agacha primero a saludar a Lúa, como siempre. La perra primero. La abraza, hunde la cara en su pelo, le dice monerías. Noa sonríe al verla así.

—¿Y mi beso? —le pide, de brazos cruzados, cuando se levanta.

Noa no se espera lo que viene: Alba la agarra como si fuera un vendaval, le rodea la cintura con un brazo y una fuerza que no le

suena haber sentido otras veces, y le planta un beso con lengua que automáticamente deshace todas las barreras de Noa y lanza a Violeta fuera de su mente.

—Wow. Cómo vienes hoy —bromea Noa. El corazón ahora le bombea más fuerte.

Alba ni siquiera responde. Le echa una mirada pesada, cargada de deseo, y una sonrisa cortada. La deja plantada en la puerta y se marcha por el salón quitándose la ropa y tirándola lejos, por cualquier lado. Se sienta en el sofá y la espera allí, de piernas cruzadas, en la imagen más sexy que Noa recuerda de Alba.

Traga saliva. Joder.

Noa baja las luces al mínimo y se sienta junto a ella con calma.

Pero Alba se sube encima suya enseguida y la besa sin avisar. No es el beso de siempre. Es más intenso, más urgente. Más… presente. Noa responde, sorprendida. Las manos de Alba en su cara, en su cuello, tirando de ella. Se separan un momento, Alba la mira fijamente.

—¿Estás bien? —pregunta Noa.

—Cállate.

Ha pasado algo, piensa Noa. Tiene que haber pasado algo para que esta chica se comporte así, después de meses instaladas en pura rutina sexual.

Alba vuelve a besarla. La empuja suavemente para tumbarla sobre el sofá y la imagen de Alba con otra se le presenta sin avisar. Quizá es eso. Ha venido cachonda porque… porque... Noa se deja empujar y Alba se sienta a horcajadas sobre ella. Esto tampoco es habitual. Normalmente se lo toman con calma, se desnudan, siguen un ritual que funciona. Pero esta noche, Alba parece decidida a hacer las cosas de otra manera. Le quita la camiseta despacio, le besa el cuello, los hombros, baja por el pecho. Noa siente cada beso como si fuera la primera vez.

—Alba...

—Shhhh.

El rumor se vuelve insistente. ¿Puede que esté con otra? ¿Con más gente? Nunca hablan de eso. La idea le produce un aleteo confuso en la boca del estómago, una sensación hundida y

peligrosa, nada agradable, pero se abandona enseguida a su tacto, rechazando cualquier otra imagen.

Incluida Violeta.

Alba sigue. Le desabrocha el pantalón y mete la mano dentro, buscándola. Noa cierra los ojos. Alba empieza diferente. Más lenta, más atenta, más… ahí. Completamente ahí. Cuando abre los ojos, Alba la está mirando. Directamente a los ojos. Noa siente algo en el pecho y, sinceramente, no tiene ni puta idea de lo que es, pero ahora mismo le está gustando.

—Mírame —dice Alba, voz ronca—. Quiero que me mires.

Noa la mira. No puede hacer otra cosa. Alba empieza a moverse, dedos expertos que conocen su cuerpo pero esta vez con una intención diferente. No es mecánica. No es solo placer. Es otra cosa. Algo que asusta un poco.

El encuadre perfecto.

—¿Te gusta? —pregunta Alba.

—Sí —gime suavemente.

—Dímelo.

—Me gusta.

—¿Qué te gusta?

Noa traga saliva. No está acostumbrada a esto con Alba. A hablar, durante. A que le pida palabras.

—Cómo me tocas.

Alba sonríe. Baja la cabeza, la besa otra vez. Profundo, lento. Noa le devuelve el beso con una intensidad que la sorprende a sí misma. Las manos de Alba trabajando, la lengua de Alba en su boca, los ojos de Alba fijos en los suyos cada vez que se separan para respirar.

De repente tiene la necesidad de tocarla, de pegarse contra su piel y abordarla cuanto antes.

Noa siente el placer acumulándose, más intenso de lo habitual. No solo físico. Hay algo más. Algo emocional que no reconoce pero que la atraviesa entera. Cuando llega, es diferente. Más profundo. Más real. Cierra los ojos, arquea la espalda, suelta un "joder, Alba" muy, muy bajito, y le pide que se tienda junto a ella.

Se quedan así un momento. Respirando. Alba todavía sobre ella, la frente apoyada sobre la suya. Noa le acaricia el pelo, la espalda.

—Ven —dice, levantándose—. A la cama.

Van al dormitorio. Se desnudan del todo. Se tumban. Noa intenta devolver el favor pero Alba la detiene.

—Espera.

—¿Qué?

—Solo... quédate quieta.

Noa se queda quieta. Alba se coloca sobre ella, empieza a moverse despacio. Se toca a sí misma mientras está ahí, encima, mirándola. Noa la observa. El cuerpo de Alba moviéndose, sus manos, su cara cuando se acerca al orgasmo. Es hipnótico. Es lo más erótico que Noa ha visto nunca.

No reconoce a la mujer que tiene encima. Normalmente es sumisa, complaciente, atenta. Esta exige, es desafiante, rebelde.

—Tócame —dice Alba.

Noa alarga las manos, le toca los pechos, la cintura, las caderas con toda la suavidad y la intención que es capaz de concentrar. Le introduce dos dedos mientras ella sigue tocándose y la deja que marque el ritmo, acompañándola. Alba gime, cierra los ojos, se mueve más rápido. Noa siente cómo se excita, tanto que vuelve a estar activa al máximo y podría correrse con solo… solo… Se contrae, se parte, y luego se desploma sobre Noa, respiración entrecortada, piel sudada, pegadas.

Se quedan así, en silencio, un buen rato. Noa nota el peso de Alba sobre ella como nunca, su respiración acompasándose poco a poco. Huele a sexo y a alcohol y a ese perfume tan suyo, tan dulce.

Noa no termina de recuperar la respiración. Su voz suena un poco ronca cuando dice:

—¿Te quieres quedar a dormir hoy?

Algo en la mirada de Alba le ha atrapado. Hoy quiere que se quede. Hoy quiere sentirla al lado cuando despierta y ver si… si a lo mejor…

Pero Alba no la mira, solo se ríe suavemente, como para ella. Se pregunta qué le hará tanta gracia. Ella se despereza y se estira sobre la cama.

—No. Me voy a mi casa.

Y se va. Qué pena, porque hoy sí le estaba apeteciendo tener esa piel oscura, caliente, pegada a la suya. La escucha recoger su ropa desperdigada por el salón mientras Noa, clavada sobre el colchón de la cama como si la hubieran puesto alfileres, trata de recomponer la imagen mental que tiene de Alba.

Se despide de Lúa en la puerta. A ella no le dice nada. Se va cerrando la puerta suavemente.

Noa se revuelve, un poco intranquila, en la cama. Alba aparcando su dulzura habitual y haciendo con ella lo que le ha dado la puta gana: eso es lo que ha pasado. No entiende qué ha sido eso, aunque haya estado muy bien. Mejor que bien. Uno de esos días en los que piensa que Alba esconde mucho más de lo que muestra. Después de mucho reflexionar, se da cuenta por fin de qué es lo que le ha parecido extraño en ella hoy.

Alba parecía rabiosa. Enfadada.

Intenta dormirse. Piensa primero en Violeta. Luego en Alba. Violeta. Alba.

Y por primera vez se pregunta si lo que busca no está donde creía que estaba.

No tiene respuestas. Solo preguntas. Pero las preguntas, al menos, son un principio.

Se duerme recordando a Alba.

Y eso, en el fondo, debería decírselo todo.

Capítulo 6. Alba y Noa

Lunes, 10:47

Alba → Ruth

Alba: Tía necesito hablar
Alba: Lo del sábado

Ruth: Dime

Alba: Fui a su casa
Alba: Ya sabes
Alba: Después de que me escribiera

Ruth: Ya, me di cuenta de que te ibas sin despedirte zorra. Y?

Alba: Pues no sé. Fue diferente
Alba: O sea
Alba: Yo fui diferente

Ruth: Explícate

Alba: Llegué un poco borracha
Alba: Estaba cabreada
Alba: Harta

Ruth: ????

Alba: Le hice cosas que no le había hecho antes
Alba: Jaja le ordené que me mirara, flipa
Alba: Fue... intenso. Como al principio

Ruth: Joder
Ruth: Alba

Alba: Y cuando terminamos
Alba: Me pidió que me quedara a dormir
Alba: FLIPA

Ruth: Vale, y???

Alba: Nada. Me fui. Siento decir esto pero tenía ganas de joderla un poquito

Ruth: ALBA
Ruth: Jajaja
Ruth: Hija, para una puta vez que te lo pide… Una reina eres

Alba: Ya, no sé
Alba: No es mi estilo
Alba: Pero tenía que hacerlo
Alba: Tenía que irme yo primero por una santa vez

Ruth: Y cómo te sentiste

Alba: Bien
Alba: Mal
Alba: No lo sé
Alba: Orgullosa durante cinco minutos
Alba: Y luego vacía otra vez

Ruth: Es que te fuiste pero sigues ahí
Ruth: En lo mismo de siempre. O algo ha cambiado?

Alba: Pues mira
Alba: Me está escribiendo un poco más, te lo juro
Alba: Parece más cariñosa. La forma en que me miró…
Alba: No era la mirada de siempre
Alba: Igual esta vez me vio de verdad

Ruth: Hombre, si la follas así...

Alba: Ya. Si tengo que follarla para que se dé cuenta de que existo, mal vamos

Ruth: Y ahora?

Alba: Nada, no sé
Alba: A ver cómo vamos estos días

Ruth: …

Alba: Qué?

Ruth: Ya sabes lo que opino. Y eso no es amor
Ruth: Eso es circo
Ruth: Confronta o sal de ahí

Alba: Lo sé
Alba: Déjame que vea
Alba: Pero sí
Alba: Yo no puedo seguir mucho más así

Ruth: La rubia del bar del otro día se fue sola, por si te vale
Ruth: La he visto más veces por allí. Cuando quieras, vamos a buscarla

Alba: Pocas ganas de nada
Alba: Pero ok

Miércoles, 14:23

Ruth → Noa

Ruth: Tú, qué pasa contigo. Cuándo nos vemos?
Ruth: Me tienes abandonada

Noa: Tía perdona
Noa: Trabajando como una bestia
Noa: He conseguido fecha para la expo POR FIN

Ruth: Qué bien
Ruth: Cuándo

Noa: Marzo

Noa: Aún me falta la puta foto final pero bueno

Ruth: Ya saldrá. El resto es muy bueno
Ruth: Si no hay última foto… Pues no la hay

Noa: Tú qué tal?

Ruth: Bien, tirando, nada nuevo en el horizonte

Noa: Y en el pasado?

Ruth: Jaja, imbécil. Cómo van las cosas?
Ruth: Ya sabes…

Noa: Qué sé? :-P

Ruth: Oye tú qué onda con Violeta?

Noa: Puf, nada tía, lo de siempre
Noa: Supongo que este sábado la veré en la fiesta
Noa: Tú vas no?
Noa: Y luego la semana siguiente voy a hacerle unas fotos rollo corpo para el curro, de regalito por su cumple
Noa: Pero vamos, nada. Lo de siempre. Que sí pero no, bla pero blo, mal con el novio etc
Noa: Es muy pesada

Ruth: Y tú muy ciega
Ruth: Sí, el sábado voy
Ruth: Realmente tienes aspiraciones con esa hetero? Algún día caerá en tus redes?

Noa: Es bi

Ruth: En tus sueños o en tu imaginación?

Noa: En la realidad, gilipollas

Ruth: Yo creo que ya es un tema tuyo de amor propio, que ya ni te gusta

Noa: Puede ser
Noa: Me aburre hasta a mí misma este tema

Ruth: Oye y Alba qué

Noa: Pfpfpfpf, pues… no sé. Igual que siempre, supongo
Noa: Aunque el otro día estuvo rara, yo qué sé
Noa: Súper intensa, medio pedo. No veas cómo folla cuando le da por ahí
Noa: Luego le dije que se quedara y PASÓ DE MÍ
Noa: Creo que hasta me ofendió un poco
Noa: Cualquier día me manda a tomar por culo
Noa: Me extraña que tarde tanto

Ruth: A mí también, he de confesar

Noa: OYE, que tú eres mi amiga

Ruth: Y la suya

Noa: Me estás juzgando?

Ruth: O sea, no esperes que te ponga una medallita por lo que haces con ella

Noa: O sea, vale, pero tampoco he hecho nada. Las dos sabemos lo que hay
Noa: Rollo sin compromiso, no drama, abiertas a la vida, a otras personas…
Noa: Somos dos amigas con derecho a roce, ella también está de acuerdo

Ruth: Sois amigas??? Eso es nuevo

Noa: Vale, igual no
Noa: Pero si sigue aquí será que a ella también le conviene

Ruth: Yo creo que tú sabes lo que le conviene amiga…

Noa: Qué

Ruth: Que la dejes en paz, cabrona
Ruth: Es muy buena chica

Noa: Lo es

Ruth: Pues compórtate en consecuencia
Ruth: O es que no la quieres soltar???

Noa: Pues igual es eso
Noa: Por cierto eres puto insoportable te lo han dicho alguna vez?

Ruth: Anda y que te den

Jueves, 20:56

Alba → Ruth

Alba: Oye qué es lo del sábado que está comentando Ania?

Ruth: Una fiesta loca
Ruth: En plan tecno pop de los 80
Ruth: No has ido a ninguna?

Alba: No. Quién va

Ruth: Dani Martina Pati Lore
Ruth: Yo
Ruth: Más gente supongo. Vamos todas

Alba: Todas todas?

Ruth: Va también Noa, no?

Alba: Ah sí? No sé, a mí ni me ha dicho nada
Alba: Te lo ha dicho a ti?

Ruth: Pues creo que sí va

Alba: Joder
Alba: Y no me dice nada
Alba: Esta tía es gilipollas profunda

Alba: O se lo hace
Alba: Pero bueno, que
Alba: No me avisa nunca de nada
Alba: Cada una por su lado
Alba: Ya sabes. Esa mierda
Alba: Que ella tiene que estar siempre disponible

Ruth: Escucha, una cosita

Alba: Qué

Ruth: Creo que Violeta va también
Ruth: O gente de su grupo al menos

Alba: Va va va
Alba: DE PUTA MADRE

Ruth: Escúchame otra cosita
Ruth: Que tú te vienes
Ruth: Que encima no te vas a quitar espacios a ti, lo que faltaba

Alba: Yo qué sé tía. Hasta los huevos estoy

Ruth: Qué poco te pega decir eso

Alba: Es que me lleva al límite esta historia, te lo juro
Alba: Límites que no sabía que tenía
Alba: Pero es que tampoco me había encontrado con una payasa así en la vida, la verdad

Ruth: A ver, lo dicho
Ruth: Te vienes y punto

Alba: Hombre claro que voy a ir
Alba: Y una cosa te digo
Alba: Voy a ir a esa fiesta
Alba: Y si veo a Noa con Violeta
Alba: Que se prepare
Alba: Esta vez ya no me callo
Alba: Me da igual el puto pacto y su puta madre

Alba: Seis meses viéndonos todas las semanas
Alba: Para que me trate así

Ruth: Esto promete

Alba: O sea es que se acabó
Alba: Que no puedo más
Alba: Voy a ir, pero calentita

Ruth: Me llevo las palomitas

Alba: Mira, me acaba de escribir
Alba: Que si nos vemos luego
Alba: Son las nueve de la noche tía
Alba: O sea, que deje de hacer lo que estoy haciendo y mueva mi culito hasta ella

Ruth: Alba, cariño

Alba: Con el rabito entre las piernas que es lo que le gusta
Alba: Es que ya lo que me falta, ir el sábado y que lo haga en mi puta cara

Ruth: A ver, que esto igual hasta te viene bien
Ruth: Es el sopapo que necesitas
Ruth: Que yo quiero mucho a Noa
Ruth: Pero que no es lo que necesitas lo sabe todo el mundo

Alba: Coqueteando
Alba: Haciendo su numerito
Alba: Escucha
Alba: No le digas que voy a ir, por favor

Ruth: Tranqui, no le digo nada

Sábado, 18:14

Noa → Ruth

Noa: Cari

Noa: Vas para allá? A qué hora quedamos
Noa: O a qué hora llegas

Ruth: Mejor quedamos allí, rollo doce
Ruth: Tengo planes antes

Noa: Ok
Noa: Oye
Noa: No va Alba, no

Ruth: Yo que sé
Ruth: Pero vamos
Ruth: Supongo que sí
Ruth: O sea no me extrañaría
Ruth: Por?
Ruth: Pregúntale tú
Ruth: Que para algo sois "amigas"

Noa: Ya le he preguntado qué iba a hacer hoy
Noa: Y me ha dejado un visto como una catedral de grande
Noa: Últimamente creo que está rallada o algo

Ruth: Últimamente?

Noa: Hostia tía que he quedado allí con Violeta

Ruth: Ya y?

Noa: No sé
Noa: No quiero que me vea
Noa: Tampoco es plan de que se entere

Ruth: De que se entere de qué?

Noa: Pues de que estoy allí sin ella, o con Violeta
Noa: O si pasa algo de una maldita vez

Ruth: Capaz serás de morrearte con Violeta en la pista de baile delante de ella

Noa: Uff coño
Noa: Calla calla

Ruth: De todas maneras no sé chica
Ruth: Todo el mundo sabe lo tuyo con Violeta
Ruth: Qué más te da ya

Noa: Qué coño dices tía
Noa: Pero si no tenemos nada
Noa: Y Alba también????

Ruth: Hombre tú qué crees
Ruth: Que la chavala es gilipollas profunda o ciega o sorda?
Ruth: Un día te vas a despertar
Ruth: Y no va a estar

Noa: Vaya cagada coño

Ruth: Te dejo que no llego, nos vemos luego

Capítulo 7. Noa

La música está demasiado alta. O quizá es que Noa tiene los nervios a flor de piel y todo le parece excesivo: las luces estroboscópicas, el olor a sudor y perfume, la gente muy cerca. Llega a las once y media. Treinta minutos tarde, como casi siempre. Pero esta vez no es descuido: es estrategia. No quiere parecer desesperada.

Aunque lo está.

Busca a Ruth con la mirada. La encuentra en la barra, hablando con Dani. Se acerca, las abraza. Ruth la mira de una forma rara, como si estuviera evaluando algo.

—¿Qué?

—Nada. Estás guapa.

—Gracias. Alba no está, ¿no?

—De momento, no.

Noa se tensa. Mierda. Lleva nerviosa varios días y ahora está, directamente, desquiciada. No sabe si por ver a Violeta, por la posibilidad de que aparezca Alba, o las dos cosas juntas.

Ruth pide dos cervezas. Le pasa una a Noa.

—¿Y Violeta? ¿La has visto? —pregunta, intentando no parecer ansiosa.

—Anda por allí.

—Ya.

Noa bebe. La cerveza está fría y le baja demasiado rápido. Tiene el estómago cerrado, no ha cenado nada. Algo le vibra por dentro, algo muy incómodo. ¿Por qué? Esto es una fiesta. Una fiesta cualquiera. Violeta va a estar. Puede que por fin pase algo. Porque el otro día le dijo que andaba mal con su novio, ¿no? O puede que no pase nada, como siempre. Noa debería estar acostumbrada a esto.

Pero no lo está.

Y menos si Alba aparece y se queda mirando.

Ya ni siquiera está muy segura de lo que le pasa con Violeta. Interés, seguro; sentimiento, no está claro. Estaría bien salir de dudas de una maldita vez.

Bebe otra vez. Ruth y Dani la observan.

—¿Qué te pasa? Te noto muy tensa —observa Dani.

—Nada. Voy a saludar a Violeta.

Las palabras casi se le atascan en la garganta. Quién la ha visto y quién la ve. Ha perdido todas sus facultades.

Deja a Ruth y Dani en la barra y escanea el local buscando a Violeta. La ve al fondo, hablando con Eric. Está con un grupo de amigos de su novio. Eso debería ponerle sobre aviso, pero está tan esperanzada o desesperanzada que ya no sabe qué pensar. Lleva un vestido negro ajustado, el pelo suelto, los labios rojos. Está perfecta. Siempre está perfecta la jodida Violeta.

Noa se acerca despacio. Violeta la ve, sonríe. Esa sonrisa que Noa conoce tan bien, esa sonrisa que la destroza por norma y que promete cosas que nunca llegan.

—Hola —saluda.

—Hola.

Violeta la abraza, le besa la mejilla. Demasiado cerca de la boca. Intencional.

—Qué bien que hayas venido —añade.

—¿Por qué no iba a venir? —Noa levanta las cejas, sorprendida.

—No sé. Últimamente estás muy ocupada.

Noa detecta algo en su tono. ¿Reproche? ¿Celos? Sí, claro. Fijo que es eso, Noa.

Pero es verdad que esta noche hay algo diferente en su forma de mirarla. Está jodidamente intensa la tía. Penetrante.

—¿Quieres otra? —Violeta señala su cerveza vacía.

Ni siquiera se había dado cuenta de que se le había acabado. ¿Ya?

—Vale.

Van a la barra juntas. Violeta pasa directamente de la cerveza y pide dos copas. Le roza la mano al pasarle la copa. No es accidental. Nada con Violeta es accidental.

—¿Cuándo es lo de las fotos? —pregunta Violeta.

—Cuando quieras. La semana que viene dijimos, ¿no?

—Perfecto. ¿Jueves? Y luego nos tomamos algo por ahí. Me hace ilusión —añade, con los ojos resplandecientes.

Puta Violeta.

—A mí también. ¿Puedes el miércoles mejor? —propone. Los jueves siempre se ve con Alba.

—Tengo una cosa, pero intento moverla.

Violeta la está deshaciendo con la mirada. Hay algo cargado en el aire entre ellas. Algo que Noa reconoce pero que nunca termina de concretarse. Violeta se acerca un poco más. Huele como siempre.

—¿Qué tal con tu novio? —pregunta Noa a bocajarro. Ya pasa de ser comedida.

Violeta saca a pasear una sonrisa triste. Se encoge de hombros.

—Eso mejor para otro momento. ¿Bailamos?

—Claro.

Van a la pista. La música es electrónica, oscura, con un bajo que retumba en el pecho. No era esto lo que esperaba. ¿Dónde está el tecno pop? Violeta baila cerca, muy cerca. Está más brillante, oscura, magnética que nunca. Se mueve bien, con una soltura que parece estudiada pero funciona. Noa intenta seguirle el ritmo. No es bailarina, nunca lo ha sido, pero esta noche le da igual. Esta noche solo quiere estar cerca de Violeta. Creer que por fin va a pasar algo.

Violeta se le arrima muchísimo. Le pone una mano en la cintura. Noa siente la presión de sus dedos a través de la camiseta. Es poco, pero es más de lo que ha tenido en meses. En un año. Se acerca más. Violeta no se aparta. Al contrario. Inclina la cabeza, le susurra algo al oído que Noa no entiende por la música pero que no importa porque siente su aliento en el cuello y eso es suficiente.

Hoy a lo mejor… Hoy puede que sí.

Hay cosas que se sienten. Se saben.

Se separa un momento para tomar un trago de la copa. Entonces la ve.

Alba.

Atravesando la pista de baile que aún no está llena del todo a estas horas.

—Espera —susurra al oído de Violeta.

Mejor que la interfiera ahora. Porque claramente viene a su encuentro.

Lleva ropa que Noa no le había visto nunca, el pelo suelto, los labios pintados de un rojo oscuro, esos collares y pulseras finas que tanto le gustan. Está increíble. Está devastadora. Y la está mirando directamente a los ojos con algo que podría ser…

Odio.

Noa siente un repentino ardor en el estómago. Mierda. Algo parecido al miedo pero más profundo.

Se encuentran a mitad de pista. Ahí todo se ralentiza, no sabe si por el efecto del alcohol o porque el tiempo es sabio y quiere que las decisiones importantes se tomen su tiempo para ser ejecutadas.

La música sigue, la gente sigue bailando, y Alba le planta un incomprensible beso en los labios. Noa se lo aguanta un par de segundos casi sin querer, luego se aparta como si quemara.

—¿Qué coño haces? —susurra, consciente de que hay gente mirando. Demasiada gente. Violeta—. Tenemos un acuerdo.

—¿Cuál? —insiste—. ¿No saludarnos si coincidimos en el mismo sitio?

Está cabrona. Ha venido a reventarle la historia con Violeta. Está claro. O al menos eso es lo que parece.

—Lo sabes perfectamente —le grita, un poco borde, al oído, haciéndose entender por encima de la música—. En público no hacemos nada. Y no tenemos ningún compromiso, joder.

Alba se aparta para mirarla y se cruza de brazos.

—Eres gilipollas —le dice, con todas sus letras.

Noa se queda en shock. La Alba que ella conoce jamás se hubiera dirigido a ella de esa forma. Al principio solo balbucea, pero después se le juntan la imagen de Violeta detrás suya, la indignación por las normas rotas y un cierto orgullo herido. Algo en su interior se rebela, le pide que no siga, que no termine la frase. Pero no se detiene a tiempo y acaba por decirlo.

—Vete de aquí y déjame en paz, por favor.

Se arrepiente en el mismo instante en que lo dice. No por lo que dice en sí, sino por las formas. O sí, por lo que dice también: podría

haber dicho lo mismo de una manera más sutil. Tampoco es propio de ella hablar así.

Y, desde luego, no quiere machacar a Alba de esta manera.

Empieza a sudar en cuanto ve la mirada rota de Alba, que no dice nada más: solo la mira con esa mezcla de dureza y dolor, esos ojos que son puro fuego y la taladran. Luego se gira y se va, desapareciendo al fondo del local.

Noa suelta el aire que ha retenido y siente el frío extendiéndose por su columna vertebral. Por alguna razón, la escenita no le ha tranquilizado en absoluto, al contrario: está casi tiritando por ese encontronazo. Vuelve junto a Violeta con cara de mierda. Ella la mira enarcando las cejas, mostrándole la lengua al jugar con su pajita.

—¿Esa es tu "algo"? —pregunta, inclinándose sobre ella. Esta vez con más distancia.

Se ve tentada de decir que no, pero… ¿qué sentido tiene mentir? Lo ha visto todo. Y lo que ha visto era evidente. Solo ha faltado que un bofetón de Alba rompiera el aire entre las dos para hacerlo todo más obvio, si cabe.

—Sí —contesta, masacrada.

Lo que dice a continuación es, precisamente, la bofetada que le faltaba.

—Es guapísima —le guiña un ojo—. Cuando no la quieras me la pasas.

Noa se queda clavada en el sitio, con la sangre congelada en las venas. Hoy todo conjura en su contra. Ahora mismo solo quiere largarse a casa, meterse con Lúa debajo de las mantas y desaparecer.

La magia entre Violeta y ella se ha perdido. Además, tampoco es plan de intentar nada más ahora mismo con ella, ¿no? Si lo hace, va a quedar como una maldita cretina. Una gilipollas, que es lo que le acaban de llamar.

Bucea en su cerebro confuso para encontrar alguna frase que le sirva. Por ejemplo, "no todo vale". Se aferra a ella como a una tabla en medio de un naufragio.

Violeta rompe su silencio con otra intervención estelar.

—Lo siento, espero no haber sido la culpable de fastidiaros el plan. Voy a ver a estos, ¿vale?

Y escapa de la pista de baile en dirección opuesta a Alba.

Joder. Joder joder joder.

Cuando consigue reaccionar, sale de la pista, donde no hay nadie que conozca, y da un rodeo por la sala hasta que encuentra a Dani y compañía. Ruth entre ellas. Ni rastro de Alba.

Se acerca a Ruth:

—Tú sabías que venía, ¿no? —la increpa, un poco borde. Ya podía haber avisado, hostia.

Ruth se hace la sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—¿Dónde está?

—Se ha marchado.

—Nos ha visto todo el puto mundo.

—Bueno, todo el mundo ha huido de la pista de baile para daros vuestro espacio. Se veía la bomba a punto de explotar desde hacía ya tiempo.

—Me ha jodido el plan con Violeta —termina, con la voz llena de amargura.

No sabe cuántos meses llevaba esperando un momento como el de hoy y… todo dinamitado en cuestión de segundos por otra tía.

Bueno, no "por otra tía". Por Alba, concretamente.

Ruth la coge del hombro con cariño y se lo aprieta un poco.

—O sea, tía, entiendo tu rollo, ¿vale?, supongo que una no elige de quién enamorarse, pero… ¿Tú te oyes al hablar? ¿Te observas a ti misma desde fuera en algún momento?

Noa levanta la vista y la mira sin comprender.

—¿Por qué dices eso?

—Perdona que te diga esto así, pero… ¿Tú crees que puedes mandar a tomar por culo así a una tía con la que llevas seis meses viéndote?

Ya.

Sí.

No.

Igual no.

Está tan dolida y cabreada ahora mismo que ni siquiera es capaz de razonar.

Durante meses ha sabido exactamente lo que quería: a Violeta. La ha perseguido, la ha esperado, ha construido una parte importante de su vida emocional alrededor de esa obsesión.

Y ahora Violeta está ahí, a quince metros, hablando con alguien como si nada hubiera pasado. Pegando sus caderas a otro tío que anda por allí. Como si Noa no existiera.

Y Alba desaparecida tras su frase miserable.

El puto encuadre perfecto.

Capítulo 8. Alba

Alba camina, no sabe hacia dónde. Hacia la salida, quizá. Solo sabe que quiere desaparecer de ahí, poner distancia entre ella y esa pista de baile, entre ella y los labios de Noa diciendo "vete de aquí", entre la imagen de Noa y Violeta tocándose la cintura justo antes de que Noa la viera.

Camina rápido, casi corriendo. La gente en la calle la esquiva. Alguien le grita algo. ¿Han dicho su nombre? Alba no escucha. Solo escucha su propia respiración, entrecortada, dolorosa, como si le faltara el aire.

Después, durante un rato, ni siquiera respira. Hasta que no está a salvo, no sabe cuántas calles más tarde, no vuelve a coger aire. Se para y esta vez sí, se le llenan los pulmones de oxígeno y los ojos de las lágrimas que ha intentado retener a toda costa. Aun así, no las deja salir. Ni de coña.

Se aguanta durante todo el trayecto. Se aguanta cuando sube las escaleras. Se aguanta cuando abre la puerta, entra y cierra.

Sabía que iba a pasar esto.

Lo sabía desde que Ruth le dijo que Noa iba y que Violeta estaría también. Lo sabía desde que Noa le preguntó, como si nada, qué plan tenía para hoy, probablemente intentando confirmar que no era el mismo que el de ella. Lo sabía cuando eligió esta camisa, se pintó los labios de rojo, se dispuso a salir.

Sabía que iba directa a la colisión.

Pero necesitaba confirmar que ya no queda más camino que recorrer entre Noa y ella. Necesitaba enfrentarla y que tomara una decisión, delante suya, delante de todos.

En el fondo, necesitaba hacer que fuera ella la que reventara esto que tenían, porque Alba no lo conseguía por más que se esforzaba. Necesitaba que Noa la echara para poder irse de verdad.

Y lo logró. Vaya si lo logró. Se cargó el arma al hombro, apuntó, disparó. Y ahora tenía que vivir con el dolor del retroceso instalado en el pecho.

No tenía muy claro qué iba a hacer hasta que llegó y las vio en la pista, bailando tan juntas, Violeta con la mano en ella, Noa inclinándose para escuchar lo que Violeta le susurraba al oído, esa puta sonrisa colgada en los labios.

Enfiló directa. A esas alturas, el suicidio ya era evidente. Sabía que iba al choque frontal, el que haría explotar todo. Y que iba a salir perdiendo.

Pero lo hizo igual.

Necesitaba salir de una vez de esta relación y empezar a respirar oxígeno en lugar del dióxido de carbono que Noa le ofrecía.

No había vuelta atrás.

"Vete de aquí."

Las palabras de Noa, implacable, se le clavan como una cuchilla en el esternón. Ni siquiera en tejido blando, matándola de un solo tajo, no: la cuchilla pega contra hueso, rebotando una y otra vez, haciéndola cada vez más daño sin terminar de rasgar del todo.

"Déjame en paz, por favor."

Escuece, joder. Escuece un huevo.

Se hace una infusión con las manos temblorosas, por la única razón de que no puede sostener las manos vacías y necesita algo caliente que las temple.

Se aguanta se aguanta se aguanta. Sigue aguantándose, con el corazón a mil por hora y una grotesca sensación que se extiende por su cuerpo como una mancha de aceite.

La humillación de que lo viera todo el mundo. El desdén de Noa. No haber sido nadie, nada, para ella. No haber sido elegida, no haber sido mirada. No haber sido suficiente. No haber tenido significado.

Mensajes en el grupo. ¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Vamos a por ti?

Confirma que sigue viva. Humillada pero viva.

"No os preocupéis, todo bien."

Pero sí, chicas, sí: preocuparos.

Pone ruido de fondo: la tele, cualquier cosa. Están repitiendo un partido de baloncesto. El mundo ahí fuera sigue girando. El chirrido de la goma de las zapatillas sobre el parquet tiene un efecto calmante.

Aun así, todo le da vueltas en la cabeza. Ahora le da tiempo a poner un poco de orden. Lo peor, las manos de Violeta en la cintura de Noa, Noa riéndose casi en su cuello.

Lo siguiente peor, el momento exacto en el que Noa suelta esa frase.

Lo último, el estrafalario argumento de los putos pactos de mierda con las normas que ha impuesto Noa, y que ella aceptó porque era una maldita desgraciada y Noa la chica que le gustaba.

Ruth insiste:

Ruth: Ya me he ido, dime algo anda, voy?

Se ve tentada de preguntar por cierta persona. Si se ha ido con la otra. Abandona el intento antes de iniciarlo.

Alba: Tranqui, me voy a dormir ya

Mentira. No va a dormir en toda la noche. Se tragará un partido de basket tras otro sin pestañear hasta que la física haga su trabajo y caiga rendida aunque no quiera.

Se va a hacer pis. El maquillaje corrido, los ojos hinchados de resistir. Se quita toda la ropa y se pone un pijama que aún guarda de cuando era adolescente: el de dinosaurios. Ya era igual de alta que ahora, pero menos tonta.

Ruth: Se acabó?

Tarda un rato en contestar. Cuando lo hace, es para oficializarlo en alto, que hablen mañana de ello en los telediarios.

Alba: Por mi parte, sí

Rotunda. Un sí que hoy apesta pero dentro de un tiempo sabrá a gloria. Un sí que cierra ventanas y abre puertas.

Ruth: Y por parte de…?

Alba: Que me lo pregunte si no le he quedado claro
Alba: Y se lo explico con detenimiento

Ruth: Valiente. Lo siento pero creo que es lo mejor, de verdad. Aunque ahora duela

Duele un puto huevo. Le escuecen los ojos, la tripa, las venas por dentro, el reverso de la piel. Le arde el recuerdo de Noa, de lo interesante que le parecía, de lo obsesionada que estaba con ella, lo guapa que es, mira qué fotos más chulas hace, me encanta la fotografía, qué mirada por dios, ¿la suya?, también, pero no, me refiero a las fotos que hace. Ese rollo que lleva, un poco canalla, de chica mala pero buena, que me gusta a mí.

Se ve tentada de mandarle un mensaje, cosa que ella no ha hecho por supuesto. Pero solo va a servir para insistir en lo evidente: que es gilipollas. Mejor dejarlo. Retén tu dedo. Amordázalo si hace falta.

Alba: Gracias por estar ahí, por el apoyo, hablamos mañana

Se sigue aguantando. Y es tan sumamente terca cuando se lo propone que aguantará: no va a llorar por una tía de mierda que primero la redujo y luego la minimizó.

Ajá.

Como temía, se queda dormida, pero se despierta todo el tiempo. Una de esas noches que se hacen eternas. Ya las conoce, las ha tenido más veces, aunque esta quizá ha sido la vez más injusta y detestable. La vez en que peor la han tratado, y eso que solo le han dicho tres frases, ni una menos, ni una más. Las ha pesado y todo: suficiente para aplastarle el corazón.

La clara perdedora de un duelo verbal. Nadie apostaba por ella. Todo el mundo que las conoce mirando desde las esquinas del local. La puta Violeta sorbiendo su copa, extasiada ante la hazaña.

Sueña con Lúa. Ladra un montón, es de lo poco que va a echar de menos. También con Violeta, a la que en realidad apenas conoce

de nada, pero en el sueño son como íntimas; se van de compras o algo así, qué absurdo.

A las siete de la mañana vuelve en sí y decide vestirse para salir a correr, algo que no hace desde hace meses. Así, sin desayunar ni nada. Y a la vuelta se comprará tres palmeras de chocolate en la panadería más cercana que encuentre abierta. Fin.

Constata que, si ha conseguido contener las lágrimas hasta ahora, va a conseguir que no salgan. Punto número uno.

Punto número dos: va a doler, pero esta mañana tiene más energía, un poco de liberación que no le viene mal al cuerpo.

Aprovecha el tirón para coger el móvil. El chat con Noa. Un latigazo, punción seca lo llaman en su trabajo. Lo supera rápido, lo suficiente como para archivar el chat. Fuera de aquí. Luego entra en Instagram y bloquea su perfil. Ya ha repasado un millón de veces sus fotos publicadas en busca de significados ocultos: cosas que le dijeran lo que quería saber de ella. No lo encontró. Y se agotó el tiempo.

¿Pero y si te escribe? Si me escribe, no sé. ¿Si emite una disculpa oficial? Pues ya veremos. O sea, no. ¿Y si escribe como si nada? Ahí ya la mato.

¿Sabes qué?, se dice, mirándose al espejo mientras se limpia la cara y se recoge el pelo en una coleta alta. Que a esa tía de ahí no la pisa nadie, y punto.

Esa tía no se va a arrastrar por unas putas migajas.

Sabe que va a tardar en regresar, pero por primera vez en meses, Alba invita a su dignidad a volver a casa.

Capítulo 9. Noa

Noa recibe el domingo con la mandíbula apretada y un dolor de cabeza que no es solo resaca. Es rabia. Confusión.

Cada vez que se acuerda de anoche… Joder.

Violeta estaba en su punto, por fin. Eso es lo primero en que piensa. Recuerda sus labios, la lengua jugando con la pajita, la oportunidad perdida. Auch. La perdió de vista el resto de la noche. Puede que incluso la evitara a propósito.

Lo segundo que le viene es que Alba quebrantó las normas. Y eran muy claras. Esto le llena de veneno por dentro. Más le vale que se disculpe profundamente si es que pretende que se sigan viendo. Cosa que todavía está por ver, al menos por su parte.

Menuda escenita le montó.

—Estaba todo claro entre las dos, Lúa. Sabía cuáles eran las reglas. Y encima ahora se hará la digna, como si fuera yo la mala de la película, no te jode.

El ladrido de Lúa no suena precisamente como apoyo; siempre ha estado de parte de Alba en toda esta historia.

Revisa el móvil. Nada de Violeta. Nada de Alba.

Jesús, qué gente.

Dedica la mañana a revisar las fotografías de la exposición y comenzar a recopilar ideas para un nuevo proyecto. Tiene que hacer esfuerzos de verdad por apartar de su mente todo tipo de pensamientos tóxicos.

Por la tarde, directamente, está rabiosa.

Lo de Violeta, bueno. No tienen por costumbre hablar. Pero que Alba no le escriba le está pareciendo, básicamente, bochornoso. A lo mejor ya es hora de acabar con esto, sí. Qué puta decepción.

—Vamos —agarra la correa de Lúa con fuerza—. Sácame tú de paseo hoy, que me vuelvo loca.

El lunes, la rabia ha empezado a convertirse en duda. El martes, en inquietud. El tiempo pasa tan despacio que siente que se va a quedar parado. Los martes siempre se ven. Los martes y jueves, que son los días en los que ella no pasa consulta por la tarde, o algo así le contó una vez, ya no se acuerda. Sinceramente, espera que venga. Si no viene, si no le escribe, esto va a empezar a ser irreversible de verdad.

Noa se refugia en el trabajo para no notar su propia ansiedad, pero cuando intenta concentrarse la vista se le escapa al reloj y así no hay quien avance. A las siete comienza a extrañarse. A las ocho está en la calle, con Lúa, y lleva el móvil permanentemente en la mano. Varias notificaciones, ninguna de Alba. Observa esa pantalla vacía con incredulidad.

—Lúa, tía, qué hago.

La perra ladra, probablemente sugiriendo que la escriba ella, ¿no? Fácil.

—Hostia, igual me pasé, Lúa. No sé.

¿Qué dijo exactamente? Intenta hacer memoria, porque fue todo tan rápido que… Y, además, ha evitado a propósito recordarlo, porque…

¿"Vete de aquí", puede ser lo que dijo? Y luego, lo último… lo último… ¿Qué fue?

Le viene como un disparo directo a la frente. "Déjame en paz".

Uf.

Noa se sube por inercia el cuello de la cazadora, porque el golpe de frío que le acaba de dar no lo ha sentido nadie en la vida antes que ella.

Si le ha dolido a ella recordar la frase, puede imaginar cómo le sentó a Alba. ¿En qué demonios estaba pensando cuando la dijo?

Ahí es cuando, a pesar del frío, empieza a sudar.

A las diez da por hecho que no va a venir, ni va a escribir. Inspira y expira varias veces. Está bien, mañana te piensas qué hacer. Porque algo se podrá hacer, ¿no?

Aprovecha el rato para hacer una ronda de amigas. Realmente lo necesita. Llama a Dani. Escribe por WhatsApp en un par de grupos. Se enreda por mensajes con otro par. Todo jiji, jaja. Risas. A ninguna

le cuenta nada de lo que ha pasado: le da vergüenza. Y todas esquivan el tema con mucha elegancia.

Esa noche se acuesta por primera vez pensando en Alba. La ha echado de menos, esa es la verdad. Y, sobre todo, está preocupada. Lo que le dijo fue… ¿Horrible? Horrible, sí. Sin los signos de interrogación.

En ese momento, una verdad le cae como una losa en la cabeza y la deja mareada. Cuando piensa en el sábado, le jode lo que pasó con Violeta, pero le duele más lo que pasó con Alba. Hostias.

—Anda, ven y dame un poco de cariño —le pide a Lúa, que automáticamente se sube a la cama y se tiende contra ella.

Noa la acaricia distraída.

—La he liado, tía. Pero no fue mi culpa.

Sí. Sí que lo fue.

Lúa la mira con esos ojos que parecen entenderlo todo. Ladra una vez. Corto. Seco. Como un reproche.

—No me juzgues tú también.

El miércoles se le aviva un poco el pulso: por la tarde tiene la sesión de fotos con Violeta. A ver si pasa algo interesante, para variar, piensa con una sonrisa torcida. Torcida de verdad. Dios, qué mierda de semana está siendo.

Noa llega puntual por primera vez en su vida. Monta el equipo, ajusta luces, prepara fondos. Profesional. Correcta. Y un poco distante. Violeta también lo está: la cita es en su oficina y… quizá no es plan.

Tampoco lo fue el sábado. Honestamente, con ella nunca es "el plan".

Violeta lleva el traje que pactaron para las fotos. Se ve bien, siempre se ve bien. Pero hoy no siente ninguna chispa al verla. Más bien, la mira con un poco de tristeza. Una tristeza que no sabe bien de dónde sale.

—Qué seria estás hoy —observa Violeta, colocándose.

Y tú también, guapa, piensa para sí. No te jode.

—Siempre estoy seria cuando curro —se le ocurre decir, sin cambiar el gesto en absoluto.

Hoy ni media sonrisa se le escapa, oye.

Noa hace las fotos. Corporativas, limpias, exactamente lo que Violeta quiere. Violeta posa, estupenda. Sonríe. Habla de trabajo. De un viaje que quiere hacer. De nada importante.

Cuando terminan, charlan un rato mientras Noa recoge las cosas y Violeta se prepara para salir.

—Oye, tengo una cena, no me puedo quedar a tomar algo —comenta, casual, Violeta.

—Claro. —Noa ni levanta la vista al responder. Es que hoy le da exactamente igual todo.

Violeta deja un silencio mínimo. Luego dispara y a Noa le alcanza la metralla de golpe:

—¿Ya te arreglaste con tu chica? —pregunta, medio distraída, mientras rebusca algo en el bolso.

Noa levanta la vista y se la queda mirando fijamente. Suerte que, para variar también, no le está devolviendo la mirada y no ve su expresión desencajada.

Todo sucede muy rápido. Una cosa mínima, pequeña. Ni siquiera suena como un millón de cristales rotos. Más bien lo escucha de casualidad, como si se hubiera soltado una pieza pequeña y hubiera caído al suelo. Noa la ve caer y rodar, lejos de ella; pero ni se molesta en agacharse y recogerla.

Así es como el comentario de Violeta le hace añicos por dentro y le muestra, de forma clara, precisa, no ambigua, que lo de Violeta y ella no es nada, nunca lo ha sido. Solo un flirteo tonto, una historieta ligera de una chica a la que le gusta gustar.

Nada más.

Boquiabierta, agotada, derrotada, recupera el habla a tiempo.

—Sí —miente, con bastante mala hostia concentrada que Violeta probablemente no nota.

Violeta se vuelve hacia ella y le sonríe.

—Me alegro.

Noa no sabe qué le duele más: si la verdad que ha descubierto o la mentira que acaba de decir.

Una mentira de proporciones bíblicas.

—Hacéis muy buena pareja —remata.

Por favor, que me trague la tierra o me mate un rayo aquí mismo.

Esa noche no duerme y el jueves se levanta aún peor. Piensa qué estará haciendo Alba, si estará esperando un gesto o algo suyo. Se siente imbécil perdida. Ha perdido la luz.

Hoy tiene un evento corporativo durante toda la mañana. Se pasa la mitad del tiempo girándose discretamente para bostezar. Le sorprende lo bien que le están quedando las fotos, teniendo en cuenta que va como en piloto automático.

A las cinco llega a casa, tira las cosas de cualquier manera y coge el móvil en un ataque de rabia.

Se acabó. Ya está bien.

—Lúa, ayuda —escribe, borra, escribe—. ¿Le pregunto qué tal está? ¿Le digo que perdón por lo del otro día? ¿Le propongo que hablemos?

—Guau guau guau.

—Así no me ayudas.

Lo único que deduce de sus ladridos es que Lúa quiere que Alba vuelva. No se explica por qué la chica que viene dos veces por semana desde hace meses y le rasca por debajo del hocico y detrás de las orejas ha dejado de venir sin decir adiós.

—Yo tampoco lo comprendo, la verdad.

Al final se decanta por la que, probablemente, es la peor opción de todas: hacer como si nada. Evitar, que es una estrategia que le ha salido bien otras veces.

Es que vaya, han pasado varios días, ya está, ¿no? Tampoco fue para tanto. Un ligero desencuentro. Una discusión sin trascendencia, una disconformidad reparable.

Noa: A qué hora vienes hoy?

Bum. Ahí va. Como una bengala en medio del desierto. Lo escribe con el corazón en un puño.

Vaya, quizá eso ha sido… atrevido. Puede que incluso ligeramente incorrecto. Pero ya está hecho.

El maldito mensaje la deja en un estado de nervios imposible. No, si es que ha sido completamente inapropiado escribirle eso. ¿A quién

se le ocurre? Tan segura por fuera, tan oscilante y torpe por dentro. Hay que joderse.

Las seis: nada. ¿De verdad hacen buena pareja? Las siete: nada. Nunca lo había pensado. Las ocho: nada. Puta Violeta. Que se la pasara cuando ya no la quisiera, le dijo. Jódete. Las nueve. Puta Alba, coño, qué cojones quiere que haga.

Ahora mismo solo quiere gritar.

A las diez siente muchísima angustia, plomo en el pecho. O el aire está demasiado denso o ella ha perdido capacidad para respirar. Dónde está el cuerpo moreno y flexible de Alba, su piel caliente, los besos que le dio el sábado anterior, mírame, le dijo, sí, yo te miro, yo te miro, pero vuelve.

Noa: Oye, estás?

Ruth: Qué pasa tía? Todo bien?

Noa: Sabes algo de Alba?

Ruth: Mmm
Ruth: Qué quieres saber

Noa: Está desaparecida
Noa: No me responde

Ruth: Ya, mmmm
Ruth: No sé amor, qué quieres que te diga

Noa: Ya
Noa: Y qué hago?
Noa: Échame un cable anda

Ruth: No sé, dale algo de tiempo
Ruth: Qué le has puesto?
Ruth: Le has propuesto hablar
Ruth: Le has dicho… no sé… lo siento?

Noa: No
Noa: Fatal

Noa: Le he preguntado que cuándo venía hoy
Noa: Ni puto caso claro

Ruth: Pero qué pasó exactamente el otro día
Ruth: Te liaste con Violeta al final o qué

Noa: Joder, no
Noa: Simplemente le dije algo muy feo
Noa: :(

Ruth: Ok
Ruth: A ver, tranquila
Ruth: Déjalo estar un poco
Ruth: Mañana te llamo y me cuentas bien
Ruth: Seguro que tiene solución

Noa: :(((((
Noa: No estoy segura

A las once está otra vez furiosa. No sabe qué le pasa, no puede consigo misma. En un momento está aquí y luego en el otro lado, una montaña rusa. Le están empezando a dar arcadas y todo.

Pensó que tenía el control de todo. Y ahora no tiene nada.

Le da por buscar a Alba en Instagram. Al principio cree que se ha equivocado poniendo el nombre, pero cuando prueba variantes sin resultados y luego directamente no la encuentra en su lista de seguidos, se le hace un agujero en el estómago tan hondo que no sabe discernir dónde está el final.

Se acabó.

Su estado de ansiedad le guía a poner otro mensaje.

Noa: Si no quieres que sigamos con esto dímelo. No hace falta que me ignores

Esta vez la respuesta no se hace esperar.

Alba: Con esto? A qué te refieres?

Noa: A lo nuestro

Alba: No sé a qué te refieres
Alba: No tenemos ningún compromiso
Alba: Recuerdas?

Una hostia bien dada en toda la cara. Lúa no deja de ladrar. El móvil le tiembla en la mano. Intenta pensar qué decir. Lúa, un momento, por favor, para. Deja de ladrar. No se concentra. Escribe. Borra. Escribe. Borra.

Noa: Creo que estás siendo injusta

No, no era la mejor frase. Dicha en alto no sonaba tan mal, pero leída es un puto ladrillo tirado a los pies de Alba. Los ladridos la están despistando. Alba la está despistando. Piensa en eliminar la frase, pero ella está en línea, ya la ha leído.

Alba: No es lo que querías?
Alba: Sin compromisos, sin drama
Alba: Pues eso

Cierra los ojos un momento. Tiene unas ganas insoportables de abrazar a esta chica, vaya si las tiene. Tantas que le duelen los brazos de apretar.

Noa: Podemos hablar???

Pero Alba deja de responder. Su pulso tampoco responde. Lúa ladra. Ruth no la salva. Y Violeta en realidad nunca estuvo.

El silencio que sigue a ese mensaje se siente como si alguien le hubiera puesto las manos alrededor del cuello y estuviera apretando.

Tenía que decidir y decidió. El sábado pasado, delante de todos. Y eligió mal.

Capítulo 10. Alba

Han pasado tres semanas desde aquel "desafortunado" encuentro en el club, algo más de dos desde aquel absurdo intercambio final de mensajes por WhatsApp, y Alba empieza a encontrarse bien. Muy bien. Genial, de hecho.

Se despierta a las seis y media, sale a correr antes de que amanezca del todo. Cinco kilómetros. A veces seis. Vuelve a casa sudada, se ducha, se prepara un desayuno que se come entero porque tiene hambre de verdad, no ese nudo en el estómago que tenía antes. Se arregla, se maquilla, se mira en el espejo y se ve bien. Se ve a sí misma, como debe de ser. Como siempre ha sido.

El proceso de volver a habitarse de nuevo progresa adecuadamente.

Primera consulta a las ocho. Una chica joven, veintipocos años, jugadora de fútbol de primera división. Rotura de ligamento cruzado anterior, operada hace tres meses, recuperación lenta. Alba le hace los ejercicios de siempre: flexión, extensión, carga progresiva. La chica se queja.

—Duele.

—Normal. El cuerpo tiene memoria.

Y que lo digas, querida. Muy cierto eso. Se lo recuerda su propio cuerpo de vez en cuando, indicándole que echa de menos a… que echa de menos la forma de…

—¿Cuánto más? —la pregunta de la chica la devuelve al presente.

—Lo que haga falta.

Alba es paciente pero firme. Sabe lo que hace, no como en su vida privada, donde es experta en deslizarse, por lo visto, sin control ninguno. La chica mejora sesión a sesión: hoy consigue hacer una sentadilla completa por primera vez. Se le ilumina la cara.

—¡Por fin! ¡Lo conseguí!

Alba sonríe. Una sonrisa real.

—Lo conseguiste.

Cuando la chica se va, Alba anota en el historial, revisa la agenda. Tres pacientes más por la mañana. Dos por la tarde. Media hora para comer algo rápido y repasar las notas de la charla que tiene que dar en un par de semanas, en el congreso de fisioterapia deportiva. Tema: tratamientos innovadores para lesiones de tren inferior. Lleva unas semanas preparando los casos de uso que va a contar.

Le viene bien. Mantenerse ocupada le viene perfecto.

A las dos tiene un hueco. Se sienta en la sala de descanso con un sándwich que no tiene ganas de comer pero que se come igual. Un poco como toda la comida últimamente: se le ha atrofiado el sentido del gusto, desde que no usa la lengua para… para…

Agita una mano al aire, intentando desvanecer esos pensamientos intrusivos que le asaltan de vez en cuando. Es lógico, sabía que esto pasaría. Solo tiene que aguantar un poco más.

Abre el portátil, revisa las diapositivas de la presentación. Cambia una gráfica, añade una foto de un caso reciente. Remodela una frase que suena demasiado técnica por algo con más gancho. Vale que su público sean médicos y fisioterapeutas, pero no quiere aburrir a la audiencia. Un poquito menos de tecnicismo, una dosis más de humor. Como siempre ha sido ella. No como últimamente, que parecía una sombra de lo que fue porque… porque…

Su móvil vibra. Grupo de WhatsApp con Ruth, Ania, Pati, Lore.

Ruth: Una esta noche?

Ania: Yo me apunto

Pati: +1

Ruth: Alba?

Alba mira la pantalla. Es jueves. Los jueves antes... bueno. Ya no importa lo que hacía los jueves antes. Mejor salir que quedarse en casa, sin duda.

Los martes y los jueves son los días de la semana que más le cuestan, así que los rellena con todo lo que pueda: salir, series, deporte, películas, más series, un libro, dos, tres, los que hagan falta.

Alba: Sí, obvio

Ruth: Genial, a las nueve donde siempre?

Alba: Perfecto

Guarda el móvil, termina el sándwich y vuelve a la consulta. Al menos empieza a tener un poco más de hambre. Buena señal. Fantástica de hecho. Infalible. El mejor síntoma de recuperación, sin duda alguna.

La tarde pasa rápido. La primera paciente se llama Violeta y no puede evitar que se le cruce un rayo por la cara cuando lo lee.

Dios. Como sea *esa* Violeta se muere.

Oye voces fuera. Le sudan las manos antes de que entre.

Tic-tac.

No es.

Suelta el aire y se concentra en ese tobillo maltrecho. Alba trabaja en silencio, manos expertas que encuentran los nudos, que presionan lo justo, que liberan la tensión acumulada. Los pacientes se relajan bajo sus manos. Siempre lo hacen. Es su don: saber dónde tocar. Saber cuánta presión aplicar. Saber cuándo parar.

Su talento es leer músculos, tendones y ligamentos mucho mejor que a las personas. De estas jamás podría decir lo que quieren. De los tejidos blandos sí: son casi transparentes para ella, como si no hubiera piel entre medias.

A las siete cierra y vuelve a casa caminando. Las dos últimas horas de la tarde, hasta las nueve, suelen ser las mejores comercialmente hablando, pero hace ya tiempo que se ganó el privilegio de conformar la agenda a su gusto: pacientes no le faltan, gracias a su especialización.

Mientras espera a que sea la hora de salir, se sienta en el sofá con un libro que lleva intentando leer desde hace dos semanas. Lo

abre en la página donde lo dejó. Lee tres páginas. Cuatro. Se da cuenta de que no está prestando atención. Vuelve a empezar. Lee otra vez. Esta vez sí. Ahora sí está prestando atención.

¿No?

No. No está prestando atención.

Alba lee las siguientes treinta páginas sin parar. Cuando levanta la vista son las ocho y constata que no se ha enterado de nada. Tiene que arreglarse.

Se pone uno de sus vestidos favoritos, porque sí. Pero es un jueves normal y corriente, Alba. Da igual: es *este* jueves, y este jueves lo merece. Con ella no solía ponerse vestidos, no sabe muy bien por qué; pensaba que no era su rollo, que igual le intimidaba, aunque jamás hizo un comentario al respecto.

Ahora que está sola, perfecta, disponible de nuevo para lo que venga, puede recuperar sus vestidos, su sonrisa y lo que le dé la puta gana.

¿Verdad?

Se mira en el espejo. Se sonríe. Está guapa. Lo está. Se ahorra decírselo en voz alta aunque le tienta la idea.

Sale de casa a la misma hora a la que, otras veces, estaba dando un paseo con esa otra persona y con Lúa, una perra muy maja. Esos paseos sí eran agradables. Todavía los echa un poco de menos, pero se le pasará.

Llega al bar a la hora prevista, la última. Ruth y las chicas ya están ahí, en una mesa al fondo. La reciben con gritos, con abrazos. Sospecha que se han reunido para rajar de ella a sus espaldas. Lo corrobora en cuanto empieza a hablar.

—¡Por fin! Pensábamos que no venías.

—¿Por qué no iba a venir?

—No sé, llevas tres semanas… rara.

—No estoy rara.

—Un poco sí —dice Ania, riendo—. Pero te veo bien.

—Estoy bien.

—¿Segura?

—Segurísima.

—Ya sabes que nos tienes aquí para lo que quieras —apunta Ruth.

—Eso. Y podemos hablar de lo que necesites —remata Ania.

—Que no, que estoy bien —lo dice demasiado alto, demasiado fuerte, acompañado de una risa un pelín histérica, sobreactuada, a la que nadie responde. Bebe de su cerveza para disimular.

Hablan de cosas. De trabajo. De una serie que están viendo. De un viaje que Pati quiere hacer a Portugal. De nada importante. Alba participa, ríe en los momentos adecuados, cuenta una anécdota de la jugadora de fútbol que les hace gracia.

—¿Y tú qué tal? —pregunta Ruth en algún momento, cuando las otras están hablando entre ellas.

—Bien. Ya os lo he dicho.

—Ya. Pero de verdad —insiste, bajando el tono de voz a un susurro.

—De verdad bien, Ruth. En serio.

Ruth la mira con esos ojos que ven demasiado.

—Vale.

No insiste. Alba se lo agradece y cambia de tema.

A las once cambian de bar. Ania propone el sitio donde estaba la rubia aquella, la otra vez. Le guiña un ojo cargado de intenciones cuando lo propone, pero nadie se opone, ni ella misma. Mañana tiene que trabajar, no muy temprano, pero realmente necesita este ratito. Se lo dice su aliento en el pecho, que sigue temblando porque todavía es jueves. ¿Cuántos martes y jueves más le quedan para olvidarse de que son martes y jueves y pasen a ser días de la semana, sin más?

A ver si dan las doce de la noche, oficialmente viernes, y se larga de allí.

La música alta, la gente apiñada bailando, las paredes sudadas, el ambiente cargado de ese típico calor de muchos cuerpos juntos al mismo tiempo. La rubia al fondo. Alba va a pedir otra cerveza y al girarse la ve. Un buen corte de pelo, sonrisa simpática, un aire de seguridad que Alba nunca ha tenido, o eso piensa.

La está mirando.

Ve perfectamente su gesto de disculpa a la gente con la que está, y cómo se acerca hacia la barra sin dejar de mirarla. Se pone a su lado sin pedir permiso.

—Otra cerveza —pide, cuando ve lo que acaban de ponerle a Alba delante; señala su cerveza—. Cóbrame la mía y esta.

—Gracias —Alba responde con una timidez un poco acobardada por la ingesta leve de alcohol que lleva encima.

—Eres Alba, ¿no?

Alba se gira, sorprendida.

—Sí.

—Sofía. Nos presentaron hace un tiempo, pero ya no te acordarás.

—Pues no, lo siento.

Se encoge de hombros.

—No pasa nada. Fue hace unos seis o siete meses, estabais celebrando un cumpleaños en este bar.

Vale. Esa era la época en la que estaba colada por… la chica esa, sí. Sabía que Ruth se la iba a presentar y ya no procesaba a nadie más, le daba igual a quién le presentaran.

Se quedan ahí, en la barra, hablando. Sofía es simpática. Trabaja en marketing, le gusta el cine, acaba de volver de un viaje a Berlín. Cuenta cosas con gracia, con ese desparpajo que hace que conversar sea fácil.

Alba escucha. Pregunta. Ríe cuando toca. Se siente... bien. O casi bien. O lo suficientemente bien. No sabe lo que está haciendo ni qué tiene que hacer con ello, pero deduce que ya ha llegado la hora de soltarse un poco. Y, también, que hizo bien poniéndose el vestido.

—¿Vienes? He dejado a mis amigos allí tirados —pregunta Sofía en algún momento.

—Yo he dejado a las mías justo al otro lado.

Es un bar pequeño, tirando a angosto, cargado de gente. No es fácil perderse de vista. Sofía se ríe.

—¿Les juntamos?

—Va.

De repente es la una de la mañana o más, y Alba se descubre levemente inclinada sobre Sofía, apoyada contra la pared, ajenas a

todo. La chica la mira como si la esperara, y Alba supone que lo que espera son sus labios que, honestamente, están a punto de caer sobre los suyos.

Siente un golpe de cadera empujándola contra Sofía y cuando se da la vuelta ve a Ruth sonriendo. Le hace un gesto de que se acerque y le dice en un susurro:

—Date brío, que en breve nos vamos a ir yendo.

Alba se ríe.

—No, no sé. Es un poco pronto, creo.

—¿Te apetece?

—Sí —no lo duda.

—Pues entonces no es ni pronto ni tarde. Es la hora.

Alba vuelve de nuevo a Sofía, que la mira con unos ojos con mezcla de sueño y deseo. Están hablando de algo justo cuando Ania se despide. Se van ya. Todas. Son las dos, mañana trabajan, nunca suelen irse tan tarde entre semana. Supone que han estirado por ella, pero definitivamente la dan por acompañada.

Cuando se vuelve de nuevo hacia Sofía ella pone una mano sobre su cintura, como si buscara un punto de apoyo, pero la verdad es que lo único que hace es acariciarla suavemente, como un ligero masaje que activa las terminaciones nerviosas de Alba.

—Te queda de muerte este vestido —susurra Sofía en su oído, dejando que el aliento le roce la oreja.

Alba se deja caer sobre ella, primero suave, dulce. Un beso como precavido. Ella en respuesta abre un poco más la boca, le atrapa un labio con los dientes, la siente reírse.

Siguen un rato más, las lenguas rozándose, los cuerpos pegados. Las manos que se buscan pero no terminan de encontrarse, quizá por pudor, porque están en un sitio público y no es plan, ¿o sí lo es? Alba se deja llevar, prueba diferentes ritmos.

Tiene la boca rica, está bien, o sea, es diferente, claro, ¿cómo no iba a ser diferente? Pero tampoco es… no es explosivo, no es canalla, como con… Pero hay electricidad, sí. Aunque está como contenida. ¿O es ella? Quizá es ella, que todavía no ha terminado de…

Quiere disfrutar, eso seguro. Pero no quiere empezar a pintar una pared sin sanear las humedades de abajo. Igual es eso. Todavía tiene manchas de humedad, zonas que hay que raspar para quitar la mierda. Grietas que hay que cubrir.

Las putas grietas.

Al final se hacen las tres de la mañana y las echan del local. Se han quedado solas. Esa rubia sonriente le ofrece ir a su casa, pero Alba, después de valorar la oferta cuidadosamente, decide que ya está bien por hoy, que mañana trabaja. Tiene que volver a casa y seguir trabajando, seguir leyendo, seguir haciendo deporte, seguir comiendo, seguir convirtiendo los martes en miércoles y los jueves en miércoles también, días cualquiera. Olvidarse de los ladridos, los paseos, las rutinas, del cuerpo, del tacto, de la lengua de…

…que, de alguna manera, sigue ahí. Bajo una capa de mortero nuevo que intenta aplicar a la velocidad de la luz para combatirlo.

Se disculpa. Mañana trabaja. ¿Otro día?

Se intercambian los teléfonos a la luz de la luna.

Capítulo 11. Noa

Noa pasa, una a una, las veintitrés fotos de la exposición abiertas en el ordenador. Las ha mirado mil veces. Las conoce de memoria. Sabe exactamente qué luz usó en cada una, qué ángulo, qué momento capturó. Pero hoy las mira buscando otra cosa.

La veinticuatro.

La que falta.

La que debería completar la serie pero todavía no existe. Porque no sabe muy bien lo que busca. Ha salido tres veces esta semana a por ella. Cámara al hombro, recorriendo las mismas calles, los mismos sitios donde hizo las otras. Gente en tránsito. Gente a punto de decidir. Gente en ese momento exacto antes de que todo cambie.

Todas las demás son cuerpos anónimos, pero está segura de que la foto número veinticuatro es un rostro. Un brillo específico que cruza los ojos. Una expresión dibujada por las arrugas de una cara. Misterio, desconcierto, una chispa.

Pero nada. Hace decenas de fotos de gente que simplemente pasa por la calle. Todas técnicamente perfectas. Todas vacías.

Se le ocurre rebuscar en las carpetas de gente que conoce, amigas, eventos, conciertos. Pasa rápido foto a foto, pero ninguna le convence.

¿Son los demás? ¿O es ella, que ha perdido la capacidad de ver?

Se detiene en fotos que tiene almacenadas de Violeta: riendo, mirando a cámara. En ese concierto de hace un año, con una luz lateral que le hace parecer etérea, en su despacho. Violeta en todos los ángulos posibles.

En cada una de ellas sale increíblemente preciosa, y exactamente en ninguna de ellas le da lo que quiere ver.

Busca esa chispa que la obsesionó durante meses. Esa promesa de algo más. Ese misterio que la mantuvo enganchada.

No lo encuentra. O ya no está. O nunca existió.

Lúa ladra. Ese ladrido profundo y áspero que tiene un significado muy concreto: correa, parque, ya, me aburro. Venga, lo deja por hoy.

Bajan al parque de siempre, saluda a los vecinos que conoce por nombres de perros y se sienta en un banco mientras Lúa se sienta junto a ella, en el suelo.

—¿Para esto bajamos? ¿No quieres hacer amigos?

Ella la mira con la lengua descolgada y feliz. Al menos a una de las dos le va bien.

Puede que Lúa ya haya pasado página de la chica que venía un par de veces a la semana por casa. Lamentablemente, no puede decir lo mismo de sí misma.

Por alguna razón que se le escapa, resulta que Alba le ha calado la piel que creía impermeable y se ha infiltrado por dentro. Madre mía, es como si alguien le hubiera hecho una transfusión de sangre para sacarle toda la que tenía de Violeta y sustituirla por la de Alba.

Inexplicable.

—Qué, no me mires así —se encara con Lúa, que no hace más que pedirle con los ojos que le escriba una disculpa.

Ya. Como si fuera tan fácil. Para ella, que tiene muy poquita experiencia en disculparse.

Saca el móvil del bolsillo con nervios, como hace siempre desde que… eso. Esperando, esperando, esperando. Un mensaje que nunca llega. La notificación que restaure el equilibrio: "¿Nos vemos esta noche?"

Cinco semanas después de aquel patético sábado en la pista de baile, no tiene dónde esconderse: es evidente que Alba la ha dejado.

Efectivamente, tenían un acuerdo. Uno que, por lo visto, solo había firmado ella misma.

Suspira y se dedica a atender todos los mensajes de WhatsApp que tiene descontrolados. Últimamente no hace caso a nadie, solo quiere estar con su perra y, si es posible, desaparecer. No tiene nada que contar, no tiene nada que decir. Ni siquiera ha respondido al último de Violeta, hace tres días, preguntándole si tiene fotos chulas de aquel sábado del infierno.

Al menos no le ha vuelto a preguntar qué tal con su chica. Puto bochorno.

Da señales de vida en los grupos, hombre, por fin, la desaparecida. ¿Cuándo piensas volver a la vida? ¿Quién te ha vampirizado? Se piensan que está con alguien. Con Violeta, probablemente. La sola idea le hace soltar una risilla estoica, cansada.

Qué pena.

Vibra otra vez el móvil. Parece que Ruth la ha visto activa en algún grupo en el que coinciden y vuelve a la carga.

Ruth: Tía, estás bien?
Ruth: Te escribí hace días y… cri cri
Ruth: Supongo que estarás liada con tu corte de chicas haciendo cola

Noa mira el mensaje. Tarda un poco en responder.

Noa: Lo siento, tengo un bajón muy loco

Ruth: Pero qué te pasa

Noa: Nada
Noa: O sea, es por lo del sábado aquel. No van bien las cosas

Ruth: Eh? con Violeta?

Noa: No coño
Noa: Con Alba

Ruth: Alba? Pero si ya no estáis, no?

Noa: PUES ESO

Ruth: Pero
Ruth: No entiendo
Ruth: O sea, que
Ruth: Si realmente no querías estar con ella, no?
Ruth: O yo no me entero

Noa: No sé, no me entero ni yo
Noa: Pero aquí estoy
Noa: La echo mucho de menos
Noa: :(

Ruth: Pero de verdad quieres algo con ella?

Noa: No sé lo que quiero
Noa: Pedirle disculpas, para empezar
Noa: Creo que la jodí estos meses
Noa: Me siento gilipollas

Ruth: Has intentado hablar con ella?

Noa: Pf no, fue super borde la última vez
Noa: Creo que pasa de mí lo más grande

Ruth: A ver, la conozco muy bien
Ruth: Si le pides hablar, no te lo va a negar

Noa le hace un pantallazo a la última conversación con ella, "Podemos hablar???", exactamente esa frase, y se la envía.

Noa: Mira bien esto
Noa: Lo estás bien viendo?
Noa: Pues eso, el silencio está muy clarito
Noa: Imagina lo que la he jodido para que ni me responda

Ruth: Venga tía, no te desanimes
Ruth: No sabía que estabas en este plan con ella

Noa: Dime la verdad
Noa: Me odia?
Noa: Crees que tengo alguna oportunidad?

Ruth: A ver
Ruth: Yo que sé
Ruth: Supongo que bien bien, no le caes
Ruth: Pero no veo que no podáis mantener una conversación
Ruth: Igual no ahora, pero un poco más adelante

Noa: Más adelante cuándo? Cuando una de las dos se haya echado otra novia?

Ruth: Pero a ver, y Violeta?

Noa: Paso de Violeta. A Violeta que la den por el culo
Noa: Con todo mi cariño y eso
Noa: Pero que Violeta y yo nada de nada, fin
Noa: Anda, tantéala tú un poco
Noa: O si te enteras de algo dime

Ruth: Pero qué es lo que quieres?
Ruth: Pedirle disculpas o pedirle salir?

Noa a estas alturas no tiene ni que pensarlo.

Noa: Las dos cosas

Ruth tarda bastante en responder.

Ruth: Me dejas muerta
Ruth: Hombre un poco más de esfuerzo por tu parte también podrías poner
Ruth: Que si yo soy ella pensaría que… Vamos, muy poquito esfuerzo veo

Noa: Si he pensado hasta en ir a la charla esa que da

Ruth: Lo del congreso de fisioterapia???

Noa: Eso
Noa: Es mañana
Noa: Digo… Así la acorralo allí y no le queda más remedio que escucharme

Ruth: Tía no jodas, no le hagas eso

Noa: Por qué?

Ruth: Que no, que es un evento de trabajo. A ver si la vas a poner nerviosa

Ruth: Me parece super mala idea
Ruth: Piensa otra cosa anda
Ruth: Y me la cuentas

—¿Tú qué opinas? —pregunta a Lúa.

—GUAU.

—Ya. Pues no. No voy a salir corriendo ahora mismo con un ramo de flores a buscarla donde esté para pedirle que me perdone.

—Guau guau.

—Lúa, siempre juzgándome tía.

Noa le da la espalda sutilmente. Si es que Lúa tiene toda la razón. La de veces que le ha dado la chapa en alto, contándole lo que no le podía decir a nadie más: es que Alba es muy tímida, es que Alba está demasiado disponible, es que Alba es demasiado buena chica, es que es demasiado perfecta, es que no me da juego, es que esas pulseras que lleva, bah, es que no sé si es mi tipo, es que, es que…

Todos ellos defectos absolutamente horribles, por lo visto.

En fin. No le queda más remedio que hacerse burla a sí misma.

—Mírame ahora. Aquí babeando, como tú.

De todos es sabido que Noa tiene cierta aversión al compromiso. Le costaba dar un sí, salir del todo del mercado. Se dejaba seducir por especímenes como Violeta, seres hermosos pero generalmente no disponibles, al tiempo que ella hacía exactamente lo mismo con las que la buscaban. Se deshacía de todos sus abrazos, se escurría por el lado y salía huyendo, en busca de la siguiente.

Había hecho algo parecido con Alba. Le había puesto delante el muro de Violeta y había hecho todo lo posible por no dejarla pasar. Y eso que la pobre lo había intentado todo con ella. La había buscado de todas las maneras posibles, le había propuesto de todo. Hasta que Noa, sin maldad, consiguió que entendiera que tenía que ser a su ritmo o no sería.

Y así fue.

—Lo de mañana es mala idea, ¿no, Lúa? ¿Tú qué opinas?

Esta vez Lúa no opina nada, porque cualquier gesto hacia Alba será bienvenido por su parte. Pero Ruth le ha dicho que era mala

idea; Dani y Marina, que son las únicas a las que les había confesado lo que le estaba pasando, también.

Con un suspiro que suena un tanto desolado, vuelve a casa arrastrando la correa.

Qué mal se le da esto. Qué mal se le da.

Al día siguiente, lo tiene decidido: va a olvidarse de Alba. Es verdad que ha sido monísima, le ha hecho preguntas inteligentes sobre sus fotos, le mandó por mensajero pastillas de las fuertes cuando tuvo la gripe aquella porque no dejó que viniera a cuidarla, le regaló un par de billetes para una escapada que al final no hicieron porque… ya ni se acuerda. Detalles todos ellos, y muchos otros más, a los que no prestó demasiada atención en su momento pero que, vistos en retrospectiva, abarcaban toda la pantalla.

Pero a ver. Que ya está. Hay más Albas en el mundo, no va a ser ella la única. Ni disculpas ni nada. Si no las quiere escuchar, no hay más. Si ha acabado, se acabó y no hay que darle más vueltas.

Por esa razón, más o menos, decide conectarse en directo a la charla que da en el Congreso Nacional de Fisioterapia. Terapia de choque. La ve, descubre inmediatamente que ya no siente nada, y punto. Desmitificar, lo llama. Ese momento de "pues no era tan…" lo que sea.

Un plan sin fisuras que hace agua por todos los lados. Pero bueno.

Su intervención es a las doce de la mañana. Tenía que ir a ver a un cliente pero ha podido aplazar la reunión a la tarde. Se lo pone de fondo en espera de que empiece, mientras finge que revisa facturas. Fíjate, tú en un congreso de fisioterapia por un motivo que no es hacer fotos. Quién lo diría. Y qué patética se ha vuelto. Echada a perder, de verdad. A ver si se espabila.

El evento está a punto de empezar y está hasta nerviosa. Se siente como si tuviera una cita con Alba. Si es que se tiene que reír. Más vale que salga de esta entera y digna.

Se concentra por fin en la pantalla. Están con un plano general. Se ve la sala llena, ahí cabe un huevo de gente, esa sala es como para quinientas personas: lo sabe porque ya ha estado ahí haciendo fotos. La chica que está sentándose al fondo, vestida con un traje

chaqueta holgado de color azul marino, es Alba, ¿no? Tiene que ser ella. O sea, la reconocería hasta en medio de una hecatombe nuclear.

La cosa va a empezar. Durante un segundo de lucidez, el último que le queda, se pregunta qué hace viendo esto.

—Lúa ven, que empieza. A ver si tú te enteras de algo.

Pero Lúa pasa; está perezosa sobre el sofá y no está dispuesta a pasar este trago.

Alguien empieza a hablar. "La sala ya está llena. Por favor, los que entren a partir de ahora, que se distribuyan de pie en los laterales. Vamos a empezar."

Plano general. Venga, que pase a plano corto. Necesita enfocar a Alba, dejar de verla como en su mente, sutilmente idealizada en las últimas semanas, y pum, notar cómo la magia se rompe, el globo se deshincha, el hilo se corta, el telón se cae, el castillo se derrumba, su corazón vuelve a…

Plano corto.

La imagen de Alba en pantalla le impacta de forma directa, sin avisar, sin preliminares. Un golpe seco, un crujido de hueso, un jadeo.

—Joder.

No está muy segura de reconocer a la mujer que está en pantalla y sonríe así. O sea, es Alba. De eso no hay duda. Pero.

A ver.

Es que esa persona es una mujer hecha y derecha, un ejemplar formidable, segura de sí misma, con esa mirada líquida oscura, esa sonrisa increíble que lanza al entrevistador y a su público. Si no se la hubieran presentado de noche, a oscuras, en un bar, con la imagen de Violeta fija en su cabeza, ganas de sexo y poco más, esa misma mujer que ahora está en pantalla le habría hecho girar la cabeza sin demasiada sutileza.

Menos mal que es Alba la que tiene que hablar y no ella. Porque está sin voz.

El conductor de la charla recita su currículum como una especie de oración fisioterapéutica. Hace rato que se ha perdido. Pensaba que Alba pasaba consulta, sin más. No que trataba algunas de las

mejores piernas del país, publicaba artículos y colaboraba activamente en investigaciones con universidades y centros privados.

La cosa iba de rodillas de gente cuya identidad no podía desvelar pero era evidentemente famosa. Un coñazo de charla, una cosa demasiado técnica.

Pero Alba se levanta, con ese porte majestuoso que tiene, ¿por qué nunca se ponía esa ropa con ella? Se quita la chaqueta y la cuelga de la silla, mira esos brazos, lo que los echa de menos no lo sabe nadie, ni ella misma. Ese abrazo que le daba. Lo pasaban bien con el sexo, es verdad, sus conversaciones ligeras de martes y jueves. Aunque se acuerda especialmente de un día, uno que se quedó a dormir.

Noa se levantó a medianoche al baño y al volver la vio allí, dormida, en su cama. Y sintió la tentación, se dejó llevar y lo hizo: le pasó la mano por la cara en una caricia suavísima, y la besó en la mejilla con los labios más tiernos que jamás le había puesto a nadie. Y ella se despertó un poco, y se besaron muy suavemente en los labios. Uno, otro, otro más… Noa tuvo que aplastar ese momento desde el día siguiente, porque Alba le empezaba a producir un cosquilleo interno que no podía permitirse en ese momento.

Y allí estaba ahora esa misma persona, de pie ante su audiencia. La cámara la enfoca de cerca. ¿Siempre había tenido esas pestañas tan largas, tan oscuras?

La mujer en pantalla le desborda.

Noa se gira a Lúa y le suelta un reproche:

—Tú has querido venir aquí porque ya sabías lo que iba a pasar, ¿no?

Lúa suelta un largo bostezo acompañado de un aullido.

Alba enseguida arranca a hablar y lo hace firme, segura, con una broma sobre rodillas. Todo el puto mundo se ríe y la sonrisa que pone Alba no se la ha visto jamás en los seis meses que estuvieron juntas. Y eso le duele más que nada.

Se le marca un poco la vena al sonreír, se pone tímida y baja la vista. Eso sí se lo ha visto hacer muchas veces.

Cuando vuelve a levantar la vista los ojos de Noa captan un brillo, un movimiento, *ese* momento, eso es exactamente, joder, eso es

exactamente lo que estaba buscando.

La foto veinticuatro.

La mira, extasiada, al borde del ataque de nervios cuando se da cuenta de que no tiene ni una maldita foto de Alba. Viéndose seis meses; dos veces por semana, mínimo.

Ni una. Sola. Foto.

Noa jadea, sujetándose el pecho un momento, porque el músculo alojado dentro le late a ritmo de deporte de alto rendimiento y no está segura de poder sostenerlo.

Ahora se da cuenta de todo.

Ahora. Tarde.

Mueve un dedo como si nada estuviera pasando en realidad, acerca el puntero al aspa, y cierra la pestaña para que la imagen y la voz desaparezcan.

Silencio.

No puede seguir viendo a esa persona ni un minuto más o se le caerán las últimas vigas que sujetan toda su estructura y que ya tiemblan.

Capítulo 12. Alba

—Venga, levántate —dice Alba mientras termina de aplicar presión en la rodilla del paciente.

El tipo es simpático pero no hace más que quejarse.

—¿Cuándo se va a acabar esto?

—A ver, Mario, ya lo hemos hablado. Poco a poco. Las lesiones son dolorosas, las recuperaciones son lentas.

El hombre, cincuenta y tantos, directivo de una empresa cotizada en bolsa, asiente.

—Como mi divorcio.

Alba sonríe.

—Exacto. Como una ruptura.

Ay. Ese pinchazo ahí, todavía.

—Pues qué bien —murmura el hombre con tono agrio.

Los dos ríen, un poco forzados; cada uno con lo suyo en la cabeza.

El hombre se baja de la camilla, se pone los zapatos. Alba le pide que coja cita para dentro de un par de semanas.

Alba se sienta un segundo a actualizar el historial. Mira el reloj. Las siete. Hoy lleva desde las ocho de la mañana. Está cansada, tiene hambre. Solo es martes y la semana ya pesa como una mochila de cien kilos. La charla fue muy bien, pero le consumió una cantidad incalculable de energía. Y la que le queda, se la ha terminado de gastar Sofía en los encuentros esporádicos que han mantenido desde que se dieron el primer beso en aquel antro.

Solo quiere llegar a casa, tumbarse en el sofá y quedarse dormida mientras cena, con la comida colgando. Lo único que tiene que conseguir es que el sueño no la pille tragando.

Ha empezado a recoger sus cosas cuando Ana, la recepcionista del centro, da un par de golpes suaves a la puerta y asoma la

cabeza.

—Alba, acaba de entrar alguien sin cita. Dice que necesita que la veas urgente, aunque sea media hora. ¿Puedes?

—¿Es paciente?

—No.

Alba suspira, agotada. Su ética profesional le impide negar sus servicios a alguien que pide ayuda urgente.

—Media hora solo.

—Vale.

Está revisando la agenda de la semana justo cuando se abre la puerta. ¿Una Violeta este viernes? Otra punzada. ¿Cuántas Violetas hay en esta ciudad? ¿Y qué probabilidades tiene de cruzarse ella a todas?

—Hola.

Alba levanta la vista y se queda así, durante un tiempo que parece eterno. El mundo se detiene. O Alba es la que se detiene y el mundo sigue sin ella. No sabe. No puede pensar. Solo puede mirar. Imperturbable. Sin dejar que las facciones de su cara o el labio que empieza a temblar suavemente la traicionen.

Ahora que la ve allí, de pie, alta, guapa, atractiva, despeinada, con esa cara de "yo no he roto un plato en la vida" que en cuanto esboza esa astuta sonrisa la convierte en "he roto todos los platos que he podido en mi vida y las dos lo sabemos, pero tú vas a perdonarme", se acuerda de por qué le gustaba tanto, hasta resultarle insoportable.

Todo lo que llevaba avanzado esas semanas queda automáticamente barrido, evaporado, aplastado. Se le abren todas las cicatrices de golpe. A tomar por culo los puntos de sutura.

—Qué haces aquí.

Ni siquiera se levanta. Primero, exige una explicación. ¿Cómo se atreve?

Noa se mete las manos en los bolsillos. Sonríe. Esa sonrisa que Alba conoce. Esa sonrisa que usaba cuando quería que Alba le perdonara algo. Cuando llegaba tarde. Cuando cancelaba planes. Cuando desaparecía tres días sin escribir y volvían a encontrarse.

—Pues es que necesitaba un fisio y eres la única que conozco —se encoge de hombros.

Por lo visto a ella le parece una idea fantástica. Alba se recuesta en la silla, entrecruza los dedos de las manos y levanta una ceja.

—¿Qué te pasa?

—Tengo una contractura horrible, apenas puedo girar el cuello —sonríe. Qué mentirosa es cuando quiere.

—Yo trato rodillas y tobillos.

Si me hubieras escuchado cuando te hablaba durante todos estos meses, lo sabrías.

—Ya, pero me ha dicho la recepcionista que puedes tratar todo, ¿no?

—Quítate la chaqueta y siéntate en la camilla.

Noa deja su bolsa en una silla y hace amago de sentarse hacia delante.

—¿Me quito la camiseta también?

—No. Ponte al revés. Siéntate del otro lado. Ahora voy.

La deja un par de minutos esperando allí. En algún momento puede ver cómo intenta girarse un poco para mirarla. Obviamente, no tiene nada en el cuello.

Alba trata de recuperar la compostura. El corazón se le ha descosido y está colgando por dentro, pendiendo de un hilo. Si se acerca así, va a escuchar su respiración agitada y va a saber que todo esto que está pasando le importa. Mucho.

Que la destroza, de hecho.

—Cien pavos la consulta… Sabía que eras una fisio premium, pero eso ya es la élite —comenta, de espaldas, rompiendo el silencio.

Sabe que intenta hacerla reír. Era su puta estrategia cada vez que se enfadaban. Su manera de abordar los problemas: nunca de frente, siempre de soslayo, en oblicuo, con bromas, con risas. Hasta que se salía con la suya por simpática. Esta vez, Alba no cede ni en la mueca, aunque Noa no la puede ver. Se acerca por detrás y comienza a tocarle el cuello.

—Vi tu charla. Estuviste fantástica.

—¿Ah, sí? —lo dice con toda la desgana. Ni de coña ha visto su charla.

—Sí. ¿Qué tal estás?

Palpa el cuello, intentando identificar si hay algo. *Ese* cuello. Esa piel. Ese pelo. Esos hombros.

Las pulsaciones aprietan un poco más.

—Bien. ¿Y Lúa?

Noa se ríe suavemente.

—Lúa está bien —dice—. Te echa de menos.

Alba se tensa. Tiene que controlar la respiración. Se mantiene silenciosa. No te agarres a su cuerda cuando te la tire, que te pierde.

—Oye —continúa Noa.

—Qué.

—Qué bien tocas. Seguro que te lo dice todo el mundo.

Dios. Se ve tentada de preguntarle si cuando la tocaba a ella pensaba en Violeta, pero se contiene a tiempo, apretando muy fuerte los labios, y se lo traga. Lo cual no contribuye en absoluto a reducir su ansiedad.

Qué ganas de que se largue de aquí y la deje en paz. Alba no contesta, pero ella sigue y sigue:

—¿Nunca te has liado con una paciente?

Te está provocando. No la sigas el juego. Mantente profesional.

—No.

—Mmm… Pues si tienes esa fantasía y quieres propasarte conmigo, no hace falta ni que me pidas permiso.

Alba se harta. De verdad que no puede más con ella. Con sus comentarios de mierda, con sus faltas de respeto. Con que aparezca por aquí y pise todo lo que ha logrado estas semanas.

—Date la vuelta —le ordena, bastante borde.

Noa se gira por encima de la camilla y se la queda mirando, con esa sonrisita adorable que ahora le hace odiarla profundamente.

—¿Me voy a morir? —pregunta.

Ojalá.

Verla así, de frente, a centímetros de distancia. Con los ojos taladrándola. Esa sonrisa. Maldita sea. Sería tan fácil. Cogerle la cara, seguirle el juego. Qué ganas tiene de repente. Besar esos labios. Ese cuello. Sería una colisión brutal, nada comparable ni siquiera a su primer beso.

Traga saliva.

—Noa, no tienes nada.

—Pero me duele.

—Pues será tensión. Estrés. Nada que yo pueda arreglar.

Se aguantan la mirada, pero Alba no sabe cuánto tiempo podrá sostenerla. Otra vez el temblor del labio. Se guarda las manos en los bolsillos de la bata para que no note lo nerviosa que está.

—Pero sí que puedes ayudarme —insiste Noa, un poco contrariada.

A partir de ahí, todo se precipita.

—A qué has venido.

—Quería verte.

—¿Aquí? ¿Esta es la mejor idea que se te ha ocurrido?

—Pues es que no me respondes a nada. Te he mandado varios mensajes pidiéndote hablar.

—Qué quieres.

—Tómate algo conmigo luego y hablamos.

—No puedo, he quedado.

Los ojos de Noa se enturbian un poco.

—¿Ah, sí? ¿Estás con alguien?

—Sí —dice, firme.

No sabe por qué lo dice. A esas alturas ya sabe que la historia con Sofía no va a ningún lado. Probablemente lo hace para que la deje en paz. O por fastidiarla. Y parece que lo consigue: los ojos de Noa pierden automáticamente el sentido del humor. Su boca también.

Noa se pone seria. Tan seria como el día en que le mandó a tomar por culo en el medio de la pista de baile de una discoteca.

Vaya. A ver si ahora va a resultar que esta idiota tiene sentimientos.

—Siento lo que pasó —le dice—. No quería hacerte daño.

Alba se aleja de ella. Esto no. No puede. No quiere.

—Vale. Disculpas aceptadas. Ahora vete de aquí.

Pero Noa no se mueve.

—No me refiero solo a lo del sábado. Me refiero a todo en general. Lo siento, no te he tratado del todo bien.

—Déjalo, Noa, en serio —se aleja tanto que choca contra su propia mesa y se queda allí.

—Perdona, no sé cómo empezar, creo que igual no me estoy expresando bien —Noa baja la vista un momento—, pero quería decírtelo. Estoy…

¿Qué? ¿Estás qué?

Noa se encoge de hombros. No puede terminar la frase. Alba ve perfectamente cómo se le humedecen los ojos y cómo se guarda las lágrimas haciendo un esfuerzo titánico. Su pecho sube y baja, pesado.

La imagen la deja impactada un momento, incapaz de moverse.

No, Alba, no. No la dejes. No dejes que te manipule más.

—Vete, por favor —musita Alba, con un hilo de voz.

—¿Pero podemos hablar? ¿Otro día? —Noa suena un tanto ansiosa.

Su voz y su mirada la están rompiendo. Alba hace de tripas corazón; luego coge su corazón, lo bate junto con el resto de órganos y, una vez que está muerta por dentro, responde:

—No hay nada de qué hablar.

Noa parpadea. De repente ha perdido todo el brillo. Está muy seria. No sabe si enfadada o abatida. Se baja de la camilla en silencio, coge su bolsa y agarra el pomo de la puerta.

Se gira un segundo a mirarla:

—Gracias por estos meses. Y perdona por haberme plantado aquí sin preguntar. Nos vemos por ahí —dice.

Alba se acerca a la camilla, coge el papel protector con más energía de la necesaria y lo estruja con una rabia fuera de lugar. Luego lo tira a la papelera y responde:

—No me busques más, por favor.

Los ojos de Noa se apagan definitivamente. Abre la puerta y se va, dejando a Alba necesitada de respiración asistida, al borde del llanto.

Capítulo 13. Noa y Alba

Jueves, 20:34

Ruth → Alba

Ruth: Tía cómo estás

Alba: Mal

Ruth: Pero qué ha pasado, aún no me has contado

Alba: Vino a la consulta

Ruth: Quién? Sofía?

Alba: Noa

Ruth: Ups
Ruth: Cuándo???

Alba: El martes
Alba: Apareció sin avisar
Alba: Dijo que necesitaba un fisio

Ruth: Y qué hiciste

Alba: Atenderla obvio
Alba: Soy profesional

Ruth: Pero tía… Cómo te engañan

Alba: Qué querías que hiciera? Echarla?

Ruth: Y qué pasó

Alba: Nada

Alba: Todo
Alba: No sé
Alba: Me reventó
Alba: Llevaba semanas intentando recomponerme
Alba: Apareció ella
Alba: Y se me abrió todo otra vez

Ruth: Vaya
Ruth: Lo siento

Alba: Ya yo sí que lo siento
Alba: La odio

Ruth: No la odias

Alba: Es gilipollas, tía
Alba: Aparece así, sin más

Ruth: Pero a ver
Ruth: De qué hablasteis?

Alba: Pues me pidió algo así como unas patéticas disculpas
Alba: Después de hacer el tonto un rato
Alba: O al menos lo intentó

Ruth: Y tú??

Alba: La mandé a la mierda

Ruth: Ay, cariño…

Alba: Y luego casi se pone a llorar
Alba: FLIPA

Ruth: A ver
Ruth: Que yo no puedo decir nada, ok?
Ruth: Pero yo creo que esta mujer lo está pasando mal
Ruth: No digo que hagas nada con esto, eh?
Ruth: Solo que lo sepas

Alba: Sí claro
Alba: Pues que le consuele la otra
Alba: No te jode

Ruth: Ya sé que no lo vas a preguntar
Ruth: Así que te lo digo yo
Ruth: Yo creo que no hay otra
Ruth: Pero bueno

Alba: Me la pela si hay otra no
Alba: No me ha gustado cómo me ha tratado
Alba: Y no me da lo que yo quiero
Alba: Simple

Ruth: Y si te pidiera unas disculpas en condiciones?
Ruth: O sea…

Alba: No vayas por ahí
Alba: Ni lo menciones
Alba: Por favor

Ruth: Si te pide volver en plan bien?

Alba: Volver a qué? a lo de siempre?

Ruth: No, intentarlo bien
Ruth: Te pide salir, ser novias, lo que sea
Ruth: Qué le dirías?
Ruth: …
Ruth: …????
Ruth: Alba???
Ruth: Ok, no contestes si no quieres
Ruth: Anda, ya dejo de molestar
Ruth: Avísame si necesitas algo, me silbas y voy

Noa → Ruth

Viernes, 11:20

Noa: Voy a esta expo esta tarde con Dani y Martina, por si te animas

Ruth: Ya sales otra vez?

Noa: Lo intento

Ruth: No sé si puedo, te digo algo en cuanto sepa
Ruth: Qué tal vas?

Noa: Muy oscuro todo

Ruth: Y eso?

Noa: Creo que la he terminado de cagar del todo del todo
Noa: Estoy muy jodida

Ruth: Y eso? qué has hecho esta vez?

Noa: Alba está con otra
Noa: Me planté en su consulta
Noa: Porque como no me responde…
Noa: Creo que se enfadó más por eso, pero qué hago?

Ruth: A ver, es que si no quiere hablar no quiere hablar

Noa: Ya, vale, y tengo que respetarlo
Noa: Pero yo creo que también me merezco que me escuche dos segundos, no?
Noa: O solo vale lo suyo?

Ruth: Bueno…

Noa: Ya sabías que fui, no?

Ruth: Sí

Noa: Vale, de coña
Noa: Como lo sabes todo, explícame eso de que está con otra, anda

Ruth: No sé, se ha estado viendo con una, pero creo que nada serio

Noa: No sé Ruth, de verdad que me mata esto

Noa: Nunca me he sentido así

Ruth: Pero qué te pasa? Te has enamorado de Alba o qué?
Ruth: …
Ruth: …???
Ruth: Noa???
Ruth: Vale, olvida la pregunta

Noa: Yo qué sé tía, es que estoy muy confundida
Noa: Estoy sintiendo esto super fuerte
Noa: Ahora me acuerdo de miles de cosas
Noa: Solo sé que ahora mismo pienso en ella y me destroza no tenerla
Noa: Y si pienso en ella con otra ya…
Noa: Muerte y destrucción
Noa: Tú qué harías?
Noa: La conoces bien

Ruth: Pues mira yo no sé qué decirte
Ruth: Pero unas disculpas en condiciones
Ruth: Y no sé, alguna promesa de futuro
Ruth: Como que quieres intentarlo en plan bien
Ruth: No solo veros en casa un par de días a la semana para acostaros
Ruth: Igual ayudaría

Noa: Y qué hago?
Noa: Se lo digo por paloma mensajera?

Ruth: Y obvio descartas lo de Violeta, vamos esto es de primero de volver

Miércoles, 14:19

Ruth → Alba

Ruth: Oye que la boda de estas es en dos fines de semana
Ruth: Cómo vas a ir?

Alba: Dios
Alba: La maldita boda
Alba: Ni me acordaba
Alba: Estoy volada últimamente

Ruth: Algo nuevo?

Alba: Lo he dejado con Sofía, mi no-novia
Alba: O sea, he dejado "nada", pero bueno

Ruth: Vaya y eso?
Ruth: Pensé que te estaba molando

Alba: No lo suficiente, me temo
Alba: La chica es maja y mona y tal
Alba: Pero creo que no siento lo que tengo que sentir
Alba: Y la verdad es que lo de quién tu sabes me ha dejado tocada, para qué te voy a mentir
Alba: Necesito recuperarme
Alba: No estoy para nadie ahora

Ruth: Vale amor
Ruth: Te mando ánimo

Alba: Mejor ser sincera con la chavala ahora
Alba: Y no tenerla seis meses follando dos días por semana
Alba: Mientras ella se pilla y yo paso
Alba: No crees?

Ruth: Jajaja
Ruth: Sin duda
Ruth: Bueno, entonces qué hacemos con lo de la boda?

Alba: Yo llevaré mi coche, que saldré el mismo sábado

Ruth: Ok, yo igual voy el viernes

Alba: Cómo va el tema habitaciones?

Ruth: Nos toca juntas, creo

Alba: Maravilla :)))))

Ruth: Oye
Ruth: Sabes que Noa va, no?

Alba: Perdona????

Ruth: Pensé que lo sabías

Alba: NO
Alba: Vamos, no habíamos ni hablado de esto
Alba: Yo sabía que tenía una boda
Alba: Y yo le dije que tenía otra
Alba: Pero no que era la misma, coño
Alba: Pero y esta maldita coincidencia?

Ruth: Pues es que es amiga de Laura
Ruth: Hija qué quieres, no somos tantisísimas

Alba: Cojonudo
Alba: Pues tía, mira, igual me pongo mala y paso de ir

Ruth: Pero qué dices

Alba: Te lo digo de verdad
Alba: Es que me altera muchísimo verla
Alba: Desde que apareció por la clínica no levanto cabeza
Alba: Me ha dejado super tocada

Ruth: Alba, va, somos personas adultas
Ruth: Es una boda de una amiga
Ruth: Yo no me separaré de ti
Ruth: No me jodas y ven
Ruth: No ves que eso sería su mayor triunfo?
Ruth: Que dejes de hacer tus planes?
Ruth: Además quién sabe
Ruth: Igual le da por pedirte unas disculpas de puta madre, por fin

Alba: No bromees con eso, en serio
Alba: Que estoy hecha mierda

Ruth: Va, perdón

Alba: Me lo pensaré
Alba: Pero cero gracia me hace

Miércoles, 15:40

Ruth → Noa

Ruth: Que dice esta que no quiere ir a la boda porque vas tú
Ruth: Ya le he dicho que ni de coña

Noa: Joder…
Noa: Vaya plan
Noa: Tú de verdad crees que tengo una oportunidad?

Ruth: Pues no lo sé, pero inténtalo
Ruth: Y así lo sabremos, no?
Ruth: La ocasión es perfecta
Ruth: Boda en el campo, un poquillo de alcohol, felicidad…

Noa: Muy optimista te veo
Noa: A ver, temas prácticos
Noa: Me cambias de habitación? Así no tendrá más remedio que hablar conmigo

Ruth: O sea noa, tú lees lo que escribes antes de enviar?
Ruth: Jajaja
Ruth: Estás de coña

Noa: Vale vale, ya me las apañaré
Noa: Algo se me ocurrirá

Ruth: No te pases, eh?
Ruth: Que la cosa va de pedirle disculpas

Noa: Vale, vamos a eso
Noa: No sé ni qué decirle

Ruth: Mira, yo creo que le tienes que pedir perdón

Ruth: Le dices lo que crees que has hecho mal o podrías haber hecho de otra manera
Ruth: Y luego te concentras en el futuro
Ruth: FU
Ruth: TU
Ruth: RO
Ruth: Promesas que creas que puedes cumplir

Noa: Yo? Todas
Noa: A ver qué tal me sale

Ruth: Solo tienes que ser tú y decir lo que sientes, hija, tampoco es para tanto

Noa: Es que no se me dan bien estas conversaciones

Ruth: Pocas disculpas has pedido tú me parece a mí…

Noa: Pocas rupturas con intentos de segundo round, más bien
Noa: Pero sí, voy a decirle todo, sin contarme
Noa: Si luego me cruza la cara, que me la cruce
Noa: Le pido que seamos novias? tú qué opinas?

Ruth: Deja que hable Lúa mejor
Ruth: Jajaja

Noa: Creo que tiene muchas más oportunidades que yo
Noa: La beso primero o mejor después?

Ruth: Vale deja que hable yo, ok???
Ruth: Jajaja

Noa: Jajajaja

Ruth: Ánimo tía
Ruth: Ya verás como sale bien
Ruth: Lúa y yo confiamos en ti

Capítulo 14. Alba

Sabía que asistir a esta boda era una equivocación desde que se subió al coche con la maleta pequeña, el vestido protegido en una bolsa extendida en el asiento de atrás. Y constata que es un error absoluto en el momento exacto en que ve a Noa salir por la puerta del hotel y dirigirse hacia la carpa donde se celebra la ceremonia.

Ha conducido doscientos kilómetros, se ha saltado dos salidas por manejar el volante con la mirada completamente hueca, ha hecho caso omiso del GPS que la llevaba directa a la destrucción y se ha colado por la puerta de atrás del hotel para intentar no cruzarse con nadie, tan solo para verla ahora exhibir ese porte que tiene en ese recinto blanco supuestamente plagado de felicidad para todos menos para ella.

El crujido es seco, duro. Una especie de golpe en la nuca.

Allí va, con su eterna cámara colgada, haciéndose la interesante, enseñando fotos a la gente que tiene alrededor, como hizo con ella.

Ruth le da la mano y la conduce hasta allí.

—Estás maravillosa con este vestido, amiga —le dice, echándole una sonrisa sexy.

—Gracias. Una armadura.

—Y ese collar te queda… ¡uf! ¿Quieres ser mi acompañante hoy?

—Por supuesto.

Se ríen. Sabe que Ruth la sostiene. Pero no sabe si será suficiente para sobrevivir a la quema.

—No me sueltes —le pide Alba.

—No te suelto.

Al menos parece que no está Violeta. Ver a las dos hubiera supuesto ya una inmolación. No quiso ni preguntarle a Ruth: prefería estar jodida solo el día del evento y los posteriores, y librarse al

menos los ocho anteriores. Aunque hubiera dado igual, viendo el estado de tensión en el que ha pasado las últimas semanas.

Y ahora está allí, cruzando la puerta de la carpa de la boda menos deseada del mundo, haciendo equilibrios sobre los tacones y los nervios. Ha vuelto el estómago cerrado, los ojos un poco vidriosos, las sutiles ojeras que tiene que tapar con una buena base de maquillaje.

—¿Y de qué conoce esta mujer a Laura? —pregunta en susurros a Ruth.

—No lo sé, son amigas desde hace tiempo, tienen un grupete en común. Conciertos y cosas de esas, supongo.

Y ex novias, probablemente.

Se sientan en el extremo más alejado del recinto, en el lado contrario al que ocupa Noa. Alba está decidida a evitarla a conciencia: no soporta verla así. Está increíblemente atractiva, con esa especie de traje ultramoderno que lleva, la sonrisa colgada en los labios, hablando con todo el mundo. La gente revolotea, se ríe a su alrededor. Lleva las gafas de sol puestas incluso allí dentro.

Alba no conoce a mucha gente. Ruth y ella van solas: son amigas de Mía de un máster en el que coincidieron hace unos años. Mantienen un contacto ligero en un grupo que tienen, se ven tres o cuatro veces al año.

Alguien da la orden. Todo el mundo se sienta, la ceremonia está a punto de comenzar, y Noa gira el rostro en su dirección. Mierda. Alba retira la mirada corriendo, se le encienden las mejillas. Espera que no la haya visto.

Alba respira fuerte y Ruth le aprieta los dedos de la mano que todavía no le ha soltado.

—Venga, vamos a pasárnoslo bien —susurra.

Imposible. Pero vale.

La ceremonia se le hace aburrida. Votos y más votos, bromas. Alba no se entera de nada: está sumergida en su propio caos interno, en esa hipervigilancia exhaustiva que mantiene de perfil sobre Noa. Se le va a hacer eterna esta historia, pero aplaude con ganas y lanza vítores en cuanto acaba, simulando ser una masa más en medio de toda esa gente contenta.

Fuera, en el prado del hotel, han preparado una zona de mesas altas para un aperitivo rápido previo a la cena. Los invitados van saliendo de allí a paso lento, menos Alba, que arrastra a Ruth para coger posiciones en un rincón apartado.

—Voy al baño un momento, ¿vale?

—Claro, te espero aquí —Ruth ya está cogiendo dos cervezas de una bandeja.

Está segura de que tiene fiebre. Necesita echarse un poco de agua en la nuca, comprobar que el maquillaje sigue en su sitio, encerrarse dos minutos en un cubículo lejos de todos. Al menos los baños están tranquilos.

Se fija en esa bandeja que contiene todo tipo de artículos de higiene que un baño de boda puede necesitar y, por alguna razón, esa cotidianeidad la tranquiliza. No lo suficiente como para que no note el golpeo del corazón en el pecho, pero algo la destensa, al menos. Esboza una tenue sonrisa. Que se borra de golpe cuando va a salir y se topa de frente con Noa.

Se quedan mirándose un momento. Noa se quita las gafas de sol y le dedica esa mirada clara y una sonrisa de las suyas.

Los ojos más transparentes que nunca, el pelo retocado a lo *garçon*, los pómulos más afilados que nunca.

—Alba —dice.

—Hola —responde Alba.

Le zumba la sangre en los oídos. El torrente sanguíneo se precipita, si se descuida podría causarle un desmayo. ¿Qué le pasa con esta mujer? Durante unos cuantos días pensó que estaba olvidada.

Ella parece abrir la boca para decir algo, pero Alba la sortea con prisa, echando a andar sin mirar atrás, en dirección a Ruth, intentando parecer una mujer estable, capaz de caminar en vertical y erguida. Lo consigue a duras penas.

Cuando llega, bebe media cerveza en dos tragos.

—Joder. Nos hemos cruzado en la puerta del baño —jadea—. ¿Qué posibilidades había?

—Pues… —opina Ruth—, todas, si es que está intentando cruzarse conmigo.

Alba tiembla.

—O sea, lo que me falta es que se me intente cruzar todo el tiempo.

—¿Quizá es que tenéis una conversación pendiente? —sugiere Ruth.

—¿Conversación? ¿Qué conversación? —exclama Alba, en un tono más agudo de lo normal.

—No sé, me dijiste que te había pedido hablar, ¿no? Igual es mejor que la escuches y acabes con esto de una vez.

La perspectiva de mantener una conversación con ella le descuelga una gota de sudor frío por la espalda.

—Perdona, te estoy jodiendo la boda —dice Alba, con los ojos temblando—. Vamos a cambiar de tema. Prometo no dar más la brasa con esto.

—No te preocupes, amor, sé que estás nerviosa e incómoda. Pero intenta disfrutar un rato. Aunque sea por esas dos de ahí.

Las recién casadas, resplandecientes, van saludando a todo el mundo. Por supuesto, se paran también con ellas. Se abrazan, contentas; Alba, de tanto fingir, hasta se cree su propia alegría.

A partir de ahí consigue relajarse un poco. Lo único que tiene que hacer es no mirar en la dirección en la que está cierta persona. No quiere saber lo que hace, con quién habla, qué bebe o qué come.

Son como doscientas personas. Es relativamente fácil no volver a cruzarse en lo que queda de noche.

Luego pasan a la cena. Hacen buenas migas con las compañeras de mesa. Hablan de las novias, trabajos, dónde viven, a cuántas bodas al año van, los destinos ideales para viajes de luna de miel, qué bueno está este vino, la carne no tanto, jaja. Durante un buen rato, Alba se instala en una especie de nubecita cómoda, de charla a la que no necesita prestar demasiada atención.

Lo único malo es que a su izquierda, dos mesas más allá, está Noa, y tiene vía directa para mirarla, cosa que evita a conciencia. Pero cuando lo hace, más sin querer que queriendo, ella no la mira. Así está el panorama. Un día se presenta en la clínica diciendo chorradas, y al siguiente no le dedica una mirada ni por casualidad.

¿Una conversación, dice Ruth? ¿Para escuchar otra vez sus patéticas disculpas, "oh lo hice todo mal"? ¿Y entonces la perdona, Noa se va tan feliz y ella se queda hundida en la mierda?

—Alba.

Ni de puta coña.

—Alba.

Parpadea. Ruth la está llamando, le señala a una de las chicas que tienen enfrente. Una rubia de aspecto delicado, enfundada en un estupendo vestido verde.

—Vi tu charla en el congreso, me encantó.

—Ah. ¿También eres fisio? —pregunta Alba, distraída.

—No, soy entrenadora personal.

—Ajá.

—Es un placer conocerte. He leído algunos de tus artículos, tu trabajo es realmente fantástico.

Ruth le da una patada por debajo de la mesa y ella se lo devuelve. Venga, quizá la noche no salga tan mal como esperaba.

Apenas come, pero ya van tres cervezas y una copa de vino tinto. Está entrando en un umbral a partir del cual deberá tener más cuidado o espaciar mejor. ¿A qué hora se termina esto? Lleva semanas durmiendo mal, ahora mismo solo piensa en pillar la cama, dos plantas por encima de este lugar, y abrazarse a la almohada como si estuviera impregnada de anestesia.

Para cuando terminan la cena y se mueven a la zona de copas y pista de baile, ya de noche cerrada, se ríe bastante alto con Ruth, con la rubia de cuyo nombre no se acuerda y con un par más de las chicas que estaban sentadas en la misma mesa. Se desplazan como si fueran montadas sobre raíles y de repente están en la pista de baile, con una copa en la mano, todo muy oscuro.

Desde hace ya mucho rato, Noa es solo un borrón a lo lejos.

—Te veo mucho mejor —le susurra Ruth al oído, por encima de la música.

—Ha sido un poco mierda al principio, pero ya mejor —sonríe.

Y así es.

Hasta que Noa entra en su campo de visión. Ella y otras diez personas más, que se acoplan justo al lado derecho de la pista de

baile, tomando posesión de un par de mesas altas.

Alba intenta sostener la sonrisa pero le cuesta. Necesita un andamiaje entero para sujetarla y ni con esas. A partir de ese momento, la noche empieza a temblar.

La rubia del vestido verde se empeña en darle conversación. No quiere hablar de trabajo. Pero no le habla de trabajo; le pone palabras fáciles en la lengua. Se deja arrastrar, no sabe qué hora es. Ruth está pegada a otra de las chicas de la mesa; se ríe, pletórica.

En la zona de al lado la gente grita, baila estrepitosamente. Una persona que ve un poco borrosa por el humo que acaban de soltar, pero que diría que se parece escandalosamente a Noa, tiene a tres o cuatro chicas revoloteando a su alrededor. Ya. Es el efecto que produce en las mujeres.

Yo fui una de esas. Quiere acercarse y susurrar al oído, a cada una de ellas: "Parece mucho más de lo que es."

Se pregunta con cuál de todas se acostará esta noche.

Ese pensamiento le raja un poco por dentro. Luego piensa en Violeta y en ella, una especie de imagen recurrente que tiene para, por lo visto, causarse a sí misma el máximo daño posible, como si se lesionara cortándose con cuchillas.

Le entra un agobio enorme. Tiene que girar la cara y concentrarse en las palabras de la rubia, ¿cómo dijo que se llamaba?, para esquivar la imagen, Noa y Violeta, la cara de la rubia, Violeta y Noa, Noa otra vez, las chicas alrededor de Noa, la chica del vestido verde le mira los labios, la agarra suavemente de la cintura, Alba le devuelve la mirada, alguien le pone algo frío en la mano, ¿es otra copa?

Es Noa, poniéndole una copa en la mano, inclinándose hacia ella, jodiendo el momento.

—No estás bebiendo nada.

Alba la mira con los ojos como platos. La odia por tantas cosas en este momento, que no es capaz de inventariarlo todo.

—No quiero beber —replica, poniendo la copa encima de la mesa más cercana.

Noa se encoge de hombros y se presenta a la rubia de verde. Se ríe con ella y le habla muy cerca, tan cerca que se olvida de que está

Alba allí, más risas, qué chorradas le estará contando, le está reventando la única cosa interesante que estaba pasando esta noche. Seguro que lo está haciendo a propósito.

—Creo que voy a salir un rato fuera —le susurran al oído.

No está segura de si se lo dice la chica de verde o... Levanta la vista. Es Noa.

—Ajá.

—¿Me acompañas?

Otra vez esa puta sonrisa en los labios, la sonrisa que la mantuvo hechizada durante meses y que hoy le sienta como un maldito tiro en la frente.

—Estoy bien aquí —responde.

No tiene gracia.

Noa se queda mirándola. No la soporta. No puede soportar tenerla delante. Otra vez le empieza a temblar el labio, un frío sideral le recorre de arriba a abajo, quién ha apagado la calefacción, quién ha subido tanto la música, quién ha apagado las luces.

La rubia toca el hombro de Noa, que deja de mirarla y se gira. La marea se las lleva, se integran en el grupo de al lado. Las recién casadas bailan en el medio, la gente jalea, alguien ha perdido un zapato.

Ruth está apoyada contra una columna, tiene los ojos cerrados, la morena de antes le está comiendo el cuello.

El suelo retumba, el aire tiembla, Noa y Violeta dan vueltas delante de su cara, "vete de aquí", el pulso se pone violento, "déjame en paz", quiere gritarle, "me estás jodiendo el plan".

Aire, aire. Un poco de aire no estaría mal. La llave de la habitación, ¿la lleva encima? Sí. Pues márchate de aquí antes de que el suelo de la pista de baile se abra y te hunda.

Capítulo 15. Noa

Todavía está ideando la trampa en su cabeza cuando la ve, en el rellano del hotel, con Ruth, a punto de salir por una de las puertas laterales.

Se frena en la escalera, mirándola. Se queda ahí paralizada, con las gafas de sol puestas para que nadie note cómo la mira. Como si eso fuera suficiente protección. Como si las gafas pudieran esconder todo lo que siente.

Lleva un vestido azul marino largo, imposible, pegado a todas sus curvas. Un collar y pulseras en color cobre, perfecto contraste con la piel morena, esa que siempre le sabía un poco a especias. El pelo largo, suelto. Una versión irreal, incomprensible, arrebatadora de Alba.

Desde aquí no puede verla bien. Lo único que se le ocurre es alzar la cámara, hacer zoom, tragar saliva y luego capturarla, tratar de apresar su imagen como preludio de lo que intenta hacer esta noche.

Tiene la extraña ilusión de que, si consigue atraparla en una foto, podrá atraparla también fuera de ella.

La retrata riendo, un poco inclinada hacia delante, la vena marcada, los ojos levemente guiñados, los labios retraídos, perfectos.

Le tiemblan las manos cuando cree reconocer la foto número veinticuatro en esa imagen.

Cuando levanta la vista ya se han ido, y Noa tiene que calmarse.

Abajo se encuentra con gente que conoce, otras amigas de Mía y Laura. Reconoce, sonríe, saluda, habla, aunque está a kilómetros de allí. Mónica, buena amiga y compañera de habitación, le echa una mirada interrogativa de vez en cuando. Es la única que sabe lo que está pasando aquí en realidad.

Mía, Laura, os deseo que seáis muy felices, de verdad. Pero no me importa vuestra boda. Yo solo he venido a recuperar a una chica.

Durante la ceremonia se mueve por aquí y por allá haciendo fotos. No es la fotógrafa contratada, pero le prometió a Laura regalarle unas cuantas fotos de las suyas, una mirada distinta a la oficial. Intenta no mirar mucho a la zona donde están Alba y Ruth, primero porque se muere, segundo porque no quiere ponerse en evidencia tan rápido.

Aun así, le hace un par de robados. Está seria, preciosa. Y diría que nerviosa, también.

Se pregunta qué sentirá al verla a ella allí. Si sentirá algo.

Pasa el resto del rito ensayando en su cabeza cómo la va a abordar, qué le va a decir. Su plan es simple. Intentar hablar con ella, como sea. Decirle cuatro cosas bien dichas, las que ella necesita decir, o las que piensa que ella necesita escuchar, ya verá. Luego llevársela a la habitación, estrecharla entre sus brazos, besarla y comérsela en todas las posturas posibles hasta que no pueda más y le pida que pare. Luego dormirán juntas, pegadísimas, como apenas han hecho en todos los meses que estuvieron juntas sin llegar a estarlo.

Un plan con altísimas probabilidades de torcerse. Pero tiene que intentarlo. Es aquí o nada. Última oportunidad, Noa.

Cuando están saliendo le llegan un par de fotos de Lúa. Se la ha dejado a una vecina con la que de vez en cuando intercambia cuidados de perros. Sonríe. Luego se mete un chicle en la boca a ver si templa los nervios; siente como pequeñas chispas de electricidad en la punta de los dedos de la excitación que tiene.

Hoy va a pasar algo. Tiene que pasar algo.

Atenta como está a cualquier oportunidad, sigue de lejos a Alba. En cuanto ve que se escapa de Ruth para ir, probablemente, al baño, sale corriendo. ¿Ahora? ¿Podría ser ahora? No puede esperar mucho, como se despiste se acaba la boda y adiós.

Recorre la pradera hacia el cuarto de baño. ¿Mejor pillarla dentro o fuera? Da igual. Piensa cómo arrancar. Es que se le da fatal ordenar las palabras en su boca. En la mente más o menos todo va

bien, pero luego en la vida real es como que todo se desordena y se atasca. Ella solo sabe hacer fotos, esa es la verdad.

¿Podemos hablar cinco minutos? Sí, eso está bien. Porque cinco minutos tendrá, ¿no? No hace falta ahora, puede ser luego, esta noche, mañana por la mañana. Cuando ella quiera.

Pero por favor. Cinco minutos, solo cinco minutos.

En eso está cuando llega a la altura de la puerta, la abre y se encuentra con Alba, a punto de salir con tal ímpetu que casi se chocan.

—Alba —musita.

Se quita las gafas, necesita mirarla bien, ese rostro de líneas perfectas, esos brazos lánguidos con las venas marcadas que le volvían loca.

—Hola —no suena muy entusiasmada.

Noa abre la boca para lanzar su microscópico pero trascendental discurso, recuerda, "¿podemos hablar cinco minutos?", fácil, vamos, va, dale ya. Pero cuando va a empezar, Alba ya se ha ido y la deja ahí, con el corazón latiéndole en el puño.

Mierda.

Aprovecha que está en el baño para serenarse. Cuando vuelve a la pradera, se mezcla con la gente, risas, qué tal Lúa, qué tal el trabajo, qué tal tú, cuándo expones, dónde iréis de vacaciones este año, qué boda tan bonita, tenemos que vernos más, conoces este nuevo restaurante, vas a este concierto, etcétera, etcétera. Pero, de verdad, que es que no le interesa nada de lo que está pasando allí.

Hay un punto allí, la chica esa de azul, ¿la ves? La que evita mirarme todo el tiempo, esa, sí. Es el puto planeta solar, todo gravita en torno a ella. Su campo magnético la tiene atrapada y la fuerza de la gravedad le lleva de bruces contra ella. Todos los demás son asteroides, desechos espaciales, lunas menores interponiéndose en su camino en la Vía Láctea.

Quiere que todo el mundo se vaya, se apaguen las luces, y quedarse a solas con Alba.

En cuanto puede, se escapa a dejar la cámara en la habitación. Ruth se ha chivado su número de habitación y aprovecha para pasar por delante. Solo por si acaso. Por si ella ha subido a cargar el móvil,

a por un chal o a retocarse el maquillaje o lo que sea, joder. Ahora mismo le sirve cualquier rendija de oportunidad, por mínima que sea.

Cuando vuelve, ya está todo el mundo sentado. Qué bien. La hora de la cena, ningún avance.

Se toca el pelo como mil veces, nerviosa. Da la casualidad de que tiene a Alba a la vista y la cabrona no la mira ni una vez. O sea, no es que haya pasado página, es que parece haberla arrancado y haberla quemado, directamente.

La ve reírse. La ve hablar animadamente. La vena marcada, cuando se ríe, la destroza. Si sigue mirándola se vuelve loca y ya está. No comprende esta fijación que le ha dado. Debía estar muy arraigada dentro de ella y no se dio cuenta a tiempo.

Exhala, mirándola fijamente mientras alguien le pide consejo sobre qué cámara digital tiene la mejor relación calidad-precio. Ya ni se esfuerza en esconder la mirada.

La cosa empeora por momentos.

La boda sigue su curso y el río de gente se desplaza hacia la pista de baile. Empieza a sonar una alerta roja, un tic-tac en su interior, al tiempo que pierde los nervios. Arrastra a su grupo al lado del lugar donde están Alba, Ruth y otra panda de tías que no conoce de nada.

A estas alturas de la noche, su plan es cercarla, asfixiarla hasta que no tenga más remedio que mirarla. Hay un montón de gente alrededor que le agobia, pero tiene que mantener el tipo, a pesar de que lo único que quiere es cogerla de la mano y llevársela muy lejos de allí, a un sitio donde nadie las escuche.

Quiere que ella oiga lo que tiene que decir, y luego quiere que le coja la cara y la bese, le diga que no puede vivir sin ella, y que llevaba semanas deseando escuchar esas disculpas de su boca para poder perdonarla.

¿Es realista esto, acaso?

Se le hace un nudo en el estómago. Respira hondo.

"Puedes hacer esto. Solo tienes que hablar con ella."

A este paso, nunca lo sabrá.

Bailan, bailan, bailan. Apenas ha bebido, no le entra nada y no quiere cagar su discurso por culpa del alcohol. Y, aun así, la sala

entera le da vueltas. Cuando ve que la chica que no para de rondar a Alba se acerca a ella, y venga y venga y venga, no para, la toca la cintura, ve cómo le susurra al oído, ya ahí siente directamente las náuseas, la falta de aire.

O sea, si se besan allí mismo, si esa chica la besa, o Alba besa a esa chica, o se van juntas, Noa explotará allí mismo.

No no no. Eso no puede pasar. Todo va muy mal ahora mismo. La situación la destroza de la peor manera posible. La vuelve torpe, indigna, asquerosa. Pero ya a estas alturas le da igual. Está a punto de rematarla un *game over*, tiene que arriesgar.

Así que decide meterse en medio.

Eres patética, tía. ¿Esto es lo mejor que sabes hacer por amor?

Ya lo ha dicho, ahora mismo le da todo igual.

Coge una copa de la barra y, sin mediar palabra, ya sin nervios incluso, con algo parecido a la rabia por culpa del fracaso anticipado, se la pone a Alba en la mano.

—No estás bebiendo nada.

Ella la mira con algo que podría, perfectamente, ser odio, y deja la copa en la mesa.

—No quiero beber.

Noa parpadea, se repone rápido, y se gira para hablar con la tía que da vueltas a su alrededor. Esto se le da bien. Distraer. Intervenir el momento. Dejar a la otra colgada con una sonrisa en los labios. En cuanto ve que ha roto el sortilegio entre las dos se gira de nuevo a Alba, que tiene la mirada perdida. Todo está sucediendo tan rápido que no le da tiempo a calibrar el desastre.

—Creo que voy a salir un rato fuera —le susurra al oído.

—Ajá.

—¿Me acompañas? —y ahora sí, suena absolutamente desesperada. Porque lo está.

—Estoy bien aquí —responde.

El aire es denso, el pulso es obvio. Están a punto de colapsar las dos. Noa de tirarse a sus pies, Alba quizá de cruzarle la cara con la mano, besarla apasionadamente, o morderla y arrancarle un trozo de piel.

Respira, respira, respira.

Se le escapa. Alba se le escapa, hostia. Es un muro infranqueable. No hay manera de llegar hasta ella. ¿Tanto daño le ha hecho, como para que sea completamente imposible mantener una maldita conversación?

No puede más. La frustración le araña la tripa, los ojos le empiezan a picar, el cráneo le arde.

Alguien le toca el hombro.

—¿Qué?

Otra vez esa chica, pobre, lo siento, es que en realidad no estoy disponible, y la chica de ahí, la del vestido azul, tampoco. No es por ti. Es una cosa nuestra, ¿sabes?

Cuando se gira, llega el desastre completo. Alba coge sus cosas y se marcha de allí.

Probablemente para siempre.

Adiós.

Noa frunce el ceño, se muerde las uñas, piensa rápido qué hacer. Todo a su alrededor da vueltas, como en un videoclip de mierda. Toma la decisión, la única que puede tomar, sabiendo que es mala.

Corre hacia Ruth, que se come la boca con una. La interrumpe lo más sutil que puede.

—Ruth, déjame tu llave un momento, por favor. Te la devuelvo ahora en un rato.

—¿Qué?

Ruth sale un momento del trance en el que está, la mira sin comprender.

—La llave de la habitación, que tengo que coger una cosa.

La mira sin saber muy bien a qué se refiere o qué pretende, pero se lo está pasando bien y quiere quitarse a Noa de encima lo antes posible.

—Está aquí, en la funda de mi móvil.

Se la da a Noa, que la rescata del tarjetero que lleva pegado.

—Toma, te dejo la mía mientras, por si la necesitas, ¿vale? ¿Ves? —señala—, aquí está el número de habitación.

Ruth va a decir algo más, pero su amante esta noche vuelve a la carga contra su cuerpo y se olvida de Noa, que ya corre para salir de

la sala y emprender el camino hacia la habitación cuya tarjeta le quema los dedos.

Capítulo 16. Alba

Alba se siente anestesiada de cansancio. El silencio de la habitación contrasta con el torbellino de emociones que tiene dentro. Demasiadas imágenes afiladas pinchándole dentro. La imagen de Noa con la rubia le ha terminado de rematar. Está tentada de coger el coche a estas horas y largarse ya de aquí.

Está quitándose un pendiente, preguntándose cómo va a conseguir dormir, cuando escucha dos golpes suaves en la puerta.

¿Ruth, ya? Parecía completamente entregada a la causa. Quizá se ha preocupado por ella. Mierda. No quería fastidiarle el plan.

—Pasa.

La puerta se abre con un chasquido.

—Espero no haberte estropeado el plan —dice, mirándose en el espejo que preside la habitación.

Pero Ruth no dice nada. Nadie dice nada.

Cuando se gira, extrañada, la visión de Noa apoyada contra la puerta mirándola fijamente le corta la respiración.

Alba devuelve la mirada al espejo y empieza a quitarse el otro pendiente. No puede pensar con claridad; una especie de catarata ha empezado a vertirse dentro de ella y amenaza con ahogarla.

Noa sigue ahí, inmóvil. Esperando, supone, a que le diga que pase o que se vaya. Como no es capaz de decidir qué es lo que quiere, se pone a la defensiva. Como todo este tiempo.

—¿Puedo pasar? —pregunta, por fin.

—¿Ya te has aburrido de la rubia? —pregunta, ácida.

Noa se toma su pregunta como una invitación y empieza a acercarse, a moverse por la habitación. Cuanto más se acerca, más le cuesta respirar. No quiere ni mirarla.

—¿Quién? —responde—. Solo te he estado mirando a ti.

Alba suelta un resoplido que trataba de ser una risa irónica pero se queda a mitad de camino. No sabe si le sale de burla o de pena.

—Es verdad —insiste Noa.

—Ya —Alba deja el otro pendiente sobre la mesa y se queda de frente al espejo. Desde allí puede mirar a Noa, le aguanta la mirada al tiempo que le da la espalda, protegida—. ¿Vas a seguir jodiéndome o me vas a dejar ir de una vez?

—Solo te pedí hablar.

—Ya me pediste disculpas.

—No es solo eso.

—¿Y qué es?

¿Qué quieres, Alba? Quiere que se vaya y desaparezca para siempre, y a la vez quiere que se rinda delante de ella, que se arrastre un rato, joder.

Noa comienza a acercarse. Más.

—Me cuesta hablar. Y es menos fácil si estás así.

—Así cómo.

—Tan enfadada, tan a la defensiva.

—Y cómo quieres que esté.

—Como eres tú en realidad. Abierta, sensible, receptiva. Dispuesta a escuchar.

—Tuviste seis meses para decirme las cosas.

En el espejo, Noa está seria. Le tiembla levemente el labio.

—Entonces no podía decírtelas. Ahora sí.

—Igual es tarde.

Noa está casi detrás suya. No puede aguantar más de espaldas. Se gira, sabiendo que es probable que se desmorone delante de ella.

Porque Noa está más salvaje, atractiva, brutal que nunca. Con esa mirada afilada. Ni rastro de su típica sonrisa. Está seria, agitada.

—Son demasiadas cosas y no sé por dónde empezar.

Un paso hacia ella, otro. Alba traga saliva.

—Preferiría enseñártelo, si me dejas.

Un segundo, dos, tres. Alba nota cómo su cuerpo y su mente se doblan y ceden ante el peso del deseo contenido, el recuerdo, las malditas ganas que ahora mismo no consigue aguantar. ¿Y qué si pasa una vez, esta vez? ¿Mañana dolerá más? No lo cree.

Está segura de que Noa va a besarla y se da cuenta en ese preciso momento de que no va a tratar de impedírselo. Le están quemando los labios sin que pueda contenerlos. Los abre un poco, esperando a que…

Alba no se aparta cuando Noa la empuja contra la pared y un segundo después le sube el vestido por encima de las caderas, sus manos en la piel de la cintura dibujando unas caricias que la destrozan. Alba se queda completamente electrificada en el sitio, anclada al suelo, sobrecargada. Ha perdido el control de sus músculos, no se puede mover. No siente la respiración, ni el pulso. El mundo se ha vuelto líquido de repente.

Dios. Qué es esto.

Echa el cuello para atrás, apoya la cabeza contra la pared. Gime casi sin querer y Noa aprovecha que tiene el cuello a la vista para echarse sobre él y recorrerlo lentamente, arrastrando la lengua. Con un deseo tan intenso que la piel de Alba se eriza entera, de arriba a abajo.

Se queda definitivamente sin respiración cuando Noa juega con el elástico de sus bragas; acaba bajándolas y se deshace de ellas, dejándolas caer al suelo.

Ahí sabe que está completamente rendida.

Noa la mira fijamente a los ojos. Sus iris le marean. Luego vuelve a la carga: juega a besarla sin besarla, los labios sobre su cara, sus mejillas, el cuello, rozándola suavemente pero con una intensidad que la desborda.

—No imaginas cuánto te deseo, Alba —susurra contra su boca—. No consigo sacarte de mi cabeza. Ni quiero.

Se siente morir allí mismo. Necesitada de salir corriendo y de quedarse al mismo tiempo.

Sus manos cogen la cara de Noa con la intención de apartarla, pero su cuerpo la traiciona y la acerca más hacia sí, aferrándose a su cuello, fundiéndose en un abrazo, estampando sus labios contra los suyos en un contacto que pone todo su cuerpo a reverberar, como si hubieran golpeado un gong gigante.

Jamás se han besado así. Besos lentos, perezosos, empujando las lenguas, cada roce electrocutándole el cuerpo entero, sintiendo cada

milímetro de tejido y textura.

Todo el deseo retenido, todo el dolor, el querer y el daño de estos meses atrás se concentran en ese momento específico y la incendian.

Noa sigue sujetando su vestido por las costillas, pero consigue agarrarlo con una sola mano y con la otra dibuja una caricia lenta que empieza en la parte baja de su espalda, se da un paseo por su culo, por qué la tortura así, y acaba en un movimiento sutil, mínimo, sobre el punto exacto de su entrepierna.

Solo ese contacto le desploma por dentro y dispara un calor que no sabía que podía llegar a sentir. La zona le empieza a arder, la temperatura de su cuerpo sube al punto de fisión.

Necesita liberar esta energía, así que imprime a sus besos más hambre, más fuerza, más ritmo. Noa la sigue, empiezan a coger una velocidad que las empuja al choque, les arranca gemidos, las enferma, mientras la roza, la roza, la roza... a la misma velocidad que...

Ya no pueden esperar más.

—Hazlo ya —le susurra al oído.

Noa quita la mano de su entrepierna, se libera de su abrazo, de la trampa que es su boca, y le arranca el vestido tirando de él para sacarlo por su cabeza. Después la coge de las muñecas, la gira y prácticamente la lanza sobre la cama.

Desde allí, mientras trata de calmar esa especie de animal salvaje que se le revuelve por dentro sin conseguirlo, ve como Noa se desnuda entera en cuestión de segundos. Su cuerpo emerge, colosal, pletórico, y Alba solo puede contener la respiración, tragada por la ansiedad, preparada para lo que viene. Solo la anticipación ya la tiene en un estado insoportable.

Se le escapa un gemido cuando Noa se extiende sobre ella, la aprisiona con las piernas, la doblega. En este momento es completamente suya. Ella la coge de las muñecas y le coloca los brazos por encima de la cabeza, reteniéndola allí, mientras comienza a mover las caderas sobre ella con un ritmo extremo, imposible.

Jamás la ha visto así.

—Siento hacerte esto, justo cuando estabas intentando olvidarte de mí —le susurra entre gemidos cortos, mirándola desde arriba—. Pero es que necesito hacerte esto, necesito hacértelo, Alba.

La fricción de sus cuerpos empieza a llevar a Noa al desastre y a Alba a la destrucción. Ya no sujeta sus manos, ahora las tiene colocadas sobre sus pechos, Alba sobre los suyos. Noa gime estirada sobre ella, con la cabeza vencida hacia atrás, mientras Alba no deja de mirarla, hipnotizada, tremendamente excitada.

Noa consigue parar y vuelve a inclinarse sobre ella, que la recibe y la retiene entre sus brazos. No tiene ni puta idea de lo que está haciendo, Alba perdió el control hace rato y ya solo existe su cuerpo en combinación con el de Noa. Solo responde a los estímulos, se mueve por intuición; las órdenes de la cabeza no le llegan.

Otra vez Noa encima de ella, pegada, piel caliente contra piel caliente, el roce de su aliento en la oreja:

—Déjame follarte —le pide en susurros—. Déjame que te enseñe lo que tengo dentro, lo que me pasa contigo, lo que siento por ti.

Alba no entiende nada, no sabe quién es esa persona que tiene encima. De lo único de lo que tiene certeza es de que se ha entregado a ella sin contemplaciones. Es la primera vez en meses que se siente actuando en completa libertad, sin ataduras, sin frenos, sin contención.

Sin miedo.

Quizá solo sea un espejismo o dure segundos, pero Alba se aferra a ello como si le fuera la vida.

—Agárrate fuerte a mí —le pide Noa.

Alba se sujeta con fuerza a sus caderas, tanta que cree que le dejará los dedos marcados. Noa le introduce dos dedos, coloca el pulgar sobre su clítoris, y comienza ese baile dulce al principio, que poco a poco empieza a coger una cadencia rápida, que poco a poco se transforma en un ritmo feroz. Noa lo acompaña empujando con todo su cuerpo. Están frenéticas, las dos, gimen sin importar si alguien las oye, si se escuchan a sí mismas.

Se miran directamente a los ojos, ya sin pudor, sin vergüenza de ningún tipo. Una intimidad que nunca han tenido.

Alba lo soporta a duras penas, no sabía, no sabía que podía acumular esa radiación ahí abajo. Quema, joder, quema quema quema quema.

Noa se va primero, algo que nunca sucede. El gemido que lanza, el roce insoportable de sus dedos y su cuerpo, el crujido del colchón, todo arrastra a Alba hasta que se parte en un grito estrangulado, su cuerpo troceado en espasmos incontrolables. Se deshace sujeta por los brazos de Noa, que la sostienen firmes, fuertes, que aprietan en forma de abrazo.

Durante unos segundos Alba trata de recuperar la respiración, la lucidez, algo de su independencia.

—Joder —le susurra Noa al oído—, ha sido precioso.

Sus palabras le cambian todo de sitio por dentro, la descolocan entera. Ya no sabe dónde está nada, todo está desordenado.

Siente que algo se ha recolocado entre las dos y, a la vez, todo ha perdido su eje entre ellas.

Noa le busca los labios, ahora suave. Los recorre con la lengua, lame con cuidado. Luego sigue bajando, no tiene intención de parar. Alba, inmóvil, aguanta las embestidas de sus besos por todo su cuerpo, está cubriendo cada milímetro, dejando un camino completo de caricias a base de labios fruncidos y saliva.

—Perdóname, por favor —susurra Noa, mientras la devora a besos, sujetándola como si el cuerpo de Alba no pesara nada—. Déjame intentarlo otra vez, déjame intentarlo…

Todo se empieza a torcer a partir de ahí. En el momento en que Alba recupera la respiración y la conciencia. No lo puede evitar: todos los pensamientos oscuros que lleva acumulados desde hace meses deciden hacer acto de presencia al mismo tiempo y la sepultan, mientras Noa, ajena completamente a lo que le pasa por dentro, continúa sin cesar el recorrido por su piel.

Nota la ternura de sus dedos trabajando sobre ella mientras su cabeza se va. Porque no me lo has hecho así en la puta vida, piensa. ¿Así es como se lo haces a todas? A mí no, porque no te gustaba. Estabas conmigo por estar. Para tener algo que hacer los martes y los jueves, claro. Así se lo has hecho a Violeta, ¿no? Es todo mentira. Lo haces igual con todas. ¿Cuántas veces lo hiciste con Violeta

estando conmigo, eh? ¿Y con otras? Seguro que estuviste con más. Los lunes, los miércoles, los viernes. Los fines de semana que no coincidíamos. Éramos libres, ¿no? Cero compromiso.

Me usas a tu antojo. Me manipulas porque sabes que te deseo, que siento algo muy fuerte por ti. Me mueves como quieres. Me tienes harta.

Su piel dice quédate. Su lengua quiere mantenerse pegada a Noa.

Pero la cabeza le grita que corra. No más martes y jueves. No más distancia impuesta. No más incertidumbre. Otra vez no.

Su cuerpo ha ido tan rápido que apenas le alcanzaba, pero esta vez Alba consigue apresarlo. Se revuelve, trata de liberarse de su abrazo, de su cuerpo, empujándola.

Noa se frena.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que te haga otra cosa? —Le pasa un dedo por el medio del abdomen, recorriéndolo con suavidad—. Hacemos lo que tú quieras.

Pero Alba ya escapa de su abrazo, se escurre por el lado de la cama, se pone en pie.

—Lo… lo siento —titubea—. No puedo.

No le va a dar ninguna explicación, porque la única que hay es que le acaba de entrar el pánico, que no se la cree, que todo esto no ha sido nada en realidad. Una función, la actuación estelar de una Noa que no quiere dejarla ir, que juega con Alba a lo mismo que probablemente hace Violeta con ella.

—¿Te vas? —La voz de Noa tiene ahora un matiz parecido al horror.

—Sí.

Alba corre. Necesita salir de allí o se ahoga. Todavía tiene el cuerpo latiendo de una manera que no conocía y si se queda se deja del todo y se pierde. Si esa chica de ahí vuelve a hundirle la lengua como lo ha hecho hace un momento, no habrá vuelta atrás. Tiene la maleta medio hecha, ni siquiera se ha molestado en deshacerla, así que rebusca rápidamente entre las cuatro cosas que ha traído y se pone unas bragas, un pantalón de chándal y una sudadera.

Noa la mira desde la cama.

—Pero Alba, espera —suplica, desesperada—. Espera, por favor. No te vayas así, dime qué te pasa.

Se acerca hacia ella desde la cama, trata de cogerla una mano, pero Alba se la niega con fuerza.

—No, por favor —le pide, dándole la espalda.

Si la mira o si la toca entonces a lo mejor no… no… Es que no puede. Noa la va a destrozar. Lo sabe perfectamente. Puede acabar con ella con solo…

Huye de ella. Se va corriendo al baño, guarda en el neceser todo lo que encuentra por allí tirado. De camino a la maleta recoge el vestido del suelo, un vestido precioso que ahora le da pena, viéndolo allí tirado de cualquier manera, arrancado de un lugar del que no tenía que haber salido.

Lo guarda todo mientras escucha el silencio agitado de Noa detrás suya. Está tratando de decir algo y no sabe qué; lo nota en la manera en que respira, rápida, angustiada.

—No me hagas esto —es lo único que dice al final, con un hilo de voz.

Alba cierra la maleta, se calza las zapatillas, se pone el abrigo y se gira para irse.

Noa sigue desnuda, ahora de pie, bloqueándole el camino. Sus miradas se encuentran un momento. Lo que ve en el rostro de Noa es angustia pura. Pánico.

Pero Alba no se detiene. Ella también tiene su propio pánico.

—Déjame pasar, por favor —le pide. Sin gritos, sin nervios. Tono reposado, como un trámite administrativo, que es lo que necesita ahora.

Ve perfectamente cómo tiemblan los labios de Noa, la oscuridad de sus ojos. Una lágrima se le escapa mejilla abajo.

Se aparta.

Alba arrastra la maleta, coge el bolso, se marcha sin mirar atrás. El ruido de la puerta al cerrarse la devuelve por fin al plano de la realidad. Baja corriendo las escaleras, atraviesa la recepción y sale al aparcamiento.

Ahí detrás se escucha la fiesta a plena potencia. Música, gritos, gente pasándoselo bien, uh uh, es todo super divertido allí dentro.

Busca su coche y echa la maleta atrás. Todo ejecutado con la precisión de un autómata.

Entra en el coche, enciende el motor, pone la calefacción porque ahora mismo siente el cuerpo helado. Saca el móvil con las manos temblorosas, las contiene como puede, lo justo para dejar un mensaje a Ruth: “Me he ido”.

Luego suelta el móvil, apoya los brazos sobre el volante y rompe a llorar.

Un llanto fuerte, atroz, incontenible. Un puto torrente desesperado. Todas las lágrimas que lleva semanas, quizá meses reteniendo, empujando por salir al mismo tiempo. Se tapa la cara con las manos, unas manos que aún guardan la forma y el tacto de Noa en ellas.

El cuerpo tiene memoria.

Alba asume que ha tocado fondo, por fin. Tenía que pasar. Y pasó.

Por un momento, cree que Noa vendrá corriendo a por ella. También que su propio cuerpo la traicionará, saldrá del coche y subirá a lanzarse a sus brazos, pedirle que la folle así durante toda la noche, recuperar el tiempo perdido.

Nada de eso sucede.

Todavía tarda un buen rato en recuperarse lo justo como para poder conducir de vuelta a casa.

Capítulo 17. Noa

Noa está paseando a Lúa. Al fondo del parque está Alba. Les hace un gesto con la mano, viene hacia ellas. Han quedado aquí y luego se van de viaje las tres, a una playa. En cuanto terminen el paseo se van. Pero el paseo no acaba nunca, y encima ahora hay una obra en medio de la calle que no les deja pasar. Suenan martillazos, es muy desagradable. Noa se gira hacia Alba para decirle "no te preocupes, encontraré una solución para pasar, a la playa llegamos". Pero ahora Alba no está por ninguna parte. ¿Cómo es posible? Si estaba a su lado, hace un momento.

"Alba", grita, "¡Alba!".

Lúa ladra en plan pesada y el martillo es cada vez más insistente. Termina transformándose en unos golpes fuertes en la puerta que acaban por despertarle.

Noa se levanta.

—Ya voy.

Se da cuenta de que va desnuda. Lo anuncia a quien quiera que sea:

—Estoy desnuda.

—Vale.

Esa voz suena como la de Ruth. Poco a poco vuelve en sí. Alba. Su cuerpo. Ellas. Luego Alba yéndose.

Se ha pasado como tres horas llorando en la cama, completamente devastada. Mirando el móvil todo el tiempo, esperando a que Alba volviera.

Por favor, vuelve, ven. Estoy aquí, esperándote. Sigo desnuda, pero me visto si prefieres. Abre la puerta, quítate la ropa, siéntate a horcajadas encima de mí. Hacemos lo que tú quieras, como tú quieras.

Pero Alba no escribió, ni volvió. Y el nudo que tiene en el pecho pesa lo mismo que su cuerpo.

—Tú, qué mala cara tienes —confiesa Ruth nada más verla.

Noa la deja pasar, cierra la puerta y vuelve a meterse en la cama. Se tapa hasta arriba, cabeza incluida, y se queda allí metida. Le han vuelto las lágrimas. No quiere que Ruth la vea así.

—Sé que estás llorando —la oye moverse por la habitación, el frúfrú de la ropa, probablemente quitándose el vestido—. El edredón se mueve arriba y abajo. Así que deja de disimular y plántame cara.

En medio de sus lágrimas, Noa no puede evitar soltar una risa estúpida, aunque se resiste. Se destapa y descubre a Ruth borrosa por las lágrimas, en ropa interior, yendo hacia ella, sentándose a su lado.

—Toma, tu tarjeta —suelta el plástico blanco sobre la mesilla de noche, al lado de la otra.

—Gracias. No fui a buscarte porque no quería molestarte más —confiesa Noa entre lágrimas.

—La verdad es que estaba bastante ocupada.

—¿Qué tal con la tía esa?

—Muy bien, divertido, sin más —Ruth hace una pequeña pausa, suspira—. ¿Y qué tal tú con la tía esta? La que dormía en la habitación de la llave que me pediste vilmente.

A Noa no dejan de bajarle las lágrimas. Dios mío. Apenas recuerda la última vez que lloró así. Necesita urgentemente una pastilla que le corte el llanto.

—Mal —le tiembla la voz—. Fatal. Se fue.

Ruth exhala. Luego le pasa los dedos por el pelo en un gesto cariñoso.

—A ver. Ya sé que se fue. Tenía un mensaje suyo, lo vi hace un rato. He intentado llamarla pero no me lo coge el teléfono. —El llanto de Noa arrecia más fuerte.

—No sé, no sé qué pasó. Lo he terminado de destrozar, supongo.

—Mira, me doy una ducha y tú mientras te tranquilizas un poco. ¿Cuando vuelva me explicas bien lo que ha sucedido?

—Vale.

El sonido del agua y de Ruth canturreando en la ducha la relajan un poco. Canta fatal. Seguramente lo está haciendo a propósito para que se ría. Y lo consigue, tía, qué gallos.

Pero luego le vuelve la imagen de Alba y se jode todo. Recoge su ropa para vestirse e irse a su habitación en cuanto salga Ruth. En esas, descubre las bragas de Alba, tiradas en el punto donde le quitó el vestido. Solo recordar la imagen, la sensación, le lanza un escalofrío por todo el cuerpo. Luego recuerda cómo acabó todo y le sobreviene de nuevo una sensación gélida que anula cualquier amago de calor reviviendo la noche pasada.

Qué puto desastre.

Se acercó demasiado al sol y acabó quemándose.

¿En qué momento se vino todo abajo? Dios, estaba sintiéndola como nunca. A ella, a sí misma. No le resulta tan fácil conectar con gente, pero anoche estuvo completamente presente. Todo implosionó entre las dos, de una forma brutal, feroz. Fue perfecto, real.

Y ahora nada.

Justo cuando Noa empezaba a entender sus emociones, qué es lo que le está pasando. Lo que no ha querido ver durante meses porque por lo visto estaba mirando en la dirección equivocada.

La Noa de antes quizá hubiera aprovechado para recoger las bragas y llevarlas de vuelta. Aprovechar para poner un mensaje con la excusa de devolvérselas.

La Noa de ahora deja las bragas donde están y se viste. El espejo, efectivamente, le devuelve una imagen temible de sí misma. Está hecha pedazos.

Ruth sale envuelta en una toalla. Le da la espalda y se viste rápido con unos vaqueros y un jersey.

—A ver. ¿Estás mejor?

—No.

—Vale, pero al menos puedes hablar. ¿Quieres hablar?

Noa se apoya en la mesa que hay delante del espejo y se encoge de hombros.

—Alba se ha dejado los pendientes —señala.

—Ya se los doy yo. ¿Hablasteis?

—A ver, uhm. No exactamente.

—¿Qué significa "no exactamente" hablando de hablar?

Ruth se tumba en la cama de la que acaba de salir Noa para escucharla. Mejor ahí. La otra cama es la que está completamente deshecha y energéticamente destruida.

—Si te refieres a hablar en plan dos personas tomando el té, diciendo una frase una y luego la otra, no, no hablamos.

—Vale, bueno, eso que dices quizá es conversar. Pero algo hablaríais.

—Es que no me quiere escuchar, Ruth, de verdad. Es frustrante.

—¿Pero entonces qué hicisteis? ¿Discutisteis?

Noa mide bien sus palabras antes de hablar.

—Hicimos el amor —dice, con un suspiro derrotado, las costillas doliéndole como nunca por culpa del plomo que tiene alojado en el pecho.

Ruth tarda unos cuantos segundos en contestar.

—Has dicho hacer el amor —constata.

—Sí.

—No follar.

—Eso he dicho.

Otra pausa larga.

—Vale. Estás peor de lo que pensaba. ¿Y…? ¿Luego?

—Fue la hostia, Ruth. Y te juro que ella estaba igual que yo. Las dos entregadas, conscientes. Pero luego se rayó y salió corriendo. Me dejó aquí plantada sin ninguna explicación.

Las lágrimas le vuelven a empujar los ojos, pero consigue mantenerlas sujetas, al menos hasta que acabe la conversación con Ruth.

—Madre mía. Vale vale vale, a ver —Ruth se pone los dedos sobre las sienes, intentando procesar—. Perdona, es que estoy lenta, no he dormido nada y aquí hay mucho que pensar.

—Da igual —se precipita Noa, otra vez entre lágrimas—, no hay nada que hacer. Es desesperante. O sea, te juro que anoche le di todo lo que soy, todo lo que siento por ella… Pero todo me sale mal con Alba. Cada cosa que hago sale peor que la anterior. Esto no puede ir a ningún sitio.

Acaba por deshacerse en llanto otra vez. Ruth se levanta, va hacia ella y la rodea con sus brazos, intentando consolarla.

—Eh eh, oye, tranquila. Tú has intentado hacerlo lo mejor que has podido cuando has podido. Otra cosa es que no sea lo que Alba necesita o puede procesar, ¿vale?

—Ya. Y que no haya estado muy acertada, también. —Ruth deshace el abrazo para darle espacio y Noa se seca las lágrimas—. Pero creo que ya está. No hay más oportunidades. No puedo insistir más.

Ruth se queda un momento callada, mirándola. Como si pesase cada una de las palabras que vienen a continuación. Un momento después, por fin, se arranca:

—Mira, Noa. Alba es una de mis mejores amigas. Si fuera por lo que habéis tenido estos meses atrás y lo que pasó aquel sábado en el club, y por muy bien que tú me caigas, te habría dicho que te fueras a tomar por culo y punto —suspira—. Pero como creo que de verdad estás sintiendo algo fuerte por ella, aunque llegue un poco tarde, y como sigo pensando que a pesar de todo haríais una pareja fantástica… Y como creo que, en el fondo y a pesar de lo que diga, ella sigue también sintiendo algo contigo y hubiera deseado muy mucho que funcionara, te diré lo que pienso.

Noa se traga un momento las lágrimas y la mira con ansiedad, atenta. Si hay alguna mínima posibilidad, por pequeña que sea, quiere saberla. Le hace un gesto con la mano, invitándola a seguir.

—Vale, mira, creo que Alba se quedó muy jodida con lo vuestro. Ella estaba muy pillada, le encantabas, y Alba no es muy de rollos. Si le gusta una tía, lo intenta de verdad. Pero creo que el hecho de que tú no quisieras nada formal acabó coartándola, no la ha dejado ser ella misma, se ha venido abajo y se ha hecho daño a sí misma por elegir quedarse a tu lado. Si encima metes lo de Violeta en la ecuación… O sea, la has tenido durante meses de segundo plato. Y eso, francamente, es una putada.

Noa parpadea. ¿Segundo plato? Si siempre ha sido el primero, en realidad.

—Total, que todo esto yo creo que le ha causado una herida grande y mucha animadversión hacia ti. Lógico. Así que, dicho esto,

tú verás lo que haces. Estoy segura de que Alba acabará escuchándote: es su forma de ser, aunque ahora esté cerrada intentando protegerse. Pero si no eres capaz de generarle un poco de confianza, o darle un poco de compromiso, de seguridad emocional, no tienes nada que hacer. De hecho, yo misma te daré la patada en el culo y te diré que te busques a otra.

—Estoy dispuesta —se precipita. Por primera vez, siente un poco de confianza en la situación, un ligero optimismo. Si lo dice Ruth, quizá no todo esté absolutamente perdido.

—Vale, pero no me lo digas a mí, díselo a ella. Y esta conversación jamás ha tenido lugar, ¿vale? Yo no te he contado nada de esto. Ni me hago responsable de las decisiones de mi amiga.

Noa sonríe, se lanza a abrazar a Ruth y le da un beso en la mejilla.

—Tía, gracias por darme ánimos. Creo que me mandará a tomar por el culo igual, pero voy a hacer un último intento.

—No te pases con ella —la reprende—. Y no me toques sin duchar, cabrona, seguro que todavía apestas a sexo. Putas cerdas… Me habéis dejado la habitación hecha una pena.

Noa le da otro beso y sale corriendo a su habitación. Ni rastro de Mónica, es probable que esté desayunando ginebra todavía. ¿Qué hora es? Las ocho de la mañana. Ya tomará algo por el camino: quiere salir ya y recoger a Lúa cuanto antes.

Deshace el camino entero en hora y media, sumida en una sensación extraña donde se le mezclan las escenas de la noche anterior, la piel de Alba, sus ojos, su calor, el cariño y el deseo que también mostró, con la profunda amargura de su espantada. Repasa toda la escena, por si se ha dejado algo sin entender, si pudo hacer algo que descolocara a Alba, que la sentara específicamente mal. No termina de encontrarlo.

Luego recuerda la voz en su oído, "hazlo ya", y se le da la vuelta el cuerpo entero.

A las diez y media está recogiendo a Lúa, que le echa una mirada expectante.

—Lo siento chica, no ha salido bien —le dice Noa, agachándose a su altura y pegando la frente con la suya—. Pero a lo mejor todavía

podemos.

Se da un paso larguísimo con Lúa. Hace un extraño día de sol en la ciudad. Moriría por saber qué está haciendo Alba ahora mismo. Se muere de ganas de invitarla a pasear con ellas. Tocarle la mano, entrelazar los dedos suavemente, sostenerla así mientras recorren el parque. Luego besarla en un banco.

A las doce y media, descarga las fotos de la boda. Ya preparará las que le quiere regalar a Mía y Laura después. De momento, la que le interesa es la de Alba, la que le hizo desde la escalera.

La mira durante mucho tiempo en pantalla, analizando cada detalle del gesto. Es francamente hermosa.

Si me dejas, voy a hacer que te rías así conmigo.

¿Y si no? Y si no, pues nada. Sobrevivirá. Qué remedio. Pero prefiere sobrevivir con ella, si es posible.

A la una y cuarto, no puede más y coge el móvil. Abre el chat con Alba y le envía el único, el mejor mensaje que se le ocurre en ese momento.

Noa: Podemos empezar de cero?

Capítulo 18. Alba y Noa

Domingo, 13:15

Noa: Podemos empezar de cero?

Lunes, 21:06

Noa: Hola! Soy Noa, Ruth nos presentó ayer en el concierto. Me gustó mucho conocerte. ¿Te apetece que nos veamos otro día? Hay una expo a la que quiero ir esta semana.

Martes, 22:36

Noa: Vale, no hace falta que finjamos que no nos conocemos. Demasiado fingir, me temo. Supongo que es imposible borrar lo que ha pasado. Lo de "empezar de cero" era un decir, algo simbólico
Noa: Creo que no te llegan mis mensajes. Lo siento, de verdad, no quiero invadirte más. Pero necesito decirte algunas cosas y no encuentro la manera de hacerlo
Noa: Solo déjame decirlas, ok? Si me estás leyendo, no hace falta que respondas
Noa: Lo primero, quiero que sepas que mis disculpas son de verdad, son sinceras
Noa: Creo que te hice daño mientras estuvimos juntas, y no me di cuenta, o no lo pude ver, o no lo quise ver, o tú no me lo dijiste, o yo qué sé. Si volviera atrás lo haría de otra manera, seguro. Supongo que eso es arrepentirse
Noa: No digo que me perdones, eso lo decides tú. Pero creo que sí tengo derecho a pedírtelo al menos
Noa: Hoy es martes. Los martes siempre venías. Estoy echando de menos eso

Noa: Me acuerdo un día en que viniste muy cansada, me dijiste que podías irte y yo te dije que no, que te quedaras un rato
Noa: Creo que pensabas que solo te quería para follar. Entiendo que lo pensaras. Probablemente yo misma lo pensé. Creo que simplemente estaba cerrada en aquel momento
Noa: Siento que hemos estado desincronizadas todo el tiempo, incluso estas semanas atrás donde yo intentaba acercarme y tú te alejabas. Buscando cosas distintas, o viviéndolo todo desde un punto distinto
Noa: Esa noche al final te quedaste un rato, es verdad que estabas muy cansada, yo te lo notaba porque ya sabía leer tu cuerpo
Noa: Te acuerdas? Me tumbé en el sofá y te dije que te sentaras en medio. Te recostaste sobre mí y te estuve acariciando un rato los brazos. Te quedaste dormida como diez minutos
Noa: Si tuviera que elegir un momento para revivir otra vez, sería ese. Sin duda
Noa: Venga, me estoy liando, lo siento. Te dejo en paz

Martes, 23:45

Noa: Sé que no te vi bien mientras estuvimos juntas porque en ese momento pensaba que buscaba otra cosa. También sabes que estaba enredada con otra historia
Noa: Lo de Violeta fue solo un beso unos meses antes
Noa: Sabes estas historias de tías imbéciles que prefieren perseguir espejismos en lugar de salir con mujeres maravillosas y reales? Bueno, pues yo soy una de ésas
Noa: Solo quiero decirte que me pareces una persona excepcional, me he sentido muy cuidada y querida por ti todos y cada uno de los días que hemos estado juntas
Noa: Y lo que me duele ahora es no haberte dado más de mí, darte más de lo que creo que tú querías
Noa: Porque vale que teníamos un acuerdo y eso. Pero lo puse yo. Asumí aceptación en tu silencio. Pero nunca te pregunté qué pensabas o cómo te sentías

Noa: Así dicho parece que todo fue horrible, espero que también hubiera cosas buenas

Miércoles, 21:15

Noa: Ah, y quiero que sepas que mientras estuvimos juntas no pasó nada con Violeta ni con nadie más (y desde que ya no estamos, tampoco)
Noa: Me gustaría volver a intentarlo si tú también quieres, Alba
Noa: Ya no me da miedo reconocer que me gustas muchísimo. Hostia, tanto que duele
Noa: Puede que llegue tarde. Pero es real. Lo del otro día fue MUY real
Noa: Te echo de menos todos los días
Noa: Si me lees, si es posible, dime algo, por favor
Noa: Dime no y ya está

Capítulo 19. Alba

El domingo, después de llegar de la boda poco después de la madrugada, le duele todo. Cada vez que recuerda los ojos de Noa le vibra todo el cuerpo. Está tumbada encima de una camilla, "¡hay que operar a corazón abierto!", dicen los médicos que la llevan echando una carrera por el pasillo. Le castañean los dientes tanto con el traqueteo de las ruedas que no puede pensar.

Se pasa el día entero tumbada en el sofá. No responde a nadie. No abre ningún mensaje. Las notificaciones que llegan se quedan sin leer.

Aunque las ve todas.

El lunes llama al centro diciendo que está enferma, cosa que es cierta, según qué perspectiva de las ciencias de la salud se aplique. Le pide a Ana, la recepcionista, que le ayude a reagendar todas las citas de hoy y mañana. Eso es trabajo triple repartido en los siguientes días, pero lo prefiere a tener que arrastrarse hoy, la verdad.

Además tiene las manos blandas, sin fuerza. Incapaces de localizar ni un punto gatillo. El sentido del tacto se le quedó pegado a la piel de Noa y todavía no ha vuelto.

Ese mismo día empieza, por fin, una lenta reposición. Desde la vuelta en coche no lloró más, pero igualmente decide que se acabaron las lágrimas. Ya ha llorado mucho por esto, con y sin lágrimas. Fin.

El martes comienza a dar señales de vida en grupos. Ruth vuelve a llamarla. No se lo coge. Insiste por WhatsApp: está preocupada. Vente el jueves y hablamos, le propone Alba. Tengo mucho trabajo estos días, perdona.

El trabajo de mirarse a sí misma, que ya es.

El martes por la noche es complicado, pero a eso de la una de la mañana siente como si soltara algún lastre que llevaba tiempo aferrado a ella. Una pesa de varios kilos atada a la espalda. Su móvil ha estado muy activo esa noche, notificación tras notificación. Una frase, en concreto, le ha dejado completamente rota.

Pero rota bien. Por fin.

Igual está siendo generosa en sus juicios, pero por primera vez cree que hay algo de verdad en esas frases que escupe su móvil.

El miércoles va a trabajar. Se ríe con algunos pacientes. Recupera un par de sesiones perdidas. Empieza a sentir que la sangre vuelve a desplazarse por sus venas con el ritmo de siempre, aunque se le altera mucho el pulso cuando se le cruzan algunas imágenes del sábado. "Hazlo ya". El monitor pinchado a su corazón lanza pitidos para avisar de la emergencia.

Quizá le deba una disculpa. ¿Le debe una disculpa? La dejó tirada sin decir nada. Eso tiene que doler. Si se pone en situación, a ella probablemente le hubiera dolido.

¿Fue real lo que pasó? El móvil dice que sí. ¿Y ella, qué piensa? Todos esos pensamientos, oscuros… ¿eran de verdad? No lo sabe. No lo puede saber. Pero desgraciadamente todo la ha llevado a eso. Lo cual, intuitivamente, lo hace cierto. ¿Pero y si se equivoca? Podría ser pura paranoia. Miedo. Inseguridad ante una persona que, sin gestos explícitos, le hizo sentir inferior todo el tiempo.

Por la noche, su móvil comienza a sonar desesperado. Siendo sincera, Alba también empieza a estarlo.

El jueves Ruth llega con unas cervezas y un abrazo gigante.

—¿Pedimos chino? —sugiere.

—Mejor otra cosa —propone Alba. La verdad es que chino no le apetece mucho. Le trae recuerdos y… no.

Durante un rato hablan de chorradas. Luego Ruth le cuenta la escenita con la chica de la boda. Resulta que en el momento no parecía nada de nada, pero han quedado el fin de semana en plan cita. Podría ser algo, sí. Le gusta ver a Ruth ilusionada. ¿Ella misma lo está? No, sí. No sabe. Una minúscula porción de emoción sí que puede que tenga.

Después de varios rodeos y un silencio final, Ruth aborda directa el tema principal:

—Bueno, qué. ¿Me cuentas? Ya sé más o menos lo que pasó. Solo una versión, claro.

Alba hace una mueca. Le cuenta lo que puede contar. La entrada en la habitación, una versión edulcorada del sexo, su espantada final.

—¿Coinciden las versiones?

Ruth da un trago a la cerveza, la acaba, abre otra.

—Sí, a un noventa por ciento más o menos. Eso es mucha coincidencia.

—Ya.

—¿Cómo te sentiste?

—Uf, no sé —a Alba le cuesta expresarlo con palabras—. El sexo fue… brutal. Salvaje.

No puede evitar que le brillen los ojos.

—Ya veo. ¿Y lo demás?

—Fue extraño. Apenas hablamos y, sin embargo, creo que Noa me dijo más que en todos los meses de relación.

—¿Y esos pensamientos locos que te dieron?

—¿Cómo no me van a dar, con todo lo que ha pasado?

Ruth se encoge de hombros.

—¿Has pensado algo?

—Mira —Alba le enseña los mensajes de Noa.

Los comentan juntas.

—Me derrito un poco, te confieso —dice Ruth—. No la hacía yo tan romántica.

—Ya, yo tampoco. Por lo visto puede ser muy mona cuando se pone.

—¿Entonces?

Alba suspira.

—No sé. No termino de verlo claro. Y no me fío de ella, obvio. No sé si dice todo esto para que vuelva, o porque de verdad lo siente. A veces pienso que puede llegar a ser muy manipuladora.

—Bueno —Ruth rompe una lanza a su favor—. Yo la veo más bien perdida, qué quieres que te diga. Igual habéis estado en sitios

distintos y por fin se ha dado cuenta de lo que tenía contigo.

—Puede ser.

—Porque a ver… que igual la pillaste en un mal momento, ¿no? A mí me parece muy valiente que se atreva a decirte todo esto.

Alba hace una mueca.

—No digo que le des una oportunidad —se apresura a aclarar Ruth—, pero sí que quizá ha hecho suficiente como para merecer que lo pienses.

—Puede ser —responde Alba, confundida—. Es verdad que lo del otro día fue…

—¿Qué fue?

—No sé. Muy intenso. Diferente.

—¿Y te sentiste bien con ella?

Alba no duda.

—Mucho, sí. Mucho mejor que en los meses anteriores.

Ruth sonríe.

—Pues si eso es lo que piensas… Bueno, no sé —levanta las manos—. A ver, yo no te quiero influenciar. Pero al menos te veo mejor.

—Lo estoy, por fin.

—¿Tienen algo que ver esos mensajes? —Ruth enarca las cejas.

Alba no contesta. No tiene una respuesta clara sobre eso.

—Bueno, independientemente de lo que decidas, dile algo a esta mujer pronto, anda. No la dejes ahí colgada en el limbo. Aunque sea para decirle que ya no te interesa.

—Lo haré.

Ruth la mira fijamente:

—¿Confías en ella? ¿Crees que lo que escribe es verdad?

—No confío en ella —afirma Alba—. Pero creo que no miente.

El viernes, cuando acaba la semana y vuelve a casa, se pone una copa de vino blanco y, sin pensarlo mucho porque si no igual no lo hace, lanza los mensajes que ha ido ensayando toda la semana.

Alba: Hola

Alba: Perdona por irme el otro día de esa manera, sin decir nada ni darte ninguna explicación. Fue cosa mía, no culpa tuya. Me

pasaron unas cuantas cosas por la cabeza.

Alba: No hace falta que hablemos más de lo que tuvimos. Hubo parte que estuvo bien, pero a mí me faltó mucho, la verdad. Culpa mía por no comunicar mejor lo que quería y por quedarme cuando no debía. Me hizo daño, por eso y por más cosas. Pero ya te dije el otro día que te perdonaba, así que no lo voy a decir más. Otra cosa es cómo yo lo procese.

Alba: Con respecto a lo que pides que me piense, sinceramente, no lo tengo claro. No tengo mucha confianza, esa es la verdad. Y eso es algo que no te puedo pedir que me digas o me prometas, no se resuelve así. Tampoco tengo claro que podamos darnos lo que cada una necesitamos.

Alba: No sé.

Alba: ¿Cuándo es la expo a la que vas? Si puedo, te intento acompañar. En plan amigas.

Capítulo 20. Noa

Noa intenta llegar antes de tiempo para hacerse con la situación, pero no lo consigue. La culpa la tiene toda esa ropa que ha puesto encima de la cama y que, justo hoy, se ha negado a combinarse bien.

Al final ha optado por lo más sencillo: vaqueros oscuros, camiseta burdeos oversize, unos zapatos en condiciones. Nada de intentar vestirse para una cita que no es una cita. Nada de actuaciones. Nada de intentar ser alguien que no es. Si esto va a funcionar, tiene que funcionar siendo ella misma.

Está nerviosa. Jodidamente nerviosa.

Pero justo cuando la ve, parada en la esquina donde han quedado, de espaldas a ella, se le baja un poco el nervio y le aparece otra cosa. Un colmillo que muerde. A ver, chica, respira. Has estado un montón de veces antes con Alba. Aunque nunca en toda su vida se ha sentido tan insegura como ahora.

A estas alturas, lleva la lección aprendida: con Alba no valen las reglas de antes. No puede seguir aproximándose a ella como lo ha hecho hasta ahora. Necesita darle espacio sin invadir, no buscarla de una manera tan directa ni forzar una conversación. Solo le queda demostrarle, poco a poco, lo que está dispuesta a dar por ella.

Decide dejarse llevar. Hacer con ella lo que haría si fuera su novia. Fácil.

Así que se acerca por detrás sigilosamente, y le pega un toque rápido en la cintura con las dos manos, asustándola.

Alba da un respingo y se gira.

—Joder, qué susto —exclama, mirándola con los ojos muy abiertos.

Noa se ríe.

—Perdón, es que estabas perfecta —se disculpa, torpe e inocente, juntando las manos. Sabe que esas tonterías la pierden.

Cuando Alba fija la vista en ella y sus miradas se encuentran, Noa siente un tirón en el estómago.

—De verdad, es que eres imbécil —Alba también se está riendo.

Una sonrisa pequeña, un poco tímida, con ese bonito brillo en los ojos que le sale de vez en cuando. Algo se desplaza en el pecho de Noa.

Y a pesar de que su propósito no era otro que romper la solemnidad de este primer encuentro después del sexo fuerte del día de la boda, y de la larga cadena de mensajes que le envió, no puede evitar quedarse un segundo de más mirándola, con el aire entre las dos bastante enrarecido. Esa es la verdad.

Noa es perfectamente consciente de que "en plan amigas" significa una última, mísera oportunidad. Manejada con espacio y tiempo suficiente como para que Alba pueda echarse atrás en cualquier momento, o no comprometerse en absoluto.

Así que toca paciencia. Esperar. Y mostrarle sutilmente lo que siente por ella.

Se acercan. Noa no sabe muy bien qué hacer. ¿Un abrazo? ¿Dos besos? ¿Un apretón de manos? Al final es Alba quien toma la iniciativa y se inclina para darle un beso en la mejilla. El contacto es breve, pero Noa huele su perfume y por un momento se olvida de respirar.

—¿Entramos? —propone Noa, decidida a romper esa dinámica extraña entre ambas.

El museo al que vienen está en esa misma manzana. Vienen a ver una exposición temporal que recopila imágenes dedicadas al urbanismo feroz de cinturones industriales a lo largo y ancho del mundo.

—Espera, que ya compré las entradas —Noa la frena cuando Alba se acerca a la taquilla.

Está preciosa, con un abrigo largo color camel, unos pantalones de pinzas con una caída perfecta, un jersey de cuello redondo con manga tres cuartos y zapatillas blancas. Elegante, como suele. Noa aprovecha esos segundos para mirarla.

—¿Cuánto te debo?

—Nada, te invito.

—No, en serio.

—No, en serio yo: te invito, no insistas. Ya me invitarás a una cerveza para compensar. —Piensa tirarle todas las indirectas posibles que pueda. Así, sin agobiar ni pisar terreno resbaladizo.

Pasean durante una hora por la exposición, deteniéndose en todas las imágenes. Noa no puede dejar de observar a Alba por el rabillo del ojo: la manera en que vagabundea por la sala, con las manos metidas en el abrigo; su forma detallada de observar; las fotos que mira más de una vez. Su pelo oscuro vertido sobre el abrigo, el cuerpo flexible, su postura elegante.

—¿Tú haces fotos de paisajes también?

—No suelo.

—¿No te dicen nada?

—Me dicen más las personas. Aun así, me gustaría probar, pero al final me gusta tanto fotografiar a nivel detalle que pierdo la imagen global del espacio y la imagen no se defiende mucho.

Ante ellas desfilan decenas de fotografías que representan masas de edificios colmena, barrios deprimidos, descampados donde la gente aparca coches y celebra cumpleaños, un paisaje de fábricas al fondo.

—Sí, ya me había fijado en que tus fotos tienen mucho zoom. ¿Se dice así? —comenta, mientras mira distraída imágenes por las que ya han pasado.

—Bueno, es una manera de decirlo. Yo me he fijado en que te detienes mucho más en las fotos donde salen personas.

Alba le dedica una mirada de soslayo y suelta un pequeño bufido.

—Qué observadora te has vuelto últimamente.

Noa acusa el golpe sutil. Le gustaría responder algo inteligente, gracioso o cargado de doble sentido, pero no le da tiempo a pensarlo antes de que se agote el tiempo legalmente establecido.

—Es mi trabajo —responde.

Alba le lanza otra mirada cargada. No responde.

Siguen recorriendo la exposición. Poco a poco la conversación fluye más fácil, se instala entre las dos un clima "en plan amigas".

Comentan las fotos, discuten sobre cuál es la mejor. Alba dice que prefiere las que tienen más contraste, Noa defiende las que son más suaves. Se quedan un buen rato frente a una imagen de dos niños jugando con una pelota desinflada delante de un edificio de veinte plantas, en apariencia aislado del mundo.

—Esto es lo que me gusta de la fotografía —dice Alba—. Que captura algo que ya no existe. Esos niños ya no están ahí, ese momento ya pasó. Pero sigue existiendo en la foto.

—Como una forma de quedarse —dice Noa, sin pensar.

Alba la mira. Hay algo en sus ojos que Noa no sabe descifrar.

—Sí —dice Alba—. Como una forma de quedarse.

Cuando terminan de ver la exposición salen a la calle. Hace frío, pero el sol está cayendo de una forma bonita, de esas que a Noa le dan ganas de coger la cámara. Se quedan paradas en la acera, sin saber muy bien cómo terminar esto.

Noa se muere por proponerle tomar algo. Un café, una cerveza, lo que sea. Pero tiene miedo de ir demasiado rápido. Alba le dio esto, una tarde, y Noa debería conformarse con eso. Irse a casa, darle espacio, no arruinarlo.

—Bueno —dice, metiendo las manos en los bolsillos—. Gracias por animarte a acompañarme. Me tengo que ir a casa a sacar a Lúa.

—Ah, vale —Alba asiente—. Claro.

—Lleva toda la tarde encerrada y, si no la saco ya, es probable que destroce todo el papel higiénico que me queda.

Alba se ríe.

—¿Eso lo ha hecho alguna vez?

—Desgraciadamente sí, más de las que probablemente piensas. Por lo visto es su forma de organizar manifestaciones y sacar pancartas.

Alba vacila antes de despedirse, como si pensara qué hacer. Luego dice:

—Si quieres te acompaño hasta tu casa, así veo a Lúa. Y ya me voy. Si no te importa.

—No, no, para nada —se apresura Noa—. Me encantaría. O sea, a Lúa le encantaría. A las dos. A mí más que a ella, en realidad.

Alba se ríe.

—Vale. Pues vamos.

Caminan hacia la casa de Noa, aparentemente sin demasiada prisa ninguna de las dos. Está a unos veinte minutos andando, y aprovechan para ponerse un poco al día.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunta Noa—. ¿Alguna rodilla interesante? ¿Algún tobillo cabrón que se niegue a recuperarse?

Noa escucha la risa de Alba a su lado. Cada vez que consigue hacerla reír vuelve a la época en la que se conocieron, las primeras semanas, donde todo parecía fluir a buen ritmo entre las dos. Hasta que Noa vio que aquello iba en serio muy rápido y se preocupó de poner sus límites.

—El trabajo bien. Todas las recuperaciones siguen su curso. Aunque me han llamado de un centro universitario con el que colaboro a veces en investigaciones: tienen un caso bastante difícil de un esquiador y me han pedido opinión. Eso es lo más interesante que ha pasado estos días.

—Suena bien. ¿Sabes? Siempre me he imaginado tu trabajo como si fueras una especie de inspectora muscular. En plan descubrir las pistas que llevan al origen de la lesión, y cuando la encuentras, bam, le pones una pistola en la cabeza y le pides que se largue de allí.

Alba suelta una carcajada a su lado. Bien.

—Buena imagen. Me temo que todo es más simple y más complejo.

—¿En qué sentido? —por primera vez desde que se conocen, Noa intenta entender mejor lo que hace. Nunca le había prestado demasiada atención por estar demasiado alejado de su mundo.

—Pues más simple porque al final nos movemos generalmente en un rango limitado de lesiones y terapias posibles. Y más complejo porque las lesiones muchas veces no se ciñen a la zona de dolor: se relacionan con muchas otras zonas del cuerpo. A veces un dolor en el tobillo puede empezar en las cervicales. O una inflamación puede tener que ver con la alimentación. Ese tipo de cosas.

—Mmm. Suena… interesante.

—Lo es. ¿Y tú?

—Nada, lo de siempre. Eventos a la vista para completar la facturación del mes, y en un par de semanas tengo dos proyectos de

fotografía de moda que me apetecen bastante. Y me han pedido también unas fotos de estilismo para una revista.

—¿Y la expo?

—¡Es ya! En dos semanas. ¿Vendrás?

—Claro que sí.

Vale, Noa. No te emociones del todo. Pero emociónate un poco si quieres.

Enseguida llegan a su casa. Noa se pregunta si es buena idea invitarle a subir. Su demonio malo intenta que actúe ya; el bueno, que se temple un poco y relaje las ganas. Antes de que pueda abrir la boca, Alba se adelanta:

—Os espero aquí abajo.

—Vale.

Siente una pequeña punzada de decepción en el pecho. En su cabeza ya se había montado una fantasía en la que subían juntas en el ascensor, con una tensión insoportable. Al entrar en casa, Alba la empujaba contra la puerta mientras le sacaba la camiseta del pantalón a tirones. Luego se desarrollaba una escena no apta para menores en la que rescataba algunas de sus actuaciones estelares de sus últimos meses, incluyendo la de Alba encima suya follándose su mano con esa cadencia lenta pero profunda que la volvía literalmente loca.

Traga saliva antes de que sea demasiado tarde.

—Claro, bajamos enseguida.

Noa sube corriendo, el corazón latiéndole fuerte. Las imágenes que ha visto en su cabeza han empezado a rascarle el vientre y ahora, uf uf, necesita quitarse de encima esta hiperventilación.

Abre la puerta y Lúa se le lanza encima, como siempre, moviendo la cola como loca.

—Sí, sí, hola, chica —Noa le rasca detrás de las orejas—. Tengo una sorpresa para ti, ¿eh? Pórtate bien.

Le pone la correa y bajan. Lúa, que es bastante más lista que ella, ya va inquieta, moviéndose sin parar, pegándole colazos en el estrecho espacio del ascensor. Probablemente ya ha averiguado cuál es la sorpresa. Noa se da cuenta de que el beso en la mejilla que le dio antes Alba le ha impregnado su olor.

Cuando salen a la calle, Alba está apoyada contra la pared, mirando el móvil. Levanta la vista y en cuanto ve a Lúa se le ilumina la cara.

—¡Lúa! —se agacha y la perra tira de la correa con una fuerza insólita. Al final Noa la suelta porque no puede con ella.

—No veas cómo tira —se queja—. Aquí hay alguien que se alegra de verte.

Pero ninguna de las dos le hace caso. Noa las observa. Alba se ríe mientras Lúa intenta lamerle la cara. Alba le acaricia el lomo, le habla en ese tono agudo que la gente usa con los perros. Y algo en el pecho de Noa se rompe un poco. O se arregla. No está segura.

—¡Que no me chupes! —le pide Alba, haciéndose la indignada.

—Te echa de menos —dice Noa, sin pensarlo mucho.

Alba levanta la vista.

—Yo también a ella.

No dice "y a ti", pero Noa lo escucha igual.

Van al parque que hay cerca. Es miércoles por la tarde y hay niños jugando, gente corriendo, parejas paseando. Lúa tira de la correa, ansiosa por correr. Noa la suelta en la zona vallada para perros y la perra sale disparada, feliz.

Se sientan en un banco, una al lado de la otra, con espacio suficiente entre ellas para que no se toquen, pero lo bastante cerca para que Noa note su calor. Durante un rato, se quedan en silencio, viendo a Lúa correr detrás de otro perro. Noa querría decir algo más, algo importante, pero no sabe qué. Todas las palabras que ensayó en su cabeza durante semanas se han evaporado.

—¿Y tú? —pregunta al final—. Aparte del trabajo, ¿cómo estás?

Alba se encoge de hombros.

—Bien. Ocupada. Trabajo y más trabajo.

—¿Sales mucho? —pregunta, con tacto.

—No mucho. Alguna cerveza con las chicas de vez en cuando. Nada especial.

Noa asiente. Quiere preguntarle por la persona de la que le habló. Si sigue, si no sigue. Si hay más. Pero se le atascan las palabras en la boca. Quizá es precipitado hacer una pregunta tan personal, aunque sea una pregunta “en plan amigas”.

—Echo de menos esto —dice Alba de pronto.

Noa se gira hacia ella.

—¿Esto?

—Pasear. Estar fuera. A veces me paso toda la semana metida en la clínica, luego en casa, y no piso la calle más que para ir y volver. Es deprimente.

—Deberías salir más.

—Lo sé. Igual necesito un perro.

—Te presto a la mía cuando quieras —replica Noa con segundas, terceras intenciones.

Alba se ríe.

—Vale, gracias. Lo tendré en cuenta.

—Normalmente va en pack conmigo, pero puedo hacer una excepción.

Alba la mira. Hay algo en su expresión que Noa no acierta a leer pero hace que se le agiten los nervios por dentro. Vale, definitivamente siempre tuvo las pestañas tan largas, tan oscuras.

Se quedan un rato más en el parque, hablando de cosas sin importancia. Alba le cuenta de un paciente que vino convencido de que tenía un problema gravísimo en la espalda y resultó que solo necesitaba cambiar de colchón. Noa le habla de una sesión de fotos desastrosa donde el cliente quería que le hiciera parecer veinte años más joven y acabó enfadado porque "las fotos no se parecían" a él.

A la media hora empieza a oscurecer, y Alba dice que tiene que irse. Se levantan, llaman a Lúa, vuelven hacia el portal de Noa.

—Gracias por venir —dice Noa.

—Gracias a ti por avisarme del plan.

Se miran, y hay muchas cosas en ese silencio. Noa se concentra en mantener su cuerpo agarrado. Se muere de ganas de abrazarla, de besarla, de pedirle que suba, que se quede. Pero no hace nada de eso. Y le cuesta, vaya si le cuesta: no está acostumbrada a estos rituales, las cosas siempre fluyen cuando las quiere. Este ejercicio de contención hace que casi le duela la carne.

—Bueno —dice Alba, al fin—. Nos vemos.

—Sí. Nos vemos.

—¿Me avisas para tu expo?

Ni beso, ni abrazo, ni hostias. Alba ya se aleja, caminando hacia atrás.

—Por supuesto —sonríe Noa.

Luego Alba se gira, y a Noa se le desprende un poco la sonrisa de los labios. No espera a verla desaparecer al doblar la esquina: sube a casa y se tumba con Lúa en el sofá.

—¿Te ha gustado la sorpresa?

Lúa le suelta una ristra de ladridos entusiasmados tan cerca de la cara que casi le rompe el tímpano y el corazón.

Noa está contenta y no lo está. ¿Qué es esto, exactamente? ¿Sigue habiendo algo por parte de Alba? La situación de hoy, lejos de resolverle ninguna duda, la deja más extenuada si cabe, después del exceso emocional de las últimas semanas.

Necesita saber. O empezará a agobiarse. Es consciente de que tiene que darle a esto espacio y tiempo, pero si solo es un espejismo, necesita saberlo cuanto antes. No puede con más sufrimiento.

Pues mira, ya está. La escribe y sale de dudas. Por respeto a sí misma.

En esas está cuando su móvil vibra. Un mensaje.

Alba: Gracias por hoy. Lo pasé bien

Noa sonríe como una idiota.

Noa: Yo también. Repetimos cuando quieras

Alba: Vale

Noa: En unos días tengo que ir a revisar las fotos de la expo ya impresas y montadas. Te apetece acompañarme? Me gustaría enseñártelas

Ahora es cuando Alba dice "si las voy a ver en la exposición". Así que insiste sutilmente:

Noa: Y así te cuento una cosa

Alba: Qué cosa?

Noa: Ah ya lo verás.

Alba: Vale. Ya quedamos.

Noa: Oye, te puedo hacer una pregunta personal? En plan amigas…

Alba tarda un rato en contestar.

Alba: Dime.

Noa: No respondas si no quieres

Noa: Te estás viendo con alguien? Me dijiste que había una persona

Alba tarda mucho más tiempo en contestar. Mierda. Ahora mismo le sudan hasta las pestañas. Se va a descolgar con un "sí" y se va a morir allí mismo.

Alba: No

Noa: Va. Gracias por responder. Buenas noches, Alba

Alba: Hasta mañana

Noa deja el móvil a un lado y se tapa la cara con las manos. Tiene una sonrisa estúpida en los labios y el corazón latiéndole rápido. Se esfuerza en ver señales donde no las hay, así que se toma ese "hasta mañana" como una invitación a seguir hablando.

Lúa le lame la mano.

—Ya lo sé, chica —le dice Noa—. Yo también.

Capítulo 21. Alba

Alba tiene las manos posadas en el cuádriceps de un paciente cuando escucha su móvil vibrar sobre la mesa de trabajo. Últimamente, cada vez que suena una notificación le sobreviene ese calambre en el estómago. La expectativa de que sea ella.

—Míralo si quieres —le dice el paciente, tumbado contra la camilla.

—No, no te preocupes.

Probablemente no sea urgente. Sí puede que sea importante, de una manera un poco abstracta.

Últimamente disfruta estos momentos de anticipación. La posibilidad de que sea. Qué dirá. Tarda en mirarlo, a propósito. Tiene que esperar a levantar al paciente, darle las últimas instrucciones. Luego se toma su tiempo para preparar las cosas de la siguiente sesión. Y revisa la agenda.

Cuando, literalmente, ya no puede más y siente la tensión a tope, lo mira.

Noa: Te paso la dirección del taller. Allí a las… ¿siete? ¿Te da tiempo? Yo estaré antes.

Ahí está. El pellizco en el estómago. Como cada vez que recibe un mensaje suyo. Los cuales, desde que se vieron la semana pasada para ir a la exposición, han ido aumentando la frecuencia hasta convertirse en mensajes de buenos días, buenas noches, mira esta foto que he visto, mira esta expo, mira este concierto, cómo va el día, Lúa pregunta por ti.

Y todas y cada una de las veces, Alba ha sentido lo mismo.

Siente que vuelve atrás. A la excitación de los días previos a conocerla. Los nervios del día en que se conocieron. La tensión en la punta de los dedos el día en que se besaron.

Se pregunta cómo es posible que sea tan tonta. Dejándose llevar por cuatro mensajes de WhatsApp. Como si las personas cambiaran en dos días.

Pero es verdad que siente a Noa… diferente. Y aunque puede que sea falso, también puede que sea verdad.

Y lo que seguro no ha conseguido por el momento es mentirse a sí misma. Negar lo que siente por ella, por muy políticamente incorrecto que le parezca a su cerebro, sí que sería un engaño.

Alba confirma la cita y mira otros mensajes pendientes. De Ania, del grupo. De Ruth.

Ruth: Cómo va el proceso de conquista? Ha derribado ya tus murallas?

Alba: Ja ja, qué graciosa

Ruth: Es broma mujer. Cómo te sientes con todo esto?

Alba querría calcular mejor la respuesta, pero apenas tiene que pensarla en realidad.

Alba: Bien, la verdad. Muy bien

Ruth: Me alegro. Eso es lo importante
Ruth: Ves futuro?

Alba: Puede, algo

Ruth: :)
Ruth: Yo me alegro si tú te alegras

Alba: Gracias por estar ahí, amiga
Alba: Cómo va lo tuyo?

Ruth: Pues muy bien, hemos quedado otra vez este fin de semana

Alba: Me gusta eso
Alba: Te noto feliz

Ruth: Yo también te veo bien a ti

Ruth: Anda, cuando os arregléis del todo me avisas

Ruth: Y hacemos una quedada ñoña de parejas para cenar, o una mierda por el estilo, va?

Alba: Idiota

Quiere escribirle "ya veremos qué pasa", o "no está nada claro que vayamos a volver", pero no se atreve del todo a declarar algo así en alto.

Está a punto de dar paso al siguiente paciente cuando entra otro mensaje.

Noa: Genial, te espero allí. Me hace ilusión que las veas.

Alba se queda mirando el mensaje. "Me hace ilusión." Tres palabras tan simples y tan cargadas. Se pregunta si Noa sabe lo que le hace cuando escribe así, tan directa, tan honesta. Y si es consciente de lo diferente que se muestra con respecto a su relación los meses anteriores, donde todo se había vuelto puramente transaccional.

Probablemente sí. Probablemente lo sabe todo.

Guarda el móvil y sale al pasillo. Ana, la recepcionista, la intercepta antes de que llegue a su despacho.

—Alba, te ha llamado el del tendón roto mientras estabas en sesión. Dice que quiere volver a agendar. Y también llamó el chico del centro universitario, preguntando si ya tienes conclusiones sobre el caso del esquiador.

—Vale, gracias. Ahora les devuelvo las llamadas.

Se encierra en el despacho, pero antes de ponerse con el trabajo abre de nuevo el chat con Noa. Relee los últimos mensajes. Fotos de Lúa. Alguna broma. Un *selfie* de Noa por el que Alba perdió literalmente el aire. Ayer una foto de la carta de un restaurante chino con su plato favorito mal traducido; Alba se rió sola por la calle como una idiota.

Estaba siendo fácil. Demasiado fácil.

Y eso la asusta.

Su parte sensata, la que se pasó meses sufriendo, le recuerda que esto ya lo vivió. Que estuvieron bien al principio, que siempre fue fácil entre ellas cuando Noa puso las normas y ella las acató. Y luego vino todo lo demás.

Pero otra parte de ella, la parte que por fin duerme bien y lleva días despertándose con el corazón acelerado, quiere creer que esta vez es diferente.

Y todavía no sabe cuál de las dos va a ganar.

El día se le hace muy lento hasta que llegan las siete de la tarde. A partir de ahí, todo se precipita: los segundos se consumen por triplicado. Ya sabe que el tiempo con Noa se le va a hacer escaso.

La encuentra en la parte trasera del taller de enmarcación. Un espacio grande, con techos altos y luz natural que entra por unos ventanales enormes ubicados en el techo. Hay varias mesas de trabajo, estanterías llenas de marcos, herramientas colgadas en las paredes.

Noa va con ropa cómoda. Unos leggings negros, una cazadora vaquera por encima de la sudadera con capucha, unas deportivas de running. Solo la ve de espaldas y ya le tiemblan un poco las piernas.

Se acerca con sigilo, tentada de…

—Ni se te ocurra darme un susto. Ya sé que estás ahí —la escucha decir, sin girarse.

—¿Tanto ruido hago?

—Te he visto en ese espejo de ahí.

Noa señala el espejo, se gira con una sonrisa preciosa y la abraza, pegándole una mejilla contra la suya. Uf. Alba siente que se deshace allí mismo, con su contacto.

"Hazlo ya", le susurra su cabeza.

Le devuelve el abrazo y, cuando sus manos tocan la parte baja de su espalda, descubre que le encantaría quedarse allí un siglo entero.

Respira con los ojos cerrados, intentando quedarse con su olor sin que se dé cuenta. Al abrirlos se ve en el espejo, y la realidad que refleja su rostro la golpea con bastante crudeza.

Sigue enamorada.

Imposible negarlo.

Noa la suelta, la deja allí, con el corazón latiendo desbocado de repente, las mejillas sonrojadas, el calor golpeándole por dentro como si fueran olas lamiendo una playa.

—Gracias por venir —Noa está radiante, fantástica. Es imposible que no sienta nada por ella cuando la tiene delante—. Mira.

Le muestra la mesa que tienen delante, repleta de fotos simétricamente colocadas.

—Estaba echando la última revisión de la impresión y el enmarcado. Mañana las recogen los de la galería para colocarlas.

—Ajá.

Alba da vueltas alrededor de la mesa, observando todo, como si quisiera absorberlo. Está llena de fragmentos. Pedazos de personas en movimiento. Una mano agarrando el asa de una maleta. Una espalda entrando por una puerta. Un perfil borroso en una estación de tren. Piernas subiendo unas escaleras. Torsos escapando tras una esquina.

—¿Qué tal el día? —pregunta Noa, siguiéndola mientras Alba da la vuelta a la mesa.

—Bien. ¿Qué te queda para la exposición?

—Nada, por mi parte está todo. ¿Te gustan?

—Son preciosas —dice, con verdadera admiración—. Y un poco inquietantes. ¿Cómo se titula la exposición?

Alba sigue recorriendo la mesa. Cada foto es diferente pero se percibe la línea, sutil, que las une. Nadie está quieto. Nadie está completo. Todos están yéndose, llegando, escapando.

—Tránsito. Es sobre el movimiento —explica Noa, poniéndose a su lado—. Sobre la gente que nunca se queda. Que siempre está de paso.

Alba la mira de reojo.

—¿Es sobre ti?

Noa vacila.

—Puede. O sobre nosotras.

Alba siente un nudo en la garganta. Vuelve a mirar las fotos. Un cuerpo entrando en un coche. Una silueta alejándose por un pasillo. En una de ellas reconoce, o cree reconocer, el contorno de Violeta. Frunce ligeramente el ceño.

—Nunca se ve la cara de nadie —observa.

—No. Esa es la idea. Que sean anónimas. Que cualquiera pueda verse ahí.

Se quedan en silencio, mirando.

—¿Encontraste la foto veinticuatro? —pregunta Alba, distraída.

Cuando mira de reojo a Noa, ve una expresión distinta en su rostro. Una sonrisa perdida, un aire de ensoñación, una mirada cálida.

—Sí, la encontré —se gira hacia Alba y la mira con firmeza—. Justo de eso quería hablarte.

Alba la encara con los brazos cruzados.

—Cuéntame.

—Verás… —Noa esboza una sonrisa algo trémula—. Me debato entre pedirte perdón o pedirte permiso. ¿Qué prefieres?

Alba levanta una ceja. No sabe muy bien qué responder a eso. Lo que sí sabe es que no está del todo preparada para los juegos de Noa; sus sorpresas e improvisaciones, en este momento, podrían sacarla de quicio. Sigue sin la confianza suficiente.

—Elige —insiste Noa.

—Mmmm —definitivamente, no arriesga. La cosa avanza bien entre las dos como para permitirse estropearlo por cualquier cosa—. Elijo permiso.

Noa sonríe.

—Qué poco te gusta el riesgo.

—Muy poco, sí.

—Espera.

Sigue a Noa con la mirada: se marcha al fondo del taller, coge una fotografía que está cuidadosamente colocada boca abajo sobre otra mesa y vuelve con ella en las manos.

—Cierra los ojos —le pide.

Dios. No se acordaba de la capacidad que tenía Noa para ponerla histérica.

—¿Ya? —pregunta enseguida, nerviosa.

—Ya.

Cuando abre los ojos, se encuentra consigo misma en manos de Noa. Un zoom de su rostro capturado en el momento de girarse. Los

ojos levemente cerrados, brillando. La nariz recta. Los labios serios, perfectamente delineados.

Alba está estupefacta. La mira sorprendida.

—¿Y esto?

—Mi foto veinticuatro. La que cierra la serie. La única que muestra un rostro —lo dice orgullosa, feliz. Alba nota su emoción genuina, las ganas que tiene de que le guste.

Tiene que reconocer que la situación le rompe un poco por dentro.

—Pero… yo… —balbucea—. ¿De cuándo es? Eh, no sabía… Nunca me has hecho fotos.

—Ya, bueno. —A Noa parece entrarle la timidez de golpe—. Es del día de la boda. Esto… mmm, bueno, me gustaría saber si me das permiso para exponerla. Si no quieres, no. Sin ningún compromiso, en serio.

—No, o sea… Claro, está bien.

—Vale. Gracias —Noa la deposita en su lugar, el único hueco que queda vacío en la última fila de fotos.

Luego se quedan ahí, mirándose, y Alba tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acercarse y… ¿qué?

¿Besarla?

—¿Seguro que no te importa? —insiste Noa—. Te has quedado un poco… rara.

Sí. Rara es como se siente. Cargada de algo que no sabe explicar muy bien. Mira tú, la fotógrafa que jamás le pidió una foto. Tuvo que robarla y ahora de repente quiere exhibirla delante de todos.

—Está bien, de verdad.

Alba ve algo de inquietud en el fondo de los ojos de Noa, que propone el siguiente paso:

—¿Quieres tomar algo? Hay una cervecería aquí al lado que está bastante bien.

—Claro.

Salen del taller. Hace frío pero Alba apenas lo nota. Tiene la cabeza demasiado llena de cosas ahora mismo. Y la cercanía de Noa, caminando a su lado mientras mira algo en el móvil, le mete calor.

La cervecería es pequeña, con mesas de madera y luz tenue. Se sientan al fondo, una frente a la otra. Piden dos cervezas.

—Me encanta tu trabajo —dice Alba cuando les traen las bebidas —. De verdad. Es muy... tú. Sensible, estético, bien tratado.

—Gracias —responde Noa, con la mirada baja y un poco de timidez—. Eso significa mucho viniendo de ti.

—¿Por qué?

—Porque tú también tienes una forma parecida de mirar a las personas. Solo que la tuya es distinta.

Alba frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que tú miras con el cuerpo. Con las manos. Tocas a la gente y entiendes qué les pasa. Yo tengo que verlas desde lejos, a través de una cámara, para entenderlas. Pero tú... tú las sientes.

Alba no sabe qué decir. Nadie le ha dicho jamás algo así.

—Nunca lo había pensado de esa manera.

—Pues deberías. Es un regalo. No todo el mundo sabe mirar así.

Se quedan en silencio, bebiendo. Alba juguetea con el posavasos, nerviosa. Por alguna razón, hoy no encuentra las palabras para seguir la conversación. Está demasiado… extrañada. Emocionada.

Excitada.

Su lado racional le exige templanza, enciende todas las luces y le pide por favor que mantenga la calma. Su lado emocional, sin embargo, quiere encender unas cuantas velas; empieza a desear que Noa directamente se lance contra ella sin preguntar, su lengua en la boca antes de que pueda darse cuenta. Si hace eso, la rodeará con los brazos y la apretará con tanta fuerza que probablemente le haga daño. Si hace eso, se quedará soldada a su boca.

Se da cuenta de que le está mirando los labios cuando Noa corta el silencio de pronto.

—Por cierto, se van a pasar Martina y Dani ahora. No te importa, ¿no?

Alba no permite que se le venza la sonrisa a pesar de lo contrariada que se siente en ese momento. ¿Martina y Dani? Pero ella pensaba que estarían solas. Y que luego… quizá…

Va. Nada. Ya nada.

—No, claro.

Si lo está haciendo a propósito para llevarla a un estado tal de deseo desesperado que acabe estallándole en la cara, lo está consiguiendo.

Para cuando las amigas de Noa hacen acto de presencia, Alba ya tiene claro cuál de sus dos lados va ganando la partida.

Capítulo 22. Noa y Alba

Martes, 08:45

Alba → Noa

Alba: Buenos días! Qué tal ayer?

Noa: Hola! Nada, nos fuimos al poco de irte tú
Noa: Cuando me mandaste las buenas noches en realidad ya estaba llegando en casa

Alba: Qué majas son Dani y Martina

Noa: Siiiii
Noa: Pero ya las conocías, no?

Alba: Sí sí, pero tampoco hemos coincidido mucho

Noa: Va, ya quedaremos más con ellas
Noa: Buen día preciosa

Alba: Tú también
Alba: Tengo un montón de patas que ver hoy

Noa: Jaja

Martes, 19:35

Noa → Alba

Noa: Oye oye oye
Noa: Cuéntame qué está pasando con Ruth

Alba: Ah, jaja
Alba: Está a tope con la chica esta

Noa: Pero quién es? De dónde ha salido?
Noa: Es la que conoció en la boda???

Alba: Correcto

Noa: Jaja JODER
Noa: Me encanta
Noa: Están a tope, no?

Alba: Súper
Alba: Me alegro un montón por ella la verdad, ya le tocaba

Noa: Sí, porque después de lo de la tipa esta que ya ni me acuerdo de cómo se llamaba…

Alba: Ya, sí

Noa: Pues a ver si se la presenta, no? Tú la conoces ya?

Alba: Qué va

Noa: Le voy a decir que se la traiga a la expo
Noa: La verdad es que recuerdo verlas en la pista de baile así como… no sé, fundidas?

Alba: Jaja

Martes, 21:12

Noa → Alba

Noa: Por cierto
Noa: Hablando de lo de la boda…

Alba: Dime

Noa: Mmm a ver cómo digo esto…
Noa: …

Alba: Jaja. Va, dilo

Noa: Nada, te quería preguntar
Noa: Si podíamos hablar de lo que pasó entre nosotras

Alba: Pues

Noa: Si no quieres no
Noa: A ver
Noa: Yo solo quería decirte que fue algo especial para mí
Noa: Al menos yo lo sentí así
Noa: O sea… Bueno, da igual
Noa: Olvídalo

Alba: No, está bien

Noa: No, no es para hablar por aquí. Déjalo

Alba: Lo que quieras

Noa: Tu día bien?

Alba: Sí. Me han pedido participar en otro congreso dentro de un par de meses

Noa: Qué bien (:

Alba: El tuyo?

Noa: Pues preparando la sesión que tengo mañana, de mil horas de duración
Noa: Y ya nerviosa con la inauguración
Noa: Que mira que he hecho expos en la vida
Noa: Pero siempre me pasa lo mismo

Alba: Normal. Yo también he hablado en público un montón de veces y siempre me da ese vértigo justo antes… La noche antes apenas duermo

Noa: Igual aquí con las exposiciones

Alba: Luego ya en cuanto empieza me suelto
Alba: Total, es solo hablar de mi trabajo, eso me lo conozco bien

Noa: :)
Noa: Vaya par
Noa: Qué haces?

Alba: Pues me iba a poner a terminar un par de capítulos que me quedan de la serie que estoy viendo ahora

Noa: Cuál?

Alba: Una de médicos. Es horrible pero no puedo parar

Noa: Tu sector. Sanitario :P
Noa: Ah ah ah, importante
Noa: Has visto lo que estrenan este finde??

Alba: Síiiii

Noa: A ver, el viernes es la expo
Noa: Pero si aguantas
Noa: El sábado podemos ponerla a la vez y vamos comentando

Alba: Me gusta el plan

Noa: Vale
Noa: Lo hago oficial: ¿quieres ver el estreno en remoto conmigo este sábado?

Alba: Acepto

Noa: Todavía no te pongo el anillo, pero casi

Alba: Idiota

Noa: Descansa ;)

Alba: Hasta mañana!

Miércoles, 07:50

Alba → Noa

Alba: Que vaya bien la sesión!! buenos días

Noa: Zzzzzz
Noa: Gracias querida
Noa: Todo listo por aquí
Noa: Luego te cuento

Miércoles, 22:30

Alba → Noa

Alba: Estás viva?

Noa: Bueno
Noa: Justo te iba a escribir
Noa: Me acabo de sentar
Noa: Doce horas seguidas

Alba: Y Lúa??

Noa: La dejo con mi vecina
Noa: Con la que me intercambio cuidados de perros jaja
Noa: Y nada yo bien
Noa: :P

Alba: Jaja perdona
Alba: Si alguna vez lo necesitas me la puedes dejar a mí

Noa: Gracias :)

Alba: Ha ido bien? muerta, supongo

Noa: Sí, ha ido muy bien
Noa: Ahora me toca paliza de edición porque las quieren en tiempo récord

Alba: Vaya

Noa: Tranquila, les cobro el doble por ello
Noa: Todo bien

Alba: Jaja

Noa: Tú?

Alba: Bien, nada demasiado interesante hoy, lo de siempre
Alba: Mi vida no es tan ajetreada como la tuya

Noa: Bueno, pero igual de emocionante
Noa: Voy a pedir chino
Noa: Algún jueves podías venirte a cenar conmigo
Noa: Por los viejos tiempos y eso

Alba: Puede ser

Noa: Perdona, es que te echo de menos
Noa: Y tengo muchas ganas de verte otra vez

Alba: Yo también tengo ganas de verte
Alba: Descansa, vale?

Noa: Tú también
Noa: Beso

Jueves, 08:50

Noa → Alba

Noa: Foto de Lúa dándote los buenos días

Alba: Jajaja
Alba: Qué dramática
Alba: No te ha dejado dormir o qué?

Noa: Me ha despertado a la hora de toooodos los días

Alba: Qué tía. Yo que no te he escrito para no molestarte si estabas dormida…

Noa: Tú tienes más educación y más clase

Alba: Jaja

Alba: Dale un beso a Lúa de mi parte anda

Noa: Vale
Noa: Dónde?

Alba: Dónde qué?

Noa: El beso
Noa: En la cabeza? la panza? detrás de las orejas?

Alba: Idiota

Noa: Y a mí???

Alba: Gilipollas

Noa: Pero dame uno a mí también
Noa: No me lo merezco??

Alba: Para nada
Alba: Te dejo que viene el primer paciente del día
Alba: Beso!
Alba: En la mejilla

Noa: Beso!
Noa: En… mmm mmmm mmmmm
Noa: Voy a pensar
Noa: Luego te lo digo

Jueves, 12:35

Noa → Alba

Noa: Estoy muy nerviosaaaaaaaa

Jueves, 14:05

Alba → Noa

Alba: No!!!

Alba: Qué tal vas

Jueves, 16:12

Noa → Alba

Noa: Me he quedado dormida un rato y ya me siento culpable
Noa: Poniéndome a editar a toda hostia

Jueves, 19:35

Alba → Noa

Alba: Yo por fin en casa
Alba: Cómo vas?

Noa: Trabajando a tope
Noa: Histérica

Alba: No sales hoy?

Noa: Pfff me tengo que pasar por un cumple
Noa: Pereza máxima
Noa: Pero tengo que hacer acto de presencia
Noa: Una y me voy
Noa: Mañana a qué hora vendrás?

Alba: Pues pensaba ir a la hora de apertura
Alba: Está bien, no?

Noa: Sí!

Noa: O sea, te diría que vengas un rato más tarde, media horita o así, cuando ya esté la sala llena y parezca una fotógrafa de éxito
Noa: Solo para impresionarte
Noa: Pero tengo tantas ganas de verte que me da igual que vengas cuando no haya nadie aún y me veas en modo fracaso absoluto

Alba: Es que eres tontísima tía
Alba: De verdad te lo digo

Alba: Te dejo currar, anda
Alba: Pásalo bien en el cumpleaños

Noa: Tú haces algo?

Alba: Tomar una por el barrio con Ania

Noa: Disfruta
Noa: Y beso
Noa: Ya pensé dónde
Noa: …

Alba: …

Noa: Te lo digo?

Alba: Va

Noa: …
Noa: En el cuello
Noa: Puedo?

Alba: Ya veremos…

Noa: :(
Noa: Tía
Noa: Qué dura eres
Noa: Feliz cerveza

Alba: Feliz cumpleaños

Jueves, 23:45

Alba → Noa

Alba: Ya en casa
Alba: Buenas noches
Alba: Beso en…

Viernes, 00:02

Noa → Alba

Noa: En dónde???
Noa: No me dejes así!!
Noa: Buenas noches chica guapa

Viernes, 13:34

Alba → Noa

Alba: Holaaa
Alba: Muy nerviosa???

Noa: Top nerviosa

Alba: Va a ir fenomenal, verás
Alba: Te lo mereces

Noa: Ya lo sé pero… AY!
Noa: Oye, luego iremos a algún sitio y tal
Noa: Os venís, no?

Alba: Sí
Alba: Vamos, no hemos hecho ningún otro plan
Alba: Expo y lo que surja

Noa: Me gusta
Noa: Prométeme que vendrás y te quedarás a lo de luego

Alba: Prometido

Noa: Y que no te irás bajo ninguna circunstancia sin despedirte de mí

Alba: Prometido
Alba: Quiero verte
Alba: Me apetece pasar un rato juntas

Noa: :)
Noa: Pues hoy

Noa: O mañana…
Noa: O pasado…
Noa: Tengo todo el tiempo del mundo para ti

Alba: Mañana tenemos plan
Alba: Recuerda

Noa: Lo recuerdo perfectamente

Alba: Luego nos vemos
Alba: Sobrevive!

Noa: No sé si estoy más nerviosa por la exposición o por verte a ti
Noa: Cuando te vea te voy a estrujar

Alba: :)
Alba: Beso en…

Capítulo 23. Alba

Han quedado para tomar una caña antes de la exposición. Cuanto más se acerca la hora, más le cuesta concentrarse en las conversaciones, hasta el punto de que, cuando dan las ocho, ya apenas atiende. Son unas doce personas, y cuesta moverlas a todas.

Tiene el cuerpo en un estado que no reconoce. Consigue mantenerlo en pie solo porque sabe que va a ver a Noa. Si no, estaría desinflado, tirado en una esquina.

Algo dentro de ella se agita y le recuerda que hoy es el día. ¿Hoy es el día? Sí, hoy podría ser el día. Es un pálpito, una intuición.

Ruth se le acerca por detrás, percibiendo su agitación.

—Estás tensa. ¿Qué pasa?

—Nada. Que le dije a Noa que llegaría a la hora.

—Mujer, tranquila, no se va a mover de allí.

—Ya, pero… —no sabe ni qué decir sin quedar muy tonta.

—Mujer, te veo muy… —a Ruth le brillan los ojos.

—¿Qué? —inquiere Alba, con un poco de ansiedad y en un tono más agudo de lo normal.

Ruth se echa a reír.

—Nada, no lo voy a decir en alto, aunque se me ocurren unas cuantas palabras. Venga, nos terminamos esta y vamos, yo me encargo de mover a la gente. Tú habla un poco con Vera, que eres la única a la que conoce y está un poco sobrepasada con tanta tía, hazme ese favor.

Alba cumple en piloto automático hasta que, veinte minutos más tarde, consiguen salir de allí. Sus piernas se desplazan o, más bien, se deslizan, sin que ella tenga mucho control de hacia dónde la están dirigiendo.

La galería está llena de gente. Las recibe una pared enorme con la palabra *Tránsito* rotulando la entrada, un texto explicativo y la

biografía de Noa. Unas cien personas observan con detenimiento las fotografías, rapiñan las cervezas y copas de vino y, sobre todo, hablan muy alto. En las paredes color blanco nuclear luce la colección de fotos que ella ya ha visto. Incluyendo su rostro, al final del recorrido, junto a la puerta.

Busca a Noa con la mirada y la encuentra charlando, animada pero seria, con dos personas vestidas de traje. Según le comentó, vendrían amigos pero también clientes, otros fotógrafos, gente de la industria y prensa especializada.

Trata de captar su mirada pero es imposible entre la conversación y la cantidad de gente que se cruza. Y no va a ir a molestarla ahora. Ya coincidirán.

El grupo se hace con unas cervezas y se dispersa para ver la exposición, cada cual a su ritmo. Dani y Martina andan por allí. También Laura y Mía, que ya han vuelto de su viaje de novias, con las que se saludan efusivamente. En un momento dado todas se juntan.

Ha pasado media hora más y aún no ha podido saludar a Noa, que sigue con su baile de gente por aquí, por allá. Tan solo diferencia sus piernas entre el gentío. Ayuda, por favor. Necesita llegar hasta ella.

Encima la gente se ha dado cuenta de que la cara de la última foto es ella y no paran de hacerle menciones al respecto. Ruth la mira con cara resplandeciente, Ania le guiña un ojo, Dani le dice que sale fantástica, Martina insiste aún más.

Todo el mundo dando algo por hecho.

Algo que no es.

Decide intervenir. Busca a Noa con la mirada, dispuesta a molestarla. Quiere que sepa que está allí, que no ha llegado tarde por su culpa. Quiere ese beso en…

Se escapa del grupo, con la excusa de… Con ninguna excusa, en realidad. Vadea entre los grupos de gente hasta que localiza el rostro de Noa.

Sin embargo, cuando quiere dar un paso hacia ella, firme, decidida, la imagen que ve la para en seco.

Violeta.

Enfrente de Noa, hablando con ella. No ve el rostro de Violeta, le queda un poco de espaldas. Pero sí ve a Noa. Su sonrisa. La comodidad con la que se tienen cogidas de la mano. Noa ríe. Están muy cerca. Luego se abrazan. Un abrazo largo, profundo. Que dura más de lo que tiene que durar. Y que las deja pegadas unos cuantos instantes, el rostro de Noa encajado sobre el hombro de Violeta. Con los putos ojos cerrados. Cuando se separan se miran muy de cerca.

Se le ha secado todo de golpe. Traga pero no hay saliva, solo una garganta que raspa. Nada le fluye por dentro. Quizá esté siendo tragada ahora mismo por el suelo de hormigón y no se esté dando cuenta. No, desgraciadamente el suelo de hormigón no se abre y ella sigue allí parada, de pie en medio de la pista de baile, otra vez. Una pista de baile de la que quizá nunca se fue.

Una parte de su cerebro, la que insiste en ver la luz, le susurra que solo son dos amigas hablando. Noa tiene derecho, ¿no? A tener amigas, obvio. A tener a Violeta de amiga. Estas semanas te ha enseñado muchas cosas de ella que no sabías. Y dijo que con Violeta nada.

La otra parte de su cerebro, la que empieza a doler, le grita al oído que ya se lo advirtió, que sigue todo igual, siempre lo mismo. No ha cambiado nada. Es solo una estrategia para retenerte a su lado, es que no te das cuenta. Os quiere a todas alrededor, sin comprometerse con ninguna. Pero tú qué te esperabas, ¿eh? ¿Ser especial? ¿Ser *su* chica? ¿Una elección consciente?

Alba corre a refugiarse en ningún sitio. Cambia de dirección y se pega a las paredes, haciendo como que mira esas malditas fotografías sin verlas, haciendo como que bebe de una botella de cerveza que lleva un rato vacía.

Hostias. Es que le escuecen los ojos pero de pura rabia. Donde antes sentía músculos flácidos, ahora los tiene completamente rígidos. Y un dolor en la tripa que alucinas. La imagen le ha hecho el mismo efecto que un tiro en el pecho.

Acaba parada enfrente de su foto, al final del recorrido. Justo junto a la puerta: perfecto para marcharse de allí en tres, dos, uno…

Mira la foto una última vez y siente lástima de sí misma. Su amor propio herido, el orgullo pisoteado. Está claro qué lado del cerebro

ha ganado esta vez. El que tenía que haber ganado desde el principio.

¿Ves esa chica de ahí, eh? La de la foto, sí. Pues no se merece esto. Ni de coña.

Luego lee el título de la foto y le hace más daño, si cabe.

"Quedarse."

Aprieta los dientes tan fuerte que cree que alguno se romperá.

Se larga de aquí pero ya.

De repente, justo cuando quiere empezar a moverse, un brazo la atrapa por detrás y rodea con fuerza su cintura.

—Te dije que te iba a estrujar cuando te viera —la voz de Noa como un susurro en su oído, su brazo estrechándola fuerte.

Alba no dice nada. Solo mira al frente, intentando recomponerse.

—¿Qué te parece la foto? La chica más guapa de esta exposición. —Alba siente ganas de llorar—. No te imaginas, tuve que vulnerar muchísimos derechos individuales para conseguirla.

—Ibas a hacerle la foto a una pared que había detrás y justo me puse yo en medio —Alba hace de tripas corazón para seguirle la broma.

—Es exactamente como lo describes —se ríe.

Luego nota sus labios en la mejilla. Un beso un poco más largo de lo debido que le estruja a Alba el corazón y el alma, todo a la vez. Ves. Es que así es imposible irse. Durante unos segundos, le tiembla la boca. Suerte que Noa no puede verla.

Cuando la suelta piensa en girarse. Girarse y decirle todo lo que piensa. Quiere preguntarle, saber, aclarar con ella. Quiere que le diga a qué juega, si sigue jugando. Si el acuerdo que ella misma se inventó sigue vigente. Espera. No, ni de broma. No puede montarle una escenita en su propia exposición. No es momento ni lugar. Se girará y se despedirá. Eso hará. O se girará y se quedará, quién sabe.

Pero no le da tiempo a decidir: alguien las interrumpe.

Violeta.

—Me voy ya —dice—. Enhorabuena por la expo, es fantástica.

—Gracias a ti por venir. Siempre es un placer verte —replica Noa.

Vuelven a fundirse en un cálido abrazo, esta vez más breve. Cuando se aparta, Noa le coge suavemente de la mano y Alba le escucha decir:

—Ánimo, ¿eh? Si necesitas algo ya sabes dónde estoy.

Violeta le dedica una sonrisa intensa y luego se gira hacia Alba, enarbolando la misma sonrisa:

—Violeta, encantada. Creo que alguien nos presentó hace mucho tiempo.

—Hola, Alba. Me suena que sí.

—Pues nada, presentadas oficialmente otra vez —sonríe; luego señala la foto de Alba en la pared—. Esa foto es preciosa. Por cierto, le he dicho a Noa que te vengas algún día que quedemos, ¿sí?

—Eso, pronto —apunta Noa.

—Claro —Alba escucha su voz desde muy lejos.

—Pasadlo bien —se despide Violeta, con la mano en alto.

¿Lo ves? Que no es nada. Solo son amigas. No tires esto por la borda solo porque evidentemente parecía otra cosa, seguramente la que es. ¿Es que no eres capaz de darte cuenta? Oye, te estás pasando. No, la que se está pasando es *ella*.

Es todo demasiado ambiguo.

Las dos partes de su cerebro compiten entre ellas por hacerse con el control. Están hablando a la vez, al mismo volumen, y amenazan con volver loca a Alba.

La imagen de Noa delante suya le saca de su ensimismamiento. Le dedica una sonrisa y luego frunce el ceño levemente.

—¿Estás bien? Estás muy seria.

—Sí, sí.

—¿Seguro? ¿Es por la foto? —Noa se muerde un labio, parece dudar—. No sé si te ha gustado del todo que la usase… Quizá no he hecho bien en ponerla.

—No, la foto está perfecta.

Se quedan mirándose un momento, en silencio, antes de que se escuche un "¡Noa!" reclamando su presencia. La sala empieza a vaciarse poco a poco. Noa le coge de las manos suavemente, apenas un roce.

—Creo que las chicas se van ya a un bar al que solemos ir de vez en cuando. Está a cinco minutos de aquí. Yo tardo un poco, ¿vale? En media hora o así estoy allí.

—Vale.

Luego le da un abrazo. No sabe si más o menos intenso que el de Violeta. Pero está ahí. Siente cómo le aprieta la espalda, cómo la respira en la oreja. Un abrazo que desata más incertidumbre que respuestas en Alba.

Por fin la suelta. Le pasa los labios muy cerca de los suyos.

—Ahora te veo.

El cuerpo de Noa se escapa entre la muchedumbre que queda, respondiendo a la llamada.

Alba sigue allí, plantada, con una mezcla de sensaciones agridulces que van más rápido que ella misma. No consigue ni apresarlas a tiempo ni procesarlas sin prisa. El temblor sigue ahí. No se va.

Pues no. Hoy no era el día, piensa con amargura.

Capítulo 24. Noa

Intenta escuchar a la gente que le habla, pero los latidos del corazón le suenan más fuertes cuando dan las ocho.

Alba no llega.

No pasa nada, se dice. Ya vendrá. Porque vendrá.

¿No?

Suda un poco al pensar que no lo hará. También cuando piensa que sí lo hará, pero se irá pronto, justo después. O luego. Yo que sé. Está histérica porque esta espera que tienen le resulta agotadora. Y porque ha decidido que hoy es el día perfecto para *eso*.

No la va a presionar, no. Eso no. Ni siquiera se va a lanzar, también lo ha decidido. Tiene que ser ella la que dé el paso. Pero piensa ponerse tan a tiro que, si no lo hace, es porque realmente no quiere.

Punto y final.

La sala no tarda en llenarse. Saluda a todo el mundo. Está viendo muchísima gente, también personas con las que no contaba. Clientes, conocidos con los que ha hecho colaboraciones, el dependiente de su laboratorio de confianza, los del taller de enmarcación, más clientes, jefes y empleados, modelos…

Ha venido todo el puto mundo.

Menos Alba.

Sonríe a todos. Los de la galería le susurran, mientras pasan deprisa a su lado, que ya hay un par de ventas y varias solicitudes.

—¿Qué fotos?

—La de los cuerpos que giran la esquina y la cara de la chica.

Normal.

Ella también las elegiría.

—¡Espera!

Quiere decirles que la foto de la cara de la chica no está en venta. Pero se le escapan por un segundo. Tendrá que avisarles cuanto antes.

En algún momento cree ver a Alba y al resto de la tropa, confundidas entre la gente. Levanta la cabeza entre la multitud pero ahora ya no las ve. Mierda, es que pfff, mucho caos, pensaba que esto iba a estar más tranquilo, pero hay demasiadas personas.

Cuando se libra de la última persona que la busca, decide darse una vuelta a ver si la encuentra, pero en ese momento la intercepta Violeta.

—Ey, has venido al final.

—Claro —le dice Violeta—. No me la hubiera perdido.

Trae dos cervezas, una para ella y otra para Noa. Se la da.

—Me tengo que ir rápido, eso sí.

—Me vale.

Chocan las cervezas en el aire.

—Es preciosa tía, en serio. Y la foto de mi cadera me encanta.

—¿Verdad?

—Ojalá tuviera yo esa manera de mirar que tienes.

Bueno, piensa Noa. Con sus más y con sus menos.

—¿Qué tal te va? —pregunta Noa, dándole un trago a la cerveza.

—Bueno. No te lo creerás, pero por fin lo he dejado con Liam.

Noa enarca las cejas, intentando no atragantarse.

—No me digas. ¿Y estás bien?

—Bueno. O sea, no, pero sí.

—Al menos ya eres libre para dar rienda suelta a todas tus fantasías sexuales —Noa intenta hacerla reír—. Es broma. Solo por relajar. No sé qué decirte.

—Ya —Violeta se ríe un poco—. No hay nada que decir. Crónica de una muerte anunciada.

—Pasará, como todo.

Violeta le coge de la mano y la aprieta.

—Seguro. Gracias por estar siempre ahí. Aunque no nos veamos mucho, sé que puedo contar contigo.

—Obvio.

Luego le suelta la mano y pone voz de flirteo.

—¿Será por fin nuestro momento? —levanta las cejas un par de veces, enmarcando la broma.

Las dos se ríen.

—Va, Violeta. Ya sabes que nunca será nuestro momento.

—Una pena —suspira Violeta, entre risas—. Ya sabes que me pareces súper atractiva. Pero ni yo sé lo que quiero.

Noa se encoge de hombros.

—Tómate tu tiempo.

—¿Y tú con tu chica?

Noa le da otro trago a la cerveza para atemperarse.

—Bueno, es complicado. No es mi chica, en realidad. Pero estoy en ello.

—Tampoco te esfuerces mucho. A poco que hagas se caerá rendida a tus pies.

Noa enarca las cejas.

—No creas, no. Me está costando bastante. Por imbécil.

—Vaya par de idiotas somos. Cuando la hayas conquistado me avisas y quedamos un día las tres; quiero conocerla.

—Me parece bien.

—Te dejo, anda, que tienes gente que atender.

Se dan un abrazo largo que a Noa le sabe como el "hasta nunca" de algo que durante mucho tiempo deseó y, sin embargo, ha soltado y dejado marchar sin demasiado drama.

Ya, por favor. No le debe quedar nadie por saludar. Quiere ver a sus amigas. Pero, sobre todo, quiere ver a Alba.

La encuentra sola, de espaldas, mirando su propia foto. Siente que se le hincha un poco el pecho, se le sueltan esas mariposas del estómago que tanto se esfuerza en mantener amarradas. Sonríe para sí, se acerca y la agarra por detrás sin avisar. Aspira su olor, el champú, el perfume. Podría pasarse allí horas y horas y…

—Te dije que te iba a estrujar cuando te viera —le dice al oído.

Quiere estrujarla. La quiere a ella. Lo quiere todo. Lo quiere ya.

Pero Alba está un poco rara. Se lo nota en cuanto la mira a los ojos. ¿Qué es? Parece como si se hubiera soltado una pieza minúscula. Como aquella vez, con Violeta, pero esta vez la pieza se

le ha desprendido a Alba. ¿Se ha caído al suelo? Entre tantos pies, no está segura de que pueda encontrarla.

No sabe qué pasa porque todo va muy rápido hoy, que alguien ponga la pausa un momento. Nadie la pone. De repente aparece Violeta para despedirse. Alba sigue seria. No ha caído en que igual esto puede ser incómodo para ella, pero qué va a hacer. No le va a decir a Violeta que no venga, que no le hable, que deje de existir.

Enseguida las arrastra la marea otra vez. Han quedado en encontrarse en media hora en el bar, aunque a Noa le asalta la ligera sospecha de que Alba no esté cuando llegue.

Dios. Eso la mataría.

Se da mucha prisa en saludar, terminar, recoger. Ah, y esa foto no está en venta. Lo siento chicos, que elija otra. Los de la galería están contentos. Ella también, en lo que respecta a la exposición. En cuanto a la cosa esa que bombea sangre, lo nota alterado, un poco ensombrecido. Algo no va del todo bien. ¿O es paranoia?

A los cuarenta minutos sale y corre hasta el bar.

Suelta el aire en cuanto la ve. Allí están todas. Le dan una estruendosa bienvenida. Alba sonríe también. Pero es una sonrisa menos afilada que otras veces. Se pide una copa porque la necesita, porque está agotada, porque necesita navegar por esto y darse ánimos. Se coloca junto a Alba y deja que su mano roce sutilmente la suya.

No la aparta. Pero tampoco hace ningún esfuerzo por devolverle la caricia.

Noa mantiene conversaciones en varios planos, mientras trata de revisar qué ha podido hacer mal. No encuentra nada. Alba y ella no hablan mucho: hay demasiadas personas alrededor, todo conversaciones, y bla bla, y blo blo, y Noa solo quiere un minuto a solas con ella, preguntarle si está todo bien entre las dos.

Solo eso. Un sí. Y ya está.

A veces la gente tiene días malos, trata de decirse. Que tenga la sonrisa seria no quiere decir nada forzosamente. Todo eso es verdad, como lo es el hecho de que Alba es una persona más bien risueña por naturaleza.

—¿Has visto qué chica me he echado? –pregunta Ruth, a un lado.

—Sí. Me encanta. Es perfecta para ti.

—Yo también lo creo. Ahora tengo que conseguir que se lo crea ella.

Noa sonríe. Le encanta tener a Ruth en su vida.

—¿Y tú qué? —pregunta.

—Yo nada.

—Venga, inténtalo otra vez —insiste Ruth.

—En ello. Bien. Pero…

Duda entre sincerarse o no. Por alguna razón, y a pesar de que todo es muy sutil, porque tampoco puede afirmar que haya señales claras, le ha vuelto un poco la desesperanza. Hay algo subterráneo, escondido, sucediendo entre ellas que no sabe bien lo que es.

Decide sincerarse. Ruth siempre le da buenos consejos. Pero no hay tiempo. Martina las corta. Quieren cambiar de bar. Hay que bailar. ¿Nos vamos ya?

Así que se marchan todas de nuevo. Alba va delante, hablando con Ania. ¿La está esquivando? Físicamente, puede. Con la mirada, seguro. No ha conseguido cruzársela ni una sola vez.

Sea lo que sea, seguro que tiene arreglo, se cuenta a sí misma mientras bajan las escaleras del local al que van a parar. Piden otra copa y, dios, es imposible pillarla sola, entre otras cosas porque siempre está pegada a alguien, o a varias personas. Por lo visto hoy tiene tema de conversación con todo el mundo menos con ella.

No puede evitar que se le caiga un poco el alma a los pies. Pensaba que hoy… que ellas…

No. No tiene pinta.

Tendrá que seguir intentándolo. ¿Pero hasta cuándo? Y, sobre todo, ¿por qué? ¿No es suficiente nada de lo que le ha mostrado estas semanas? Parece que nada le vale. Quizá ha sido demasiado optimista en sus predicciones.

Media hora más tarde, cuando decide ser valiente, coger a Alba de la mano y llevarla aparte para preguntarle, la ve recogiendo sus cosas, despidiéndose de la gente.

Se acerca hasta ella sin pensar:

—¿Te vas?

—Sí, me voy ya.

—Pero es pronto.

—Perdona, es que estoy cansada —la mira con los ojos desgastados y una sonrisa que se parece más a la de siempre, pero que no termina de serlo del todo.

—Espera. Me voy contigo.

Porque quiere un paseo a la luz de la luna, acompañarla a casa, besarla en la maldita puerta y que sea lo que dios quiera.

—No —Alba la frena, seca.

—Sí.

Se miden un momento en la oscuridad, sin verse realmente.

—Escucha —Alba le coge la mano suavemente y ese gesto calma un poco la zozobra que Noa siente por dentro—. Es tu día, y estás con tu gente. Quédate y pásatelo bien, ¿vale?

—Pero yo…

—En serio. Quédate.

Lo dice en un tono que no admite réplica.

Noa baja la mirada y se resigna:

—Vale.

Ve cómo se marcha de allí con la desoladora sensación de que algo está a punto de romperse o ya se ha roto entre las dos.

Durante la hora siguiente finge pasárselo bien mientras vagabundea por aquí, por allá, con el cuerpo, con la mente. Repasa las escenas que puede, intentando encontrar el fallo.

La visión le llega mientras atraviesa la pista de baile en dirección a los baños. Pista de baile. Violeta. ¿Puede haber sido eso? Quizá la vio hablando con ella, antes de que se despidiera, y se ha pensado algo que no es.

En cuanto pueda se lo pregunta. No quiere ser invasiva ni insistente, pero también quiere ser clara y transparente con las cosas. Si van a intentar algo, si de verdad eso es posible, solo puede ser poniendo las cartas encima de la mesa.

Ningún mensaje de buenas noches a la una.

Ningún mensaje de buenas noches a las dos.

A las tres, cuando está entrando en casa, se niega a dejar las cosas como están y le escribe.

Noa: Buenas noches, ya en casa

Noa: Gracias por venir

Noa: Oye, me ha parecido que estabas rara hoy. Igual es solo mi sensación pero…

Noa: Mira, si es porque estaba Violeta, ya te dije que no ha habido nada, ni lo habrá. Solo quiero que lo sepas. Por si acaso

Se ve tentada de borrarlo varias veces. Se muerde las uñas en el proceso. Al final decide dejarlo.

Ninguna respuesta a las cuatro, a las cinco o a las seis de la mañana.

Nadie le da los buenos días por la mañana.

Capítulo 25. Alba y Noa

Alba sigue mirando el último mensaje de Noa mientras se cepilla los dientes. Se le olvida el hecho de que se los está lavando y, hasta que no empieza a derramarse la espuma, no vuelve en sí y se enjuaga.

Ha pasado la noche con una sensación de desasosiego que creía olvidada y que le hace sentir mal. Se mira en el espejo. ¿Qué estás haciendo? ¿Estás siendo justa, te estás protegiendo en exceso?

El lado cansado de su cabeza le dice que es momento de cerrar, pasar página. El lado insistente pregunta si es que ha dejado de sentir, si es que no ha visto cosas estas últimas semanas, si es que se está dejando arrastrar por los pensamientos tóxicos.

Alba los frena. Un momento. Haya paz.

Va a desempatar entre los dos frentes abiertos. Y lo va a hacer mientras se da una ducha. Luego, contestará lo que tenga que contestar.

Pone el agua lo más caliente que puede y se deja mecer por el vapor. Diría que no quiere renunciar a ella, eso lo tiene claro. No así. Todo es cuestión de tener una conversación sincera, honesta, se dice. Pero ya sabe que le va a responder lo que quiere oír.

¿Entonces? Entonces necesita un poco de confianza, de seguridad emocional; todo lo que no tuvo con ella antes.

¿Entonces, Alba? Entonces reconoce que nada de lo que le diga le hará cambiar de opinión. Solo puede demostrárselo. Y demostrárselo significa confiar a ciegas. Saltar al vacío. Arriesgar. Asumir la posibilidad del error. La impotencia. La pérdida de tiempo. El hecho de que luego pueda doler aún más, el doble, el triple. Etcétera. La lista es eterna.

Alba, qué intentas: ¿pedirte perdón o pedirte permiso?

Cuando sale de la ducha ya ha decidido lo que va a hacer.

Coge el móvil y lo lleva al salón, aún desnuda. En esas, esa máquina del infierno vuelve a vibrar. Ese dispositivo es un arma más que un medio de comunicación.

Debajo de la última mención a Violeta sin respuesta, Noa vuelve a la carga.

Noa: Ey
Noa: Qué tal
Noa: Sigue en pie el plan de hoy?

Va. Rápido. Acabemos con esto de una vez.

Alba: Sí

Noa: Vale. A qué hora? Ocho?

Alba: Ok

Noa: Te aviso y nos conectamos?

Alba: Vente y lo vemos en mi casa si quieres. Tráete a Lúa

Noa tarda un rato en contestar.

Noa: Vale, llevo algo?

Alba: No
Alba: Luego nos vemos

Pasa el resto del día arreglando un poco la casa, pensando qué cocinar. Un par de pizzas congeladas mismamente estarán bien. Pasa de complicarse la vida. A eso de las cinco se baja a hacer una compra.

Ese mismo tiempo, Noa lo dedica a relajarse sin conseguirlo. Le ha vuelto la ansiedad, le han vuelto los nervios de punta. No entiende los silencios, la ambigüedad. Por qué no dice las cosas claras, por qué no responde. Qué está pasando en realidad. La invitación a su casa podría sonar a plan ideal si no fuera porque el intercambio es jodidamente frío, funcional.

Suena exactamente a "tenemos que hablar". Una emboscada en toda regla.

—¿Yo he sido así con ella, Lúa? —pregunta en voz alta.

Pero Lúa no está allí para contestar. Está encima de la cama, esperándola para echarse una siesta.

Da igual. Ya conoce la respuesta, piensa con disgusto.

A las siete se da una ducha, se pone ropa cómoda con la que trata de impresionar exactamente a nadie, y coge las cosas de la perra. Se lleva un poco de pienso, premios y un par de cuencos plegables, por si de verdad resulta que al final ven la serie y vuelven tarde. Un pequeño gesto esperanzado. Le da un poco de pena verse a sí misma volviendo a casa con el pienso intacto, pero es lo que hay.

A las siete y media salen dando un paseo. Lúa no deja de ladrar. Noa no deja de rumiar.

Cuando llama al timbre a las ocho menos cinco, ya va preparada para lo peor. Respira hondo y empuja la puerta del portal cuando escucha el chasquido de turno.

Arriba, sin embargo, la espera una Alba sonriente, vestida con ropa deportiva.

—Eyyyy —lo primero que hace es agacharse y coger a Lúa en sus brazos, que se vuelve loca.

Perra con suerte, coño.

Noa las observa con una sonrisa tonta en el rostro, hasta que Alba por fin se levanta después de restregarle el lomo y la cabeza con las dos manos.

—¿Y para mí? —pregunta, fingiendo esperanza.

Alba le dedica una mirada cargada de algo opuesto a la ingenuidad; no le sigue del todo la broma.

—Para ti ya veremos. Pasa anda.

Alba ya ni siquiera está nerviosa. A estas alturas sabe perfectamente lo que quiere y lo que va a pasar. Así que dirige la escena con bastante solvencia.

—He comprado pizzas para cenar. Luego las hago.

—Vale. He traído un poco de pienso para Lúa. ¿Se lo pongo en la cocina?

—Donde quieras. Coge lo que necesites, cuencos o lo que sea.

—Tranquila, tengo de todo.

Se sienta en el sofá y la ve preparar los cuencos con comida y agua para la perra sintiendo una ternura atroz. Cuando la ve así, tan solo parece una chica guapa, vulnerable como todas, que probablemente trata de hacer lo que piensa que es mejor sin intentar hacer daño a nadie por el camino.

Cuando Noa se da la vuelta, buscándola con la mirada, Alba le hace un gesto desde el sofá y le invita a venir.

—He abierto el sofá. Así estamos más cómodas.

Noa ve el sofá-cama e inmediatamente empieza a temblar. Se queda como bloqueada. Mira extrañada a Alba. Pero ella ni se inmuta.

—¿Vienes o qué? —insiste.

Es absolutamente imposible que, con esa carga de deseo acumulado insoportable que lleva, se tumbe en ese sofá y no pase *nada*. Es una idea mala, malísima, quiere decirle a Alba. Pero en su lugar musita un "voy" y se acerca para colocarse a su lado. Con bastante distancia.

—Oye, ¿quieres que…? —empieza.

Después va la palabra "hablemos". Porque tiene un mensaje sin contestar y porque están sentadas en un sofá-cama y le gustaría aclarar algunas cosas al respecto. Pero Alba la interrumpe mientras manipula el mando, mirando la tele.

—Luego. Ponemos ya la serie, ¿no?

Suelta el mando al tiempo que empieza a sonar la melodía del servicio de streaming, y se recuesta contra los almohadones, medio tumbada, mientras la mira.

Noa arrastra el cuerpo para ponerse a su lado. Igual está muy cerca. No sabe.

—¿Aquí? ¿O…?

Pero Alba desplaza su cuerpo para acomodarse un poco mejor y pegarse a Noa, que la siente tanto a través de su ropa que cree que empezará a derretirse.

—Aquí está bien.

El salón está medio a oscuras, solo iluminado por un par de luces bajas. El silencio es denso: solo lo rompe el ruido de la serie que está empezando y la respiración pesada de dos mujeres tumbadas, una al lado de la otra, encima de un sofá.

Noa siente el aire desplazarse entre las dos. Este sofá se ha convertido en un maldito punto de alta tensión. Toda la corriente eléctrica de la casa empieza a confluir aquí. No está segura de que pueda resistirse y empieza a sudar.

Alba intenta concentrarse en la serie, sin ningún tipo de éxito. Solo está pendiente de captar el latido del cuerpo que tiene al lado, una Noa contenida, nada que ver con la chica que se abalanzaba sobre ella sin ningún problema en el pasado. No importa. Conseguirá que lo haga.

Los nervios ahora sí empiezan a romper la armadura. Sabe que está anticipando todo lo que viene. Lo que va a pasar. Es cuestión de... Minutos. Latigazo va, latigazo viene, por dentro, revolviéndole todos los órganos.

Alba se recoloca un poco más, inclinándose o, más bien, recostándose un poco hacia Noa, que la recibe con una sensación de peligro inminente. Hace calor, van en manga corta, tienen los brazos pegados.

Alba extiende un dedo y toca suavemente la mano de Noa, que siente como todos sus sentidos se deslizan hacia abajo. Se le encoge el cuerpo entero: el corazón, el vientre, la entrepierna. Cuando Alba empieza a hacer un movimiento minúsculo, sutil, con el dedo sobre su mano, una caricia mínima, se queda muy quieta, contiene incluso la respiración.

Cierra los ojos un momento.

Se inclina un poco más hacia Alba. La siente tan pegada que cree que va a traspasar su ropa. Le acerca más la respiración, la tiene en el cuello, casi en la oreja. Si levanta la vista y se cruza ahora con ella no va a poder aguantar.

Alba nota perfectamente la incomodidad, la resistencia, la contención de Noa. La nota sufrir y no puede evitar que se le escape una pequeña sonrisa. “Hazlo ya”, quiere decirle. O no te preocupes.

Lo haré yo. Acercaré los labios muy poco a poco, sin que te des cuenta, hasta que ya sea demasiado tarde y los tengas encima…

Quiere que la mire. Si la mira, todo se precipitará. Pero Noa se niega a mirarla.

En el televisor, la tele sigue girando sobre sí misma sin que nadie haga nada por evitarlo.

—¿Y Lúa? —pregunta Noa, débilmente.

Alba exhibe una minúscula sonrisa.

—Déjala, estará por ahí.

Noa no insiste. Vuelve a revolverse, incómoda, con tan mala fortuna que tienen los rostros inclinados la una hacia la otra, aunque aún las dos insisten en mirar la pantalla con un fervor insólito.

Luego Noa traga saliva, cosa que Alba constata perfectamente. La siente arder a su lado. Ella misma está ardiendo. La situación es insostenible y ahí están, disfrutando de cada segundo de anticipación, cada milímetro que se va rellenando solo.

Los latidos se les sincronizan. Y están muy altos.

Después Noa intenta escapar. Justo como Alba preveía.

—Oye —dice, sin mirar.

—Qué.

—Me voy a ir.

—¿Por qué?

—Pues… yo… es que no es buena idea esto, creo —suspira.

—¿Por qué no?

—Es que yo no puedo estar así contigo.

Le bombardean ráfagas de sexo con Alba. En su casa, en su cama. En el hotel la noche de su boda. Sus manos en la cintura con el vestido levantado. Alba agarrada a sus caderas con fuerza. Gritando.

Se va a morir allí mismo.

—Yo prefiero que te quedes —Alba enreda los dedos de una mano con los suyos, los entrelaza, juega un poco.

Alba no aguanta. Se le está escapando todo. Necesita el cuerpo desnudo de Noa encima o debajo en cuestión de minutos.

Así que desenlaza los dedos y con el índice empieza a subir por el brazo de Noa, acariciándolo. Deja caer su rostro un poco más sobre

ella. Están tan cerca que si se giran se van a encontrar.

Si se giran se encuentran, Noa lo sabe, Alba lo sabe.

—Mírame —susurra Alba.

Noa levanta la vista.

Sus ojos y sus labios se encuentran al mismo tiempo.

La primera vez que se tocan los labios las atraviesa una descarga, pero no se dan tregua. No han venido aquí a jugar: han venido a mostrar sus cartas. Así que los labios y las lenguas toman el control natural y ya se fruncen, chasquean, se rozan. Primero con cierta calma, como queriendo hacer las cosas despacio. Poco a poco empiezan a volverse frenéticas, no por rapidez, sino por intensidad.

Se hunden la una en la otra, se comen los labios, la boca. Las lenguas van a su ritmo, lamiéndose, recorriendo, desplazando el centro de gravedad. Luego intentan despedazarse.

Noa termina por romper el equilibrio y vencerse sobre Alba, jadeando.

—Necesito hacerte el amor. Ya.

Se abalanza contra ella, besándole la boca, el cuello, la cara, el pecho por encima de la camiseta. Trata de agarrarla de los brazos pero Alba la frena y la mira, con los ojos brillantes, puro fuego.

—No. Déjame a mí primero.

Noa no tiene más remedio que ceder, hipnotizada por la mirada de Alba, que no la suelta mientras se incorpora, la tumba sobre el sofá y se coloca sobre ella. Empieza a moverse sobre Noa con un ritmo de caderas sensual e imposible que la hace gemir, apretada contra su cuerpo.

—Espera —suplica Noa—. La ropa. Quítate la ropa.

Alba se deshace de su camiseta y se aparta un poco para quitarse todo lo que lleva puesto. Noa se encarga de lo suyo. Ni siquiera encuentran romanticismo en desnudarse: solo quieren, agitadas, jadeantes, obsesivas, el contacto de sus pieles.

Alba devuelve a Noa al mismo sitio con un simple toque de su mano sobre su pecho y vuelve a la carga sobre ella, que se siente deshacer debajo del ritmo impuesto. Alarga la mano intentando tocarla, pero Alba la retira, se vence sobre ella y comienza a bajar, suavemente, recorriendo con la lengua cada palmo, cada pezón,

mientras los suyos propios rozan la piel de Noa, que trata de no retorcerse pero ya gime.

Luego nota la punta de su lengua, abordándola directamente, sin contemplaciones, sin piedad. Ahí no, joder, así no, no tan pronto, pero solo sujeta la cabeza de Alba contra ella y sigue el movimiento tan sinuoso como el de sus caderas sobre ella. Recorriendo cada milímetro, imprimiendo ritmo, deteniéndose donde realmente importa.

Alba se esfuerza en saborear a Noa, hasta que nota la zona cada vez más húmeda, está cerca, y cambia el ritmo como sabe que le gusta. La escucha gemir, la nota romperse contra su boca, a espasmos cortos y fuertes, la mano aún en su cabeza.

—Sube —le pide.

Se besan, mezclan saliva, sudor, respiraciones. Alba apenas la deja recuperar el aliento: su boca está juguetona y se entretiene con la suya, hasta que vuelve a ponerse sobre Noa y recupera su maniobra de derrumbe montada sobre sus caderas, mientras comienza a tocarse a sí misma.

Esta vez sí, Noa coloca su mano contra ella, le introduce dos dedos, y deja que Alba ajuste el ritmo, moviéndose de una forma cada vez más frenética. Con la otra mano la acaricia el contorno, la piel de la cintura, el abdomen, agarra un pecho, luego el pezón. Noa recuerda las veces que se ha corrido así, contra su mano. Esta vez lo nota distinto: más intenso, más potente, más presente. Un momento más tarde, Alba se sale de su mano, sube el cuerpo hasta quedarse sobre su boca, y la invita a terminar. Noa carga los labios de deseo y los maneja a placer, hasta que Alba, ahogando un grito y los espasmos que vienen después, se aparta y cae sobre ella, que la recoge entre sus brazos y la sostiene allí. Necesita quedarse así horas.

El televisor sigue en movimiento; se dan cuenta de que durante todo este tiempo los personajes en pantalla han seguido hablando.

—¿Tú te has enterado de algo? —pregunta Noa.

—De nada —responde Alba entre risas, aún respirando sin calma.

Alguien debería apagar ya esa serie que nadie ve. Lúa, por alguna inexplicable razón, ha decidido no hacer acto de presencia en todo

este tiempo. Las pizzas siguen abandonadas encima de la encimera de la cocina.

Alba se incorpora sobre ella y la mira.

—Quiero que esto dure toda la noche.

Noa sonríe mientras le aparta un mechón de pelo y le toca suavemente la cara.

—¿Qué te parece si ahora te lo hago muy lento?

Capítulo 26. Noa y Alba

Las despiertan los ladridos de Lúa, que se sube a la cama, las pisa y las lame con tal de que alguna de las dos la saque a pasear.

Tardan un buen rato en reaccionar. Sobre todo cuando se descubren entrelazadas sobre el sofá, tapadas por el nórdico de la cama que Alba en algún momento trajo hasta aquí. Lúa, viendo que se han despertado, se tumba en una esquina del sofá, a esperar a que terminen de besarse, que es exactamente lo que han empezado a hacer en cuanto se han visto las caras. Besos lentos, de buenos días.

—Hola —susurra Alba.

—Hola —le devuelve Noa.

A los diez minutos Lúa se cansa de esperar y vuelve a la carga.

—Tía, Lúa, no, no —le pide Noa. La perra les castiga a base de coletazos y pisotones—. Perdona, te juro que la tengo muy bien educada.

—No te preocupes —se ríe Alba—. Ha pasado la noche fuera de casa en un sitio que no conoce, normal que esté alterada.

—Va, venga —se incorpora y se vuelve hacia ella con pena—. Nos vamos a tener que ir.

Alba la mira tumbada y le acaricia la cara.

—¿Por qué no la sacas por aquí mientras preparo algo para desayunar?

Noa le devuelve una mirada implorante. Si pudiera, estiraría este rato hasta el fin de los tiempos.

—¿Qué tal si subo algo de abajo, aprovechando?

—¿Pero qué hora es?

Noa recupera su móvil.

—Uf, las siete de la mañana.

—No hay nada abierto. Preparo algo.

Noa se viste y baja a la calle tirada por Lúa mientras Alba se queda en la cama un rato más, desperezándose. Se siente repleta de un buen montón de sentimientos en los que le apetece quedarse un rato más. Y algunos fantasmas que no se callan, pero ahora mismo son muy pequeños y ocupan muy poco espacio.

Se da una ducha rápida y comienza a preparar algo de comer justo cuando suena el timbre. Lúa entra como una exhalación a por su cuenco de comida, donde aún queda algo de pienso. Noa, sin embargo, se queda mirándola desde una distancia prudencial. Esa especie de timidez es nueva en Noa.

—¿Te ayudo?

—No, ya casi está. A ver, he sacado un poco de todo lo que tengo: hay fruta, algo de pavo, tostadas, muesli, café, dame un beso, anda —le pide, como parte de la lista.

—Suficiente. La verdad es que me muero de hambre —comenta Noa, poniendo su voz sexy. La agarra por la cintura y le da un beso largo.

Luego se sientan en la barra alta que hace las veces de mesa y que separa la cocina del salón.

—Normal, es que no cenamos —apunta Alba—. Mira, me acabo de acordar de que también tengo pizza. ¿Quieres?

—Dios, no. No sé. ¿Sí?

—Las guardo de aperitivo.

Eso suena prometedor para los oídos de Noa.

—¿Qué plan tienes hoy? —pregunta, tanteando el terreno.

—Ninguno —Alba da un bocado a la tostada que se ha preparado con pavo y queso fresco. Habla mientras mastica—. A ver, me gustaría ver el primer capítulo de la serie que quedé en ver ayer con alguien y…

—¿Qué pasó?

—Nada, que la tía con la que había quedado para verla se volvió loca y no me dejó ver nada.

—Tú no tuviste nada que ver en ese ataque de locura.

—Nada de nada.

—Ajá. ¿Y qué más quieres hacer hoy?

Alba extiende la mano y entrelaza los dedos con los de Noa.

—Una siesta en el sofá no estaría mal.

—¿Siesta siesta?

—Semisiesta me vale —le guiña un ojo—. ¿Y tú?

—Pues… —suspira— una ducha no me vendría mal, la verdad.

—Vale, fácil. Ahora te saco una toalla. ¿Qué más?

—Tendría que resolver un problema matemático relacionado con el pienso de Lúa. A cinco bolas por cada diez minutos, y un tiempo prudencial de dos o tres horas sin comer, ¿cuánto crees que aguantará viva?

—Jaja. Ya se nos ocurrirá algo.

Noa se queda en silencio y duda sobre si seguir o no la conversación. Le da un trago al café y decide ir con todo el equipo. Ya ha aprendido la lección: esta vez no quiere guardarse nada.

—También me gustaría obtener una respuesta del último mensaje que le envié anoche a la persona que vive en esta casa.

Alba baja los ojos y sonríe.

—¿No lo vas a responder? —inquiere Noa.

—¿Qué quieres que te responda? —pregunta Alba, aún sonriente pero con pocas ganas, fijando la vista en ella.

—¿Por qué estabas ayer así? Es por lo que te dije o por otra cosa.

Se hace un silencio un poco tenso entre las dos.

—No me debes ninguna explicación de nada —concluye Alba finalmente.

—Pero yo quiero dártela si tú la necesitas.

—Pero yo no la necesito —se defiende Alba, no muy convencida —. No quiero escucharla.

—Vale, ¿y quién de las dos gana?

Alba se encoge de hombros.

—Ninguna, supongo —responde, en un tono un poco amargo.

—Te propongo una cosa —insiste Noa, intentando bajar un poco el tono que está tomando la conversación—. Yo te doy las explicaciones en alto, y tú te tapas los oídos y no las escuchas. ¡Así ganamos las dos!

Alba se ríe suavemente.

—Mira, ya me dijiste que no había nada entre Violeta y tú. Y ya está. Esto no va de convencer. Tú no me lo puedes explicar ni más ni

mejor, y yo simplemente me lo tengo que creer.

Noa acusa el golpe.

—¿Pero te lo crees? O sea, ¿me crees?

Alba se encoge de hombros.

—Es que si no me crees no sé si vamos a poder empezar algo bien.

Noa suena un tanto dolida. Y Alba empieza a sentir una agitación con la que no contaba. No quiere ir rápido, apresurarse o precipitarse. No quiere poner etiquetas a nada ni nombrar tan pronto. Lo que necesita es descubrir poco a poco si la persona que tiene delante está dispuesta a ofrecerle algo distinto, algo real.

—Nadie ha dicho que estemos empezando nada —aclara Alba, un poco asustada de repente.

A Noa se le corta la respiración. Ese es precisamente el tipo de frase que esperaba no escuchar.

—¿Y qué ha sido lo de esta noche? —pregunta.

Alba lo medita brevemente antes de responder. Y es que algo dentro de ella siente la necesidad de seguir protegiéndose.

—¿Sexo? —sugiere, no muy segura de sí misma. Se está dejando llevar por el miedo y lo sabe.

—Sexo —repite Noa, seca—. En plan amigas.

Alba no responde. Deja que el silencio se adueñe del espacio entre las dos mientras ve perfectamente la mirada de desilusión que cruza la cara de Noa. La sonrisa se le cae de la boca y verlo así, en primera plana, le hace daño. No sabe por qué tiene aún la necesidad de protegerse, pero en esa mirada triste se ha reconocido a sí misma.

En todas las veces en las que decidió quedarse aunque las normas de Noa no le convenían. En todas las veces que Noa le negó lo que quería porque, como ella, no quería exponerse del todo.

—Entendido —responde Noa, bajando la mirada.

No. Alba no quiere ser como fue Noa con ella. No quiere ser ambigua ni generarle esa desazón, la misma que ella ha padecido tantas veces precisamente por su manera de actuar. Antes se conformaba con migajas; ahora, no va a caer en reproducir el daño.

¿Estás dispuesta a perder a la chica que tienes delante? ¿Te merece la pena lo suficiente como para intentarlo?

O sí o no.

Pero no juegues a dos bandas.

El silencio dura unos segundos. Noa, decepcionada, se debate entre quedarse y aguantar, consciente de que Alba necesita tiempo, o marcharse de allí asumiendo que no está realmente dispuesta a concederle la oportunidad que le ha pedido.

Pero le ha dolido. Le ha dolido escuchar que lo de anoche fue solo sexo. Porque para ella no lo fue. En absoluto.

Pero antes de que consiga tomar una decisión, Alba se levanta de la silla, va hacia ella y se sienta a horcajadas encima suya. Le retira el pelo y le coge la cara con las dos manos, obligándola a mirarle a los ojos.

—Perdóname, no es verdad lo que he dicho. No ha sido solo sexo. Es solo que me gustas demasiado y… me aterra volver a lo mismo.

—Pero yo… —Noa trata de interrumpir, pero Alba le pone un dedo sobre los labios.

—Espera, déjame hablar. Me he estado protegiendo. Como hiciste tú conmigo en su momento, por otras razones.

Noa acusa la hostia con la mano abierta en toda la cara y siente cómo se le revuelve la tripa. Toda la razón. Maldita sea.

—Yo quiero confianza, seguridad, estabilidad —continúa Alba—. Y tú no me la diste. Y nada de lo que digas ahora va a cambiar eso. Solo lo puedes demostrar con actos, y para eso se necesita tiempo. Y para que tengamos tiempo, yo tengo que hacer un acto de fe.

Noa pone sus dos manos sobre su cintura, atrapándola, y la atrae aún más hacia sí. La rodea entera con sus brazos y se quedan abrazadas, Noa cogiendo su cintura, Alba en torno a su cuello, las caras de ambas escondidas en la otra.

—No digo que vaya a ser fácil. Solo quiero que sepas que, por mi parte, estoy dispuesta a construir esto de cero, y darte de verdad lo que quieres, lo que quiero yo también —susurra Noa, con la boca perdida en su cuello.

Alba tampoco la mira cuando responde:

—Sé que estas semanas te has mostrado de otra manera, una que se parece mucho a lo que yo quiero de ti. Así que sí, te concedo ese tiempo. Y veamos qué pasa.

—Me vale —susurra Noa contra el cuello de Alba, el fondo de los ojos picándole, la garganta cerrada. Se le han saltado todas las costuras por dentro.

—Te tiene que valer —responde Alba, con la voz un poco afectada por la emoción que la abruma en este momento—. Y ahora, cuando nos soltemos de este abrazo, yo me voy a levantar y voy a ir al sofá, y tú me vas a seguir. Nos vamos a volver a desnudar, nos vamos a meter debajo del nórdico, voy a darle al play y luego… ya veremos.

Pero ninguna de las dos se mueve. Se quedan ahí, abrazadas, respirándose durante tanto tiempo que acaban por olvidarse de todo lo que tenían que hacer.

Capítulo 27. Epílogo

Un mes más tarde

Han quedado a cenar unas cuantas donde siempre. Hoy toca otra vez sesión tecno pop y, si todo va bien y nadie muere en el intento, en cuanto acaben el picoteo y se tomen una copa de calentamiento irán para allá.

A la mesa están Ania, Pati y Lore a un lado. Ruth y su chica, Vera, ya medio integrada en el grupo, enfrente. A la izquierda Martina, Dani y dos amigas suyas que se han unido hoy. Y aquí a este otro lado están Alba y Noa.

—Tecno pop de los ochenta, ¿en serio? ¿Todavía estamos ahí? —se queja Alba.

—Joder, tía, ¡sí! La mejor música del mundo —replica Noa—. ¿Dónde estabas tú en aquella época?

—Probablemente naciendo. No jodas, tú no eres tan mayor como para haberla vivido.

Siguen con su paripé de discusión mientras Alba aprieta la mano de Noa por debajo de la mesa. Entrelazan los dedos, se los sueltan, se los acarician suavemente.

—Me estás haciendo cosquillas —se ríe Noa en su oreja—. ¡Para!

—Estate quieta tú, que no dejas de quejarte —le replica Alba directamente en la boca. Luego le atrapa el labio inferior entre los dientes.

—Oye, parad ya de hacer el guarro en público —se ríe Martina.

—Venga, vámonos ya, que si no luego nos toca hacer cola —ordena Ruth, práctica como siempre.

Entran en el local temprano. La sesión se celebra donde siempre: en aquel club donde Noa le cruzó la cara, metafóricamente hablando, a Alba, y esta escapó lamiéndose las heridas. Qué tiempos

aquellos. A Alba se le arruga la nariz al entrar: no guarda un buen recuerdo del sitio. No le gusta cómo huele. Ni le gusta el tecno pop.

Buscan un sitio cómodo cerca de la barra a modo de cuartel general, piden copas. Todas están hoy un poco desquiciadas, hablando más alto de lo normal, pisándose las conversaciones.

Ruth se acerca a chocar la copa con Alba.

—No sabes cuánto me alegra verte así —le dice—. Te mereces que te vaya de la hostia. Con Noa o con quien sea. Aunque me alegro de que sea con ella.

—A ti sí que se te ve bien.

—Oye.

—Qué.

—Tengo que confesarte una cosa.

—Dios, no.

—Sí. Es peor de lo que piensas.

—Dispara.

—Eres consciente de que os estuve celestineando un poco a las dos, ¿no?

—Lo suponía.

—Pero fue por una buena causa. ¡Sin mala intención!

—Cabrona.

—Me acabarás dando las gracias.

Ruth le da un beso en la mejilla justo cuando Noa aparece y tira de ella. Todo está siendo un caos hoy, y eso que el local no se ha llenado todavía.

—Veeeen —le pide Noa.

—¿A dónde?

—Vamos a bailar.

—Ni de coña.

—Tú ven.

Noa arrastra a Alba hasta la pista de baile, aún medio vacía, y se frena en seco en un punto exacto. Y fatídico.

—Ey —le dice Noa, fingiendo preocupación.

—Qué.

—¿No es aquí justo donde te mandé a la mierda en plan súper gilipollas?

—Creo que sí fue aquí, sí. ¿Qué pretendes? —Alba se cruza de brazos, divertida e intrigada.

Noa la coge de la cara con las manos y le da un beso largo, tierno. Sus lenguas se entretienen un poco más de la cuenta hasta que Noa suelta la boca de Alba y se aparta.

—Verás, he pensado que era el sitio perfecto para preguntarte algo.

Alba se cruza de brazos y levanta una ceja, esperando. Una sonrisa idiota le cruza los labios, como siempre que Noa se dedica a hacer el tonto con ella.

—A ver. Sorpréndeme.

—Mira, ya sé que estamos con el coñazo ese de darnos tiempo y toda esa movida, pero me preguntaba si ya podríamos ser como pareja oficial. En plan novias. De poder decírselo a la gente y eso.

Alba se echa a reír.

—En serio me estás preguntando esto.

—Muy en serio. O sea, si por ejemplo ahora viene Violeta y me dice: ¿qué tal con tu…? Vale, lo pillas, ¿no? Yo podría decir: ¿con mi novia?

Alba la mira a los ojos mientras siente un giro completo dentro de su cuerpo. Si su pecho fuera un lugar, ahora mismo estaría desmembrándose la tierra por culpa de un maldito terremoto.

Pero no quiere ponerle las cosas tan fáciles. Le apetece jugar un poco más, que es una de las formas en las que han aprendido a comunicarse bien.

—Pues mira, depende.

—Eres insaciable —se queja—. Siempre poniendo condiciones. De qué depende, a ver.

—¿En qué consistiría nuestro acuerdo esta vez?

—Pues mira… —enumera Noa, contando con los dedos—. Tendrías una novia muy simpática y guapa según alguna gente, no lo digo yo. Fotos gratis. Podríamos quedar todos los días que nos dé la gana, no solo los martes y jueves. Haríamos un comunicado para notificarle a todo el mundo que estamos juntas, y quizá un tatuaje en la frente con nuestros nombres entrelazados estaría bien.

Alba suelta una carcajada. Y Noa no puede evitar morirse cuando la ve reír como se prometió a sí misma que lo haría. Con los ojos brillantes, la vena marcada, los labios hacia atrás dejando ver esa hilera de dientes blancos y una sonrisa probablemente ilegal en cualquier país del mundo.

—También —sigue—, podríamos compartir suscripciones y hacer viajes juntas. Nos diríamos las cosas con total transparencia. Tendrías una perra en adopción, que si lo piensas bien es una especie de dos por uno muy ventajoso, porque esa maldita perra está enamorada de ti. Y si algún día, por alguna razón, te apeteciera decirme alguna tontería, como por ejemplo, te quiero, yo no me extrañaría ni pensaría que es muy pronto para oír algo así. ¿Qué opinas?

Alba la abraza, pega la frente contra la suya y se mecen un rato allí, las dos juntas.

—No sé. Creo que tengo que pensarlo.

—Qué dura eres, joder.

—Te digo algo en… no sé, ¿los próximos veinte minutos?

—Vale. Y si no…

—¿Y si no qué?

—Y si no, puerta. Que ya está bien —responde Noa, haciéndose la ofendida.

—Qué mala.

—Y hablando de puertas…

Noa coge su mano y le pone algo en ella.

—Toma, una copia de mis llaves. Para que las uses cuando quieras.

Alba aprieta fuerte las llaves y le echa los brazos alrededor del cuello para besarla. Cuando se separan, se ríen con las bocas casi pegadas.

—¿Sabes? —le dice Noa al oído—. Eres la mujer más increíble, preciosa y dulce que he conocido nunca.

—Y tú la tía más perfecta e imperfecta que se ha cruzado en mi vida.

Noa suelta una carcajada y la mira.

—Me gusta eso. Las contradicciones. ¿Y no será por eso por lo que te gusto?

Sí, seguramente sea por eso, piensa Alba, antes de estamparse contra su boca para cobrarse el beso que se merece.

Agradecimientos

Muchas gracias por leer esta historia. Se me ocurrió leyendo un libro de romance sáfico donde una de las protagonistas tenía precisamente una situación similar a la de Noa y mandaba bien lejos a su "segundo plato". Pensé: "¡Qué injusto! Vale que no quieras nada, pero dejarla así, de esa manera…"

Y de ahí mi particular versión del segundo plato.

Gracias a la autora del libro que me dio la idea (ella no lo sabe, pero se lo contaré). Y gracias a mi lectora cero, que no solo me da opiniones certeras: también me soporta y da soporte (ambos verbos) en este precioso pero intenso proceso que es escribir.

Tu opinión cuenta (mucho)

Si te ha gustado esta historia, te animo a dejar una opinión o una valoración en forma de estrellitas (estas son anónimas) en Amazon. A las escritoras nos ayuda a saber qué os gusta y qué no, y nos da ánimos para seguir escribiendo cada día. Y al resto de lectoras les da una guía para elegir su próxima lectura.

Puedes seguirme o contactar conmigo en:

https://avrilbauer.com

https://instagram.com/avrilbauerauthor

hola@avrilbauer.com

Vuestros emails son, simplemente, los mejores.

Sobre la autora

Soy periodista de formación y narradora de corazón.

Mi propósito es escribir sobre mujeres complejas y reales; historias que hablen de deseo, perdón, contradicción y consuelo. Creo que, dentro del romance contemporáneo, hay un arco enorme donde caben historias realistas, con profundidad emocional, que representan distintas formas de vivir y sentir el amor. En definitiva, escribo los romances que me gustaría leer.

Además de escribir, disfruto de hobbies habituales, como leer mucho (aunque, curiosamente, poco romance), viajar por ciudades europeas o países algo más extravagantes, devorar series de plataformas y pasear para descubrir rincones nuevos.

Los combino con aficiones menos comunes, como hacer cerámica, ver anime, leer novela gráfica, escuchar techno y jugar a videojuegos.

Tengo dos gatos y soy amante del café de especialidad. Vivo en el centro de Madrid, un lugar donde nunca faltan buenas historias.

¿Te gustaría leer más?

Continúa con mi libro más vendido, *Gente como tú.*

Alexandra Halberg lo tiene todo: es directora de estrategia en la empresa de lujo de su familia y futura heredera de un auténtico imperio. Entre sus manos, un nuevo proyecto que podría consagrarla como directora general. Pero cuando conoce a Casey Navarro, diseñadora de producto brillante e impulsiva, no imagina que el respeto se convertirá tan pronto en deseo.

Una historia de atracción inesperada, diferencias de clase y decisiones difíciles, donde amar implica arriesgar más de lo que parece.

Leer *Gente como tú* en Amazon / Kindle Unlimited

Si buscas una historia más introspectiva, te presento *La zona en sombra.*

Cuando Claire Dawson entra en la galería de arte de Oli después de quince años, ambas saben que el pasado ha venido a cobrar sus deudas. Claire es ahora editora jefe de una prestigiosa revista. Oli ha construido su vida alrededor del arte. Pero entre ellas persiste el recuerdo de un beso adolescente y una traición que cambió sus vidas para siempre.

Un romance literario sobre el peso del pasado y las segundas oportunidades. Una novela contemporánea íntima y emocional sobre el arte de perdonar y el coraje de amar de nuevo.

Leer *La zona en sombra* en Amazon / Kindle Unlimited

Si tienes poco tiempo y te apetece algo corto, aquí *Mareas de octubre.*

Eli regresa a su pueblo dispuesta a enfrentar la casa vacía de su padre y cerrar una etapa, pero el destino la coloca de frente a Ariadna, su "nada" del pasado capaz de removerlo todo. En el paisaje cálido del Mediterráneo, las dos mujeres deberán decidir si el reencuentro es solo nostalgia… o la oportunidad de empezar de nuevo.

Un relato breve lleno de emoción, mar y segundas oportunidades. Introspectivo y con sabor a sal. Se lee en una hora u hora y media.

Leer *Mareas de octubre* en Amazon / Kindle Unlimited

Y aquí un relato corto gratuito disponible en mi web para suscriptoras de mi newsletter: *Te odio y otras mentiras.*

Paula odia a Marina. O eso es lo que se repite cada vez que trabajan juntas, cada vez que chocan, cada vez que la presencia de Marina desordena un poco más las cosas. Lo que empezó como una rivalidad incómoda en el trabajo se ha ido llenando de desencuentros, miradas que duran demasiado y una tensión difícil de explicar. Pero cuando las ponen a trabajar juntas para presentar un proyecto en tiempo récord, las cosas se tuercen…

Leer gratis Te odio y otras mentiras